
LA ESPERA
maría condenanza



MARÍA CONDENANZA

Nació en Dolores (Uruguay) el 23 de julio de 1949.

Vivió, luchó murió en Montevideo. Fue estudiante avanzada de Medicina; militante juvenil en el liceo, la Asociación de Estudiantes de Medicina y la Unión de las Juventudes Comunistas, donde la llamaban Mahuer. Estuvo cinco años presa en distintas cárceles políticas de la dictadura.

Fue dirigente sindical en el comercio y entre los funcionarios judiciales. Militante comunista de siempre, integró el Comité Central del PCU por dos periodos hasta 1992, cuando se retiró a raíz de su división.

Escribió artículos periodísticos; *La espera* (que en 1991 presentó a Casa de las Américas en la categoría Testimonios); y *El naufragio* (obra de teatro publicada en el 2000 y representada por Teatro para Todos con dirección de Mary Vázquez).

Estudio Letras en Facultad de Humanidades. Murió el 16 de agosto del 2001 a los 52 años de edad.

AGRADECIMIENTOS

A Gustavo Lorenzo, Henry Segura.

Al Departamento de Cultura de la Intendencia Municipal de Montevideo.

RECONOCIMIENTO

La Habana, 7 de febrero de 1991.

Para María Condenanza

Querida María:

Finalizada la labor de este jurado queremos hacerte llegar nuestras felicitaciones por tu conmovedor libro.

Como tú sabrás, el reglamento del Premio obliga a premiar un solo libro y, en este año (por la especial situación que atraviesa Cuba) no es posible señalar menciones especiales.

Ello nos ha impedido destacar como se merece tu obra...

Recibe nuestro cariñoso y admirador saludo.

Tus amigos Orlando Contreras, María Seoane, Nela Martínez y Eleuterio Fernández.

Jurado del Premio Casa de las Américas para el Género Testimonio.

PRESENTACIÓN

Memoria para armar es una iniciativa del Taller de Género y Memoria ex-presas políticas uruguayas con el fin de trabajar en la reconstrucción de la memoria de nuestro pasado reciente. En este marco lanzamos, en noviembre de 2000, la Convocatoria de testimonios escritos de mujeres que vivieron la dictadura uruguaya. Esta convocatoria cristalizó en un libro, «Memoria para armar - uno», que reúne una selección de 51 testimonios publicado en noviembre de 2001.

Conocíamos el material de María a través de una publicación solidaria que circulaba entre las compañeras y que había deambulado por algunas editoriales sin éxito. Su trabajo encajaba perfectamente en nuestra búsqueda y le pedimos que nos permitiera leer un trozo del mismo en el lanzamiento de la Convocatoria.

Quien haya estado en la Sala Zitarrosa aquella noche recordará sin duda el estremecedor relato que María escribió sobre la tortura. La recuerdo de pie, al lado del pasillo, delgadita y pálida, sonriendo. Guardo en mi pecho aquel abrazo lleno de vida y mi inútil deseo de protegerla del pasado y del futuro.

María, militante de la vida y de la memoria nos deja su testimonio. Con el mismo amor con que ella lo compartió con nosotras queremos compartirlo con ustedes.

Taller de Género y Memoria ex-presas políticas

PRÓLOGO

Puedo verla de muchas maneras, siempre con su cara sonriente y su empuje y no lograré nunca pensar del todo a esta persona cálida y vital, llena de propuestas e iniciativas, de la que siempre se pueden descubrir nuevas facetas. (¡Como si alguien supiese, en realidad, algo de mí! decía León Felipe).

Su amor por los otros la llevó de los estudios de medicina al trabajo en el Juzgado de Menores, donde cobijaba con cariño maternal a los niños marginados. Pero porque «a los desheredados no alcanza con amarlos» la militancia política en la Juventud Comunista y la sindical en Fueci y Judiciales, dieron un cauce a sus inquietudes sociales en las que sin embargo, no se agotaba su ansiedad de futuro. Escribir, aprender a escribir, para dar forma a ideas y sentimientos de justicia y belleza, eso quería.

Nombro a María Condenanza, la entrañable Mahuer, ante todo madre de Lucía; esposa de Fernando y hermana de sus hermanas queridas; hija de Antonio al que veló con custodia militar y de Maruja, que tuvo la dicha de festejarle la libertad el mismo día en que los uruguayos dijimos no a los militares; amiga de sus muchos amigos, enemiga de los opresores, compañera.

De su empeño literario tenemos solo dos obras: «El naufragio», obra de teatro llevada a escena por el grupo Teatro Para Todos en 2000 y «La espera» relato testimonial de su vida carcelaria, editado en el 2000 por la Universidad de North Dakota EEUU.

Esta nueva edición de «La espera» es la primera que accede al ancho público, ofrenda de amor de su compañero e hija, Fernando y Lucía Olivari, que «Memoria para armar» acoge en su seno con emoción.

Una producción tan limitada e incipiente nos muestra sin embargo una escritora en crecimiento con cosas que decir, única condición para escribir según Rulfo.

María escribió .este libro en 1986; lo imaginó ensimismada, casi en secreto y solo se lo dio a conocer a su compañero ya terminado y después a los demás. La recreación de la intimidad profunda exige ese recogimiento en uno mismo que recuerda, salvando las distancias, a Primo Levi aislándose de su familia para revivir el campo de concentración, como socavándose, dice Lizcano. María se inició en un oficio que amaba, años después de la experiencia de la cárcel, lo que nos dice de la mujer de proyectos que era, de mirar lejos. El tema de su trabajo sin embargo habla de la compulsión de la memoria, que la llevó a recrear historias propias y de otras luchadoras contra la dictadura, con tanta vivacidad y frescura.

He releído este libro con la intención de analizarlo distanciadamente, pero su poder evocador rompió las barreras y ante mis ojos, casi como una película, se presentó mi propio pasado de prisionera en Punta Rieles; no mi historia personal, sino la que compartí con las compañeras, amigas del alma, la humillación del sometimiento y también la alegría y hasta la picardía de la resistencia: veo a Mahuer con su uniforme de presa, las mejillas pintarrajeadas y una gran moña de papel en la cabeza, para bailar el pericón «disfrazada» de china.

Hay formas y formas del recuerdo. Se puede recordar sin revivir como si uno contara cosas ajenas, viéndose desde afuera tal vez para no sufrir o introducirse en la piel de la experiencia y experimentar de nuevo el vejamen, la solidaridad, la rebeldía.

Al desplegar la tela de nuestros días en el Penal de Punta Rieles, con hermosa veracidad, María convoca sensaciones, sentimientos, pensamientos imborrables que integran la vida de quienes estuvimos allí.

Cuenta en primera persona hechos personales, deforma tal, que trasciende lo individual y nos permite reencontrarnos en lo escrito. Extraordinario texto para visualizar en detalle la operativa diaria del sistema represivo en Punta Rieles, no hace oratoria, muestra hechos.

María no dice que en Punta Rieles se hacían trabajos forzados pero, cómo llamarle si no al trabajo que describe prolijamente de la construcción de caminos, apisonando tierra con máquinas pesadísimas y viejas y con carretillas cargadas hasta el tope de piedras; cómo al trabajo en cocina, lidiando con tachos enormes desproporcionados a las fuerzas de las mujeres, resbalando en la mugre; qué del trabajo de quinta, con azadas inservibles y hostigadas continuamente. Las mujeres resistieron el trabajo a desgano, una forma de concebir la militancia. Lo hermoso del relato es que no dramatiza, describe, presenta, impone.

En su artículo «La cárcel ¿una experiencia feminista?» Ivonne Trias se preguntaba como fue la convivencia entre mujeres y señalaba la solidaridad y afectividad muy fuertes. María afirma lo mismo sin declararlo al describir muchas situaciones, por ejemplo, cuando cuenta el delirio de Ana sentido en carne propia por el grupo que la rodea o al reflexionar sobre un traslado y mostrar los sentimientos de las compañeras a las que separaban.

El libro se llama «La espera», porque el tiempo del preso es esperar. Cada etapa en la prisión empieza y termina en una espera; espera que siempre depende de ajenos, de enemigos, solo la libertad la cancela.

En treinta y tres apartados de poca extensión y nueve cartas intercaladas elabora la anécdota, testimonio propio y episodios de otras vidas que se anudan en el personaje Luda, su alter ego. Las cartas, típica forma de la comunicación íntima, privilegiada además por la costumbre de su familia de relacionarse por escrito, dan la voz del amor, el afuera de la prisión y el fracaso sentimental que en tantos casos impuso la falta de libertad.

Para mí son imágenes memorables, entre tantas, la gaseada en el encierro del Fusna, una compañera moribunda, la tropa enmascarada, una tortura, la punzante nostalgia de un canto en el atardecer. Todavía hoy veo, con los ojos de aquellos tiempos, el globo rojo de luz que recorre el cielo una noche de fin de año, esperanza y augurio, como ella lo describe.

María surge entera desde sus páginas: la alegría de vivir, a pesar de todo, tan suya, la confianza, la firmeza, el compañerismo, el amor por la música, la sensibilidad que se eleva sobre lo cotidiano, en la expresión literaria por momentos conmovedora.

Este libro es «un trozo de vida», de esa vida tan particular de la prisión, en donde la aventura cotidiana juega una pulseada continua con reglas caprichosas y cambiantes y mantiene un esfuerzo sin pausas para salvar en el interior de cada una los valores por los que se ha luchado.

martha valentini

LA ESPERA

maría condenanza

Esta es una historia real de mujeres, tal cual la viví.

Quiero dedicársela a todas las mujeres de mi país que hicieron algo por derrotar la dictadura del 73. Algunas dieron su vida. Muchas le dedicaron sostenidos esfuerzos y sacrificios de varias naturalezas, por largos años.

Pero también quiero brindar este humilde homenaje a todas aquellas que, sin ataduras partidarias, venciendo ese terrible aguijón del miedo, tal vez a escondidas de los suyos, entregaron un periódico clandestino o abrieron una vez, aunque haya sido una sola vez, las puertas de sus casas a un perseguido. Solo por amor a la gente y a la libertad.

Cuando levantaron la capucha, me cegó la luz del mediodía.

Sobre mi falda han puesto una bandeja con una milanesa y un huevo frito arriba. Hace dos días que estamos sentadas en el mismo sitio, con la capucha puesta, noche y día. Solo se permiten tres visitas rigurosas al baño: al despertar, al mediodía, antes de dormir. Siempre a la misma hora. Solo se puede caminar alrededor del colchón. Exactamente cinco pasos. Cinco de ida y cinco de vuelta. Lo demás es espacio desconocido, seguramente grande y vacío a juzgar por el eco de las voces. Tal vez un patio interior. En algún extremo están los dos colchones y como atadas nosotras, Carmen y yo, siempre vendadas. En el otro extremo están ellos. La guardia tiene siempre una mujer y varios hombres. De día silenciosos, en la noche dicen obscenidades y se ríen. Ayer se acercó uno de ellos, muy cerca, lentamente. Podía sentirle el aliento. Probaba la eficiencia de nuestras capuchas que cubren totalmente cabeza y cuello, con refuerzo acolchonado sobre los ojos. Un guardia del cuartel de donde veníamos nos había contado que era un invento de un oficial joven. Un día apareció y lo vimos, pavoneándose e inspeccionando los resultados de su obra. En medio de todo es divertido ver la sombra del guardia acercarse e imaginar mi aspecto de verdugo de la Inquisición mientras simulo y me quedo tiesa, como si durmiera, como si estuviera muerta y es gozoso comprobar que lo burlo.

Luego empiezan las amenazas. No directamente. Hablan entre ellos, murmurando lo que nos van a hacer, en voz baja, como sí lo planificaran. Tal vez siguen probándonos o se divierten a su manera. Hago un esfuerzo para dormirme. Pase lo que pase, lo mejor es estar bien descansada y dormir mientras se pueda.

Y ese día la milanesa y el huevo frito. Pensé en la sopa y los tallarines fríos del año anterior. Al menos sobre estos no puede haber sospecha de que lo hayan orinado antes de servir. Cómo estarían los compañeros que dejamos. No poder contarles de este magnífico huevo frito, dorado y calentito, el primer festín en más de un año de cárcel con que los Fusileros Navales nos reciben. Tener que devorarlo sin comentario.

Carmen me tose, está disfrutando del suyo.

Finalmente nos reúnen con las demás presas, unas veinte mujeres.

Nos retiran las capuchas. Las sustituyen por unas vendas de uso obligatorio cada vez que se traspasa las rejas del celdario. Están hechas por las presas con telas que ellas mismas suministran. Nos dan un número, como a las demás, que sustituirá totalmente al nombre.

El Fusna es una unidad militar de la marina, enclavada en un estratégico extremo del puerto de Montevideo. Ahora también es nuestra cárcel.

El celdario tiene forma de U: hay una celda-dormitorio, llena de cuchetas a la cual solo se va a dormir y una celda-comedor, donde transcurre el resto de nuestras horas. En el medio está el baño, el único lugar sin reja delante.

La celda de estar es grande, tiene vidrios esmerilados y de color que dan mucha luz cuando el sol le da de lleno. Su lujo, con uso reglado por el permiso de la guardia, es la ventana abierta, una gran ventana de cara al mar, que puede desbordarse de luminosidad.

Ver el mar desde aquí es maravilloso. Mar de verano, sosegado, superficie iridiscente; o mar inquieto y marrón del invierno; o mar de tormenta, desasosegado, violento, tumultuoso, con fuga de gaviotas; mar fuente de vida, .u cesible solo a los ojos pero que evoca lo que está más allá: la playa, la gente, la calle. La libertad. Los barcos van y vienen por la abertura que les dejan las escolleras, salpicadas a veces de pescadores solitarios. Tanto los vemos en su deslizamiento lento que ya reconocemos cada tipo: los barcos petroleros, los de carga, los científicos. A veces hasta su tripulación desfila a distancia, anónima e indiferente, bajo nuestros ojos curiosos.

El Vapor de la Carrera, viajando diariamente desde Montevideo a Buenos Aires, es parte del paisaje habitual de la bahía. Le llamamos "la torta" y nos da la hora, a falta de relojes. A las nueve, suspendido en medio de la noche y con todas sus luces encendidas parte lánguidamente y distante ya parece realmente una torta de cumpleaños.

Descubrimos las banderas, reconociendo la vastedad del mundo que sigue su curso y nos evoca sus matices y toda la gama de signos que hay en cada diseño, temblorosas de viento y tal vez, vaya a saberse, qué tiempos y qué historias. Como la nuestra. En ese mar que va y viene, que no separa sino que une a los pueblos, somos un punto perdido de América, aislado, silenciado, nosotros que siempre hemos estado con los brazos extendidos y las puertas abiertas. Pero la sangre fluye vigorosa en nosotras y nos trae, a oleadas, ansias, recuerdos, certezas, esperanzas y destino aceptado como un precio, puesto a prueba cada día. Algún día más que otro.

Parecía reinar la tranquilidad en esas celdas del Fusna, luego del vendaval de los interrogatorios, de los cuales veníamos todas. Parecía. En realidad eran tiempos de acechanza, vigilantes, alertas. Visitas semanales, horas de manualidades, intercambio de libros, festejos de cumpleaños, las rutinas que se repiten como ritos, las cartas que van y vienen, compartidas con una fraternidad inédita, la individualidad reducida a su mínima expresión. Todo parece ser de todas. Las cartas solo transmiten noticias familiares. Las demás están expresamente prohibidas, bajo amenaza de suspensión de visita, de correspondencia, bajo amenaza.

Hay hasta cierto acostumbramiento a esta vida. Es natural dado que algunas de mis compañeras llevan años en esto. La perspectiva es incierta para todas. Algunas ignoran hasta los delitos

que penan y nada hace sospechar que sus siniestros jueces se tomarán el trabajo de buscarlos en sus siniestros códigos.

Comparo este espacio con las celdas tristes y subterráneas que dejamos y hasta lindo me parece. Al menos hay luz, luz de día. Pienso en los compañeros que dejamos en Prefectura, en este mismo puerto, agobiados de oscuridad, de humedad, de silencio, viviendo como ratas atrapadas, todos hombres, algunos muy jóvenes, otros viejos y enfermos, día y noche respirando bajo la tierra.

Anoche sentimos, como para no olvidarlo, el odio del enemigo. No sé qué hora sería. Nos despertó la estridencia de una bocina que sonó y sonó sin parar. Parecía que el mundo daba un giro violento. Los guardias corrían hacia nuestras rejas gritando: ¡al suelo! ¡al suelo! ¡pónganse las vendas! ¡que nadie se mueva!

Se oye una sucesión de rejas que se abren y cierran con estrépito, el ruido metálico de las armas que se entrechocan. No se puede hablar, no sabemos qué pasa, no podemos preguntar ni mirar. Solo quietas y en silencio.

Afuera del edificio hay gran conmoción también, se oyen camiones que arrancan, corridas, voces de mando, gritos, aquí cerca, más allá. Cuántos hombres habrá afuera. Se oyen muchos.

Abren nuestras celdas y entran. Caminan casi corriendo entre nuestros cuerpos tirados en el piso con desorden, boca abajo, las manos cruzadas sobre la nuca. Medio dormidas y ensordecidas por la bocina estridente, aguda, que no ha dejado un instante de sonar, nadie se mueve, se siente el frío de las baldosas bajo la tela de los pijamas.

Lo peor es que no dicen nada, solo se oyen gritos desde afuera y algún murmullo cerca nuestro. Imposible descifrarlo. Hay un grupo que se ubica en la pared del fondo. Están por todas partes alrededor de nosotras. De pronto se siente el ruido de los seguros que se sueltan en coro metálico. Algunos están tan cerca que, de tener ojos en la nuca, podríamos ver el negro vientre del caño mirándonos fijo. Es un minuto largo, larguísimo, que bien puede ser la antesala de la muerte. Todos los ruidos sugieren que lo sea, al menos desde las inermes rigideces de nuestros cuerpos, amontonados entre la reja abierta y la fila de soldados que nos apuntan desde todos lados con exquisita precisión. Pero el minuto pasa. Vuelven a colocar los seguros y tan rápidos como entraron corren por los claros del piso y salen cerrando la reja.

La bocina se calla. Todo se silencia de golpe sin una voz que lo ordene. Los pasos de la guardia se acercan a la reja con el ritmo lento de siempre. Aunque todavía no ha llegado la orden de levantarnos y continuar, el zafarrancho está concluido. De aquí en más será rutina.

Si hubiera que establecer el día del cambio, sin duda fue aquella mañana.

Muchas veces nos habían hecho cumplir la misma ceremonia. Debíamos formar en la línea blanca trazada en el piso de la celda-comedor que la cruzaba de lado a lado, como una frontera interior. Posición de firmes, mirada al frente, o sea a la pared, manos a la espalda. Puestas así, la reja se abría y una comitiva de algunos o muchos galones, presidida por el comandante Márquez entraba e inspeccionaba. Las mesas, las cuquetas, las manualidades y las presas pasaban bajo sus atentas miradas. Sin pronunciar palabra y uno tras otro, marcaban un trayecto envolvente en torno nuestro y salían. A veces nos llegaba algún murmullo ininteligible, dicho al salir. Muchos permanecían a nuestras espaldas sin que pudiéramos verlos. Eran oficiales. Al igual que la guardia masculina permanente que vigilaba desde el otro lado de la reja, se cubrían el rostro con caretas de tela camuflada y la cabeza con la gorra militar. Solo la guardia femenina llevaba la cara descubierta y eran nuestro enlace con la unidad, trayendo órdenes y llevando peticiones. A los hombres -oficiales o clases- no les veíamos las caras. Solo los ojos. Los diferenciábamos por las voces, que reconocíamos a distancia.

Por eso aquel día nos llamó la atención aquel oficial que, repitiendo la ceremonia paso a paso, bordeó nuestra formación en la línea blanca, y se ubicó entre la pared y nosotras, encarándonos. No llevaba máscara ni gorra. Casi sonriendo dijo suavemente:

-Buen día.

Mañana tras mañana volvió a repetirlo. Nos hacía formar. Se paraba siempre en el mismo sitio, mostrándonos su cara, nos daba el buen día en el mismo tono y se iba, sin hacer ni decir más nada.

Le pusimos Aureliano Buendía, nombre desacertado al que la costumbre impidió corregir como debía haberse hecho hasta por un mínimo rigor histórico. Qué lejos estaba del buen Aureliano y qué cerca de todo lo que nos pasaría más adelante cuando supimos que en realidad era el capitán Ricardo Dupont.

A los pocos días nos trajeron una lista con las cosas que podíamos conservar de todo lo que teníamos: un juego de sábanas, dos mantas, un pantalón, un buzo, un par de zapatos, dos juegos de ropa interior, una taza, un plato, un juego de cubiertos. Todo lo demás debía devolverse. El escueto mensaje resumía el carácter de nuestra vida en el futuro. No había libros ni material de manualidades ni mate. No había ponchos ni gorras ni guantes. No había galletitas ni chocolate ni ningún otro comestible.

Preguntamos, protestamos, llamamos mil veces sin respuesta, todo *fue* inútil. Las sacrosantas resoluciones militares no se discuten, se obedecen. A quién se le ocurre cuestionarlas, ni siquiera sobre la cuenta básica del sentido común.

No se podía hacer manualidades: quedaba claro. Era la actividad que ocupaba la mayor parte de nuestro tiempo, la que le daba al día su sentido, la que lo diferenciaba uno de otro. Lo demás era rutina: levantarse a la misma hora, acostarse a la misma hora, ir y venir de una celda a otra.

Pero además eran expresión de sentimientos: lo que se hace para regalar, para sustituir los hechos y actos de amor a la familia, a los que veíamos y a los que no veíamos. Eran formas de

conversar, de abrazarse, de esperarse, objetos desde los cuales compartir la esperanza, el dolor, la inquietud, el esfuerzo.

Tampoco se podía leer ni estudiar. Por cierto que los libros eran seleccionados pero aún la peor elección podía dejar lugar al estudio y a las horas llenas de historias y al goce de las buenas palabras. Era demasiado tiempo disponible para tantas cosas buenas. Por suerte la situación duró solo algunos meses.

-La 5, la 42 y la 33. Con sus colchones ¡salgan!

La línea de presas en la raya blanca se estremece. La guardia habló desde la reja. ¿Salir? ¿Adonde? ¿Por qué tres?

Una mano aprieta la mía antes de salir de fila y me dirijo a la cucheta. Al lado de la guardia está Aureliano, mirándonos. Su rostro no dice nada.

La salida de la celda sin destino conocido siempre es cosa mala. Puede ser la vuelta al principio, la máquina y el interrogatorio. Fantasma de cada día, no hay razón ni lógica en su desencadenamiento. Siempre puede haber razones y ninguna es realmente valedera. La causa está en el pasado o en lo que está pasando ahora vaya a saber en qué sala de interrogatorio. Una casualidad, una debilidad extrema, un hilo de información que desemboca en lugares impensados, o en nombres impensados o previsión o castigo o alerta. Telaraña siniestra, en parte perceptible y en parte transparente pero desconocida y rampante siempre.

Yo salgo primero y me llevan vendada por el corredor. Camino apenas unos pasos y me hacen entrar en una celda. La puerta se cierra, oigo el cerrojo. Espero un momento y luego subo un poco la venda para tantear lo que pasa. No pasa nada. Estoy sola en la celda, mi colchón y yo. Empiezan a transcurrir las horas. Esas horas de espera se convierten siempre en una exploración de la geografía circundante: las paredes con sus puntos, sus excoriaciones, sus manchas, huellas de dedos, de pies, de suciedades de todo tipo, grafismos extraños, que sugieren nombres, fechas, palabras sueltas, historias, tal vez gritos ahogados.

En la noche me traen la cena, me llevan al baño. Ni una palabra, ni una explicación. Yo tampoco la pido. Sé que no puedo alterar nada de lo que está ya determinado y solo debo esperar para averiguarlo.

Aquí la lucha no es hacia fuera sino dentro nuestro. El enemigo nos apunta desde nuestra vacilación, desde el miedo. Ahí damos el combate y ganamos o perdemos. Lo de afuera será solo un eco de lo que nos pase.

A la mañana siguiente se abre la celda y entra Aureliano.

-Buen día.

-Buen día.

-¿Cómo está?

-Bien.

-Y en el celdario, ¿cómo está?

-Bien.

-¿Qué hace durante el día?

-Leo. Hago manualidades.

-¿Qué manualidades hace?

-De cuero, de telas, tejo, de todo. Trabajo en el telar. De todo.

-¿Y las demás hacen lo mismo?

-Sí. Algunas hacen una cosa y otras otra, depende.

-Por ejemplo, ¿cose a máquina?

-Sí, a veces.

-¿Y cómo se arreglan con una sola máquina? ¿Cómo eligen a la que cose primero?

-Y bueno, no todo el mundo cose. La usa quien la necesita.

-¿Cómo se lleva usted con sus compañeras?

-Bien.

-Explíqueme cómo es un día en el celdario.

-Un día... bueno, nos levantamos y formamos para bandera. Luego desayunamos cuando viene la leche. Después hacemos las manualidades hasta que llega el mediodía. Almorzamos. De tarde lo mismo, trabajamos o leemos. Tomamos mate o el té hasta la hora de bandera. Luego la cena y ya nos tenemos que acostar de nuevo.

-¿Por qué cayó presa?

-...por ser de la juventud comunista.

-Bueno y cuénteme, ¿cómo hacen para repartir los libros? Si todas quieren leer lo mismo ¿cómo se las arreglan?

-Hacemos una lista y seguimos el orden. Cuando alguien quiere leer un libro se anota y cuando le llega el turno, lo lee.

-Muy bien. Hasta mañana.

Se pone de pie, me mira y golpea la puerta para que le abran la celda. ¿Para qué me habrá sacado? Las preguntas son muy idiotas. Es lo mismo que nos ven hacer todos los días. El guardia mira día y noche, sabe de memoria todo lo que me preguntó. El mismo puede verlo si se pone su careta y va a mirarnos. Tal vez lo haga. ¿Por qué preguntó por las demás?

¿Para qué me sacó? ¿Me llevarán a otro lado? ¿Me trasladarán? ¿Qué se propone saber? Quiere hacerse el simpático. No oigo nada desde aquí. ¿Qué habrá sido de las otras? ¿Estarán preguntándoles por mí? ¿Qué pasará? Voy a recordar poemas para que el tiempo pase más rápido. O mejor tangos, letras de tangos, así me concentro en la letra. No, mejor pienso. ¿Qué puede pasar? ¿Qué me harán?, ¿Cuándo lo harán? Lo horrible es esperar. ¿Para qué me habrán sacado?

Entra de nuevo al día siguiente y a la mañana. Casi sonriente.

-Buen día.

-Buen día.

De pronto me mira fijamente.

-¿Qué le pasa?

-Nada.

-Algo le pasó, usted está distinta hoy.

-No me pasó nada,

-A ver, cuénteme de nuevo como pasa su día en el celdario.

-Ayer ya se lo dije. Además lo puede ver usted mismo desde la reja.

-Pero lo que pasa ahí adentro no sé, qué problemas tienen, cómo se llevan.

-No tenemos problemas. Fuera de los obvios, por supuesto.

-¿Cuáles son los obvios?

-Bueno, estamos presas.

Se ríe.

-¿Cómo se lleva con las tupas?

-...bien.

-Vamos a hablar de las manualidades que usted hace. ¿Los materiales son suyos o los comparte con sus compañeras?

Al otro día me devuelven al celdario. Y al rato llevan a las demás. Abrazos, alivios, preguntas, cuentos minuciosos. El mundo de las conjeturas. Los interrogatorios son parecidos, con los matices propios de la historia de cada una. La militancia anterior, el procesamiento, algunos nombres rescatados del pasado y del dolor de los interrogatorios pero no preguntados sino haciéndolos sobrevolar sobre las palabras, como una mosca que rompe el silencio de la siesta entrando y saliendo por la misma ventana abierta. Ahí está. Puede volver a entrar o pasar el resto de la tarde volando sobre nuestra cabeza con su zumbido pertinaz. O nada, perderse, no volver más.

Mucho y nada. Sin duda, algo raro como dicen que sucede con la tierra antes de estremecerse con los terremotos.

La vida vuelve a su curso. Las compañeras están preparando el cumpleaños de Cristina. Ella en su rincón lee, al margen de la intensa actividad dedicada al regalo. Le van a hacer un juego de sobre y portalápices para las cartas de su compañero y una boina que le tejerá Xenia, de esas que ha hecho para los peladitos. Para él, su peladito. Temprano serán los saludos, las bromas, las risas del desayuno por un día de fiesta. En la tarde se pondrá sus mejores galas. Nos sentaremos alrededor de la mesa. Habrá té y mate y una torta hecha con galletitas pisadas y crema de leche en polvo, decorada con chocolate y caramelos. Después de comer nos sentamos en círculo en el piso para presenciar la

evocación de un día de clase. Es parte de los festejos. Cristina es maestra y Xenia, que también lo es, se disfrazará y hará la representación de su mejor repertorio de historias de maestras. Risueñas, tiernas, con la ingenuidad de los niños campesinos y la frescura de su propia alma, cálida y evocadora. Hay niños que, en mal disfraz y peor representación, hacen más graciosas las escenas. Todo termina en aplausos, abrazos, risas.

Al final llegan los regalos, de a uno, con palabras tibias cada uno.

Es una manera también de traer al peladito con nosotras y hablar un poco de él y con él se vienen los demás. Hay un momento de intimidad profunda, como si todo lo exterior se esfumara y el recuerdo tiene la fuerza de la vida y allí estamos todos, con lo que cada uno pone cerca suyo. Los recibimos con ternura, son todos nuestros.

El día cae lentamente. Llega la hora de los cuentos, de ratos largos, gozosos. Rueda de mate con fondo azul del cielo y estrías púrpuras de un atardecer. Xenia dice que las nubes rosadas sobre el horizonte anuncian buen tiempo. Nos golpean la reja.

-Bandera. Vamos. ¡Formen!

No habían pasado tres días cuando al terminar nuestro desayuno la guardia nos golpeó la reja.

-Formen. ¡Vamos! ¡Rápido!

Un poco más atrás, en la sombra del corredor, un grupo de uniformes se arracima. Solo uno no lleva careta. Inmóvil, silencioso, mirando persistentemente hacia nosotras. Es Aureliano.

-La 56, la 45, y la 11. Vayan a buscar sus colchones y ¡salgan!

La reja se abre, solo se oye el ruido de los pasos lentos de las compañeras que salen de la fila. Están lejos, no puedo verles la cara.

El tiempo que pasa entre la salida de la fila y el cierre de la reja tras ellas es larguísimo, en el medio un silencio más largo aún.

La guardia sonrío cuando dice

-Pueden continuar.

Todo se repite nuevamente. Y otra vez. Y otra vez. Dura semanas ya esta calesita absurda. Se llevan a dos o a tres, las tienen unos días. A veces las interrogan. A veces las dejan allí nomás, consumiéndose por días, esperando en soledad, sin saber qué viene después, a qué obedece esto, si en algún momento adquirirá matices más violentos.

Las demás esperamos todos los días en el celdario. Todas creemos que seremos las próximas. Nos preparamos. Planificamos nuestra ausencia. Un nuevo ingrediente se ha sumado a nuestra rutina y le ha cambiado el signo. La inquietud se hace-costumbre, el esperar a las compañeras que vuelven, el sacar conclusiones de los interrogatorios, el atisbar el vacío que hay más allá del celdario. Es tan silencioso, tan insondable, tan hermético nuestro entorno que recuerda al mundo plano concebido por los antiguos. Tras los bordes del plano donde la humanidad vive y muere nada, el abismo, el espacio desconocido.

La nueva situación ha hecho zozobrar nuestros hábitos. La turbación es insoslayable si uno no sabe si va a estar con las demás, compartiendo una forzada normalidad o si será sometida al aislamiento o a las preguntas, éstas u otras preguntas, sondeando vaya a saber qué cosas en nosotras, reabriendo siempre heridas más o menos frescas, cicatrices retorcidas invisibles a los ojos. Y siempre la incertidumbre de saber qué hay más allá, el por qué de las cosas, qué buscan, a qué conducen, qué plan perverso están cumpliendo.

Porque de eso no hay duda, plan existe.

Querida Lucía:

Te escribo desde un boliche, en una mañana hermosa,- con mucho sol, donde tu ausencia se hace mayor todavía. Tu paquete está aquí, frente a mí, ocupando tu lugar en la silla. Pésimo sucedáneo. Te mando lo que pediste. No te preocupes tanto por los cumpleaños. Tus regalos son motivo de alegría y se los guardan con enorme cariño pero me parece que te exigís absurdamente. La familia está bien, te manda muchos besos, preguntan todas las semanas por ti. Tu tía Gloria me llama todos los días. Ya le expliqué veinte veces que con suerte te veo cada quince, pero no lo entiende. Los chiquilines de al lado también me preguntan mucho por vos. Quieren ir a verte y el chiquito me dice ¿todavía no te dieron permiso para llevarme a la casa de Lucía? La tía Gloria repite ¿solo dos tardes pasas con ella? Y me río. ¿Qué querés que haga? Pero a veces la risa se me hace una mueca. Una hora en el mes. Es demasiado poco para sobrellevar los veintinueve días con veintitrés horas siguientes. Te amo. Nunca pensé que te amara tanto.

Manuel

A medida que avanza el verano, el aire del celdario se hace más asfixiante. Hace mucho que las ventanas no pueden abrirse. Pedimos y lo niegan. Por excepción toman ellos la iniciativa. La guardia se asoma y nos da, fría y cortante, la orden de abrirlas pero lo hacen con tiempo limitado. Puede ser media hora o una hora. El aire del mar nos envuelve, revivimos como las plantas agotadas de calor, de aire encerrado y espeso de olores rancios. Pero eso puede repetirse a la semana o a los diez días. Nunca hay un ritmo que le deje lugar al acecho y por supuesto siempre va a contramano de todas las gestiones que en todos los tonos se hacen para abrirlas.

Una mañana entraron algunos soldados al baño con herramientas y se instalaron allí con toda la apariencia de abordar un trabajo. Nuevo, impecablemente pulcro bajo nuestra higiene obsesiva, tal vez aquel baño había sido construido para nuestro uso, por ciertos indicios que recogieron las primeras huéspedes. Nos ordenaron no salir del dormitorio mientras estuvieran ellos. Permanecieron horas golpeando, martillando, se oía ruido de pedazos de pared que caían y el polvo del derrumbe se escapaba hasta nosotras, alimentando la curiosidad y la conjetura. ¿Qué harían? Nada bueno, eso se descontaba. Pero, ¿qué harían donde no había nada roto ni nada insuficiente? Al mediodía interrumpieron el trabajo. Se nos comunicó que no podíamos usar el baño. Apenas salieron husmeamos por la puerta viendo que el cambio consistía en la remoción de una bañera. La bañera en realidad era un objeto decorativo, sin posibilidad de uso, vaya a saber por qué extraño arbitrio colocado allí, casi una tomadura de pelo, a pesar de lo cual la manteníamos blanca y lustrosa, tal vez por su sintonía con la normalidad. Pero el resultado fue que tuvimos que hacer turno para salir de la celda y usar el baño de la guardia. De a una y con venda, aquello se parecía a usar el baño del vecino por parte de una familia numerosa. Lo mismo se repitió en la tarde y en la noche.

Al día siguiente ellos establecieron horarios mientras un soldado retomaba su labor lentamente en nuestro baño. Extraer la bañera de su lecho de cemento llevó muchos días y el baño más allá de las rejas empezó a complicarse. Las visitas se volvieron compulsivas y hubo que encontrar el tiempo necesario para las duchas. Ya no se pudo lavar la ropa y había que pensar cómo hacer para llegar con la ropa disponible hasta el fin de semana y la llegada del paquete y la ropa limpia. Así, día a día, cada vez más limitadas. El control del tiempo de permanencia en el baño se hizo estricto y estricto el cumplimiento de las tres visitas a las horas establecidas: después del desayuno, después del almuerzo, después de la cena. Inútil pedir a otras horas. Mientras tanto el soldado siguió en lo suyo y un polvo fino y áspero invadió todas las cosas, las camas, los útiles de la comida, el pelo mal lavado por el apuro, la ropa sin posibilidades de recambio.

La obra avanzó sin apuros durante semanas. Había días en que se interrumpía y allí pasábamos a mirar el destrozo de los escombros sobre el baño antes blanco e impoluto, sometido sin piedad a nuestras manías higiénicas. Nos parecía un sueño volver a verlo cuidado y limpio y poder estar allí a gusto, sin apremios, sin golpes frenéticos en la puerta, sin mirillas que se abren con sigilo durante la ducha mostrando detrás una sombra espesa y un ojo solo que mira en silencio, indescifrable, anónimo, hipersexuado, violento.

Pasaron varios días en que nadie trabajaba. La bañera quedó depositada en un lecho de escombros y el agujero dejado por ella a medio llenar. Nada indicaba qué rumbo tomaría

aquello. En realidad todo pintaba como una gran farsa montada para someternos al régimen aquel de los baños controlados y la arbitrariedad ejercida sobre los humores de nuestros cuerpos. Fuera de las horas dedicadas a la obra, el resto del baño era perfectamente utilizable y más aún los días en que no había obra. Es más, lo que en realidad usábamos no había sido tocado y se encontraba a sobrada distancia de los destrozos. ¿Qué otra explicación cabía?

Lo más sorprendente fue el desenlace. No sé cuanto tiempo estuvimos así, con nuestras vidas girando en torno al baño, a pedir que nos dejaran y a arreglarnos para resolver todos los pequeños y grandes problemas que se fueron generando día a día, en una espiral de ansiedad y malestar que también nos fue ganando. Una tarde de calor agobiante, los golpes rutinarios se acompañaron de ruido a vidrios rotos, cayendo en estruendo y luego en lluvia fina. Al suspender el trabajo para el almuerzo y pasar frente a la puerta del baño destrozado, un aire fresco, marino, llenó nuestros pulmones y nos invadió el olor a siesta y estío. Pudimos apilarnos sobre el piso a disfrutar de aquel inesperado goce.

Todas las ventanas superiores del baño, las que daban de cara al mar, habían quedado sin vidrio. Solo el esqueleto de hierro herrumbrado se recortaba sobre un maravilloso cielo azul intenso. Bastaba mirarlo y aspirar aquel olor para imaginar el día de verano que hacía afuera, con esa luz del día que tiene solo enero y que a esa hora es dorada y resplandeciente.

Disfrutamos de aquel placer tan natural y tan esquivo. Al menos respirábamos bien. El aire de las celdas era otro y estaban aquellos magníficos rectángulos de cielo, como muestras de eterna naturaleza viva, cambiante, formidable excusa para la fantasía y el sueño.

Claro que si un cambio en la cárcel es bueno, por mínimo que sea, nunca tiene el riesgo de la rutina. Aquellas ventanas por donde entraba vivificante el aire permanecieron así, para contrarrestar nuestro encierro, los meses de verano. Luego, un día cualquiera, se retiraron los escombros y recuperamos el uso del baño. Nuestra ducha estaba justo en el centro de aquella corriente de aire que entraba a raudales por los marcos de hierro. Y llegó el otoño y se fue el otoño. Empezaron los vientos y los fríos del invierno.

Los meses pasaron y pasaron. El recuerdo del verano ya no daba ni para la broma. Aquellos agujeros de hierro siguieron así por siempre y lo que fue placer del verano se transformó en agresión del tiempo, del viento, de la lluvia, del frío, de las tempestades especialmente rescatadas para nosotras, introducidas en nuestro ambiente en toda su plenitud, con todo el ahínco con que estas cosas se piensan y se hacen.

Más adelante, muchos años después, sabríamos que eran los días más sombríos del período. Aquí y tras ese mar deslumbrante bajaba en flecha el valor de la vida humana. Miles de presos, castigados, mutilados, torturados hasta la muerte y luego desaparecidos en tumbas sin nombre, en lechos mudos de ríos sin ojos, en huecos oscuros de la tierra, condenados a la extinción sin huella, destinados a la vida sin vida y a la muerte sin muerte, sentenciados a todas las escalas de la locura, al aislamiento físico y la enfermedad, hostigados con ciencia, técnica y convicción.

Hace muchas noches que dormimos sobresaltadas, esperando la requisa, que se repite día por medio y a veces a diario. Hay una nueva orden que nos ha trastocado el día. La guardia se detuvo un momento en la reja, observándonos antes de comunicarla. A partir de ahora serán ustedes las encargadas de darle a las demás la orden de formar. Cada vez que alguien

vea acercarse algún guardia a la reja, debe decir en voz alta ¡formen! Y las demás deben ubicarse con la venda en la línea blanca de inmediato, estén haciendo lo que estén haciendo. Ya saben cómo es esto. Si el guardia llega a la reja y no están formadas, habrá sanciones. ¿Entendieron? Continúen.

Las visitas se suceden ininterrumpidamente. Pueden ser solo fugaces momentos en que un guardia se acerca y casi sin darse tiempo a detenerse, desaparece. Puede volver enseguida, él u otro (¿cómo saberlo detrás de aquellas máscaras?), pero lo cierto es que vuelven y vuelven en un pasaje sin fin. Y cada vez paramos, dejar nuestras cosas y permanecer de pie hasta que llegue la orden de continuar. Somos marionetas de un teatro loco, haciendo un ejercicio permanente. Tratamos de no mirar para no tener que ser la que dé la orden pero eso también nos da el nerviosismo de no verlos y que estén allí parados, mirándonos amenazantes. Luego viene la guardia y repite la monserga con voz airada y es peor oír la que gritar aquella orden, pero todas salimos cada vez más lentas hacia la línea blanca. Apenas cubiertas por la escueta venda, esa mínima excusa para la huida, el cuerpo está tenso de esperar la sombra verdinegra perfilándose en el corredor, tenso de esperar el disparo de la orden, tenso de no querer escucharla y de oír la crecer en nuestra garganta hasta ser una flecha atragantada, tenso de pararse y sentarse, tenso de los minutos de espera sobre la línea blanca, tenso de adivinar los ojos tras la máscara.

A lo largo del día salimos y volvimos a nuestro lugar decenas de veces y si sumamos minutos son horas y horas de plantón. Es imposible concentrarse en nada, ni siquiera en una conversación de esas melancólicas que rescatan la vida usurpada. Nada dura demasiados minutos y sobretodo nunca puede preverse su fin.

Los días siguen sin que algo permita sospechar el final de aquello. Han sido muchos. Al final del día nos desplomamos en la cucheta, único momento para salir del torbellino.

Estuvimos así cerca de un mes. En los últimos días de aquel mayo las visitas de la guardia se espaciaron y todo se fue normalizando pero igual la fatiga de tantos días acumulados nos dejaba el sueño pesado e inquieto. Fue entonces cuando comenzaron a reiterarse las requisas nocturnas. Ya no preocupa el día sino el poder dormir una noche con todas sus horas de evasión y estar al día siguiente con las energías completas. Cuando nos llega la orden, no cabe duda que le ha llegado el turno de actividad a la noche:

-A partir de ahora, no tienen que dar más la orden de formar. Continúen.

A la noche, en el mismo tono suave y cuando apenas hacía una hora que dormíamos, escuchamos la orden de levantarnos y formar. Se trataba entonces del sueño de a ratos y del desorden total de nuestras cosas. Da lo mismo si la ropa se revuelca en el piso, si perdemos algo en el revuelo, si el azúcar derramado de su frasco queda decorando un tarro de cemento volcado, si ni siquiera podemos encontrar para retomar el sueño la sábana que nos cubría momentos antes hasta descubrirla hecha un ovillo aplastada bajo un colchón distante. La búsqueda de nada. La fractura cotidiana de las cosas. Las vallas salteando el fluir de las horas. Solo dormir, dormir y dormir.

Una noche, previo al acostarnos, sobrevino un silencio más profundo que el de siempre. Mala señal. Se suceden las revistas fugaces tras la reja con sus minutos de observación intensa. Son una alerta para nuestro olfato experto. Son los matices de la anormalidad.

Es inútil escuchar los ruidos: hay menos que nunca. Tampoco los movimientos son los habituales, están cargados de gestos de alerta, de vigilia, de nerviosismo tal vez. No hay duda. Algo preparan.

Llega la orden de acostarnos. Se instala el largo silencio de la noche que apenas interrumpe el susurro de Graciela desde la cucheta de arriba.

-Hoy seguro que hay zafarrancho.

No sé cuántas horas dormí hasta que la estridencia de la sirena me sacudió como siempre. No solo la sirena. También una violencia musitada en los movimientos de la guardia. Corren de un lado para otro. Se oyen muchos pasos afuera también, como si fueran cientos de personas las que se mueven alrededor del edificio. Al estruendo de los motores de los camiones se agregan ruidos de motos, ladridos y muchos gritos poniendo ritmo a todo ese movimiento, voces de mando. No distingo qué dicen pero se suceden espasmódicamente y llegan con fuerza hasta las celdas, con las ventanas cerradas desde hace mucho tiempo.

Abren las rejas con fuerza y con torpeza, mientras gritan sin cesar que nos levantemos, que formemos, ¡rápido, rápido, rápido!, y el milico golpea las rejas con su arma frenética y las milicas entran y se ubican a lo largo de la celda, están todas, las que están de guardia y las que se fueron hoy de tarde, casi gritándonos una a una, como si nos pasaran revista ¡arriba! ¡vamos! ¡rápido! ¡a formar! ¡a la línea blanca! ¡vamos, rápido! ¿qué hace usted? ¿no oye? ¿es sorda?, el milico de afuera que grita ¡que formen enseguida! ¿qué hace?, apúrelas, golpea la reja todo el tiempo y atrás suyo viene otro y otro. Todos corriendo, nos miran y se alejan corriendo, la milica ¿qué hace que no se levanta?, 45,17, vamos ¿siempre lo mismo con usted? ¿qué espera?, ya tendrían que estar sobre la línea, vamos, no se vista, no hay tiempo, así nomás, ¿tiene frío? ¡paciencia!, y el milico de la reja, que grita ahora desde la otra reja pero golpeando siempre, hace tanto ruido, con el estruendo que llega desde afuera y la sirena penetrante golpeando siempre sonando sonando sin parar, por un minuto se apaga la luz y entonces queda todo igual solo que más fuerte, parece más fuerte, gritando y golpeando la reja cada vez más fuerte, diría que hay como diez milicos o más en el corredor pero van y vienen, no se paran en un lugar, vienen en silencio de gritos pero se oyen los pasos fuerte fuerte, ya volvió la luz - qué suerte- y Cristina dice guardia yo estoy enferma no puedo levantarme, tengo fiebre y la milica le pregunta al de la reja ¿qué hace? ¿se levanta?, la otra milica grita desde la punta ¡se tienen que levantar todas! ¡vamos rápido! el milico de la reja contesta pero no se oye más que el final, ya en la línea blanca, vamos boca abajo acuéstense rápido boca abajo no levanten la cabeza vamos rápido rápido las milicas salen de la celda y vuelven a cerrar las rejas tras ellas siguen corriendo corriendo y gritando desde la calle no uno sino varios a la vez son como gritos de guerra entre muchos y desde el corredor llega como un tropel de soldados y recién entonces el milico de la reja se aparta y deja de golpear con su arma en la reja y el tropel que llega está llegando usted póngase la venda con la cabeza hacia la pared vamos rápido rápido y el

tropel llega con las botas haciendo un tremendo ruido contra el piso adentro ya nadie grita solo corren y corren hasta llegar a la reja y de pronto se detienen y un minuto de silencio, un silencio larguísimo, como si el mundo se detuviera y ese ruido sobre el piso nadie corre nadie grita solo suena otra otra vez luego dos más sobre la reja que vibra apenas es el ruido de una caja que cae al piso y se parte ruido seco breve y solo silencio afuera en la calle sigue el estruendo pero distante adentro nada se mueve hasta que llega la voz de Julia clara altísima en medio del silencio me sube desde la garganta el aire se hace denso de pronto irrespirable y ese olor a azufre qué pasa qué es esto me ahogo qué es esto Julia grita es gas nos tiraron gas guardia abra las ventanas y Carmen llora ahora Marta también y empiezan a gritar y a llorar las oigo Julia dice es gas no puedo respirar guardia y Graciela también grita por favor la ventana no puedo respirar y la garganta se cierra y bajo la venda la piel arde como una quemadura y me dan ganas de vomitar y no se oye nada del otro lado de la reja y entonces solo Julia que se para y algunas lloran y gritan y Julia se para y corre y nadie le dice nada y dice nos tiraron una bomba de gas asesinos y corre hacia la ventana y ahora son muchas las que gritan asesinos y lloran y no sé si puedo seguir respirando y Julia corre hacia la ventana y va gritando del otro lado solo es silencio y me saco la venda y no hay nadie y sobre el corredor un polvo amarillo como si fuera arena pero color azufre se esparce por todo el corredor y una nube densa de gas entra hacia las celdas y las compañeras se levantan y gritan sin moverse como si estuvieran ciegas y Julia corre hacia la ventana y grita sin parar asesinos y nadie le contesta y una niebla espesa se corre por las celdas por el corredor y del otro lado de la reja ya no se ve nada solo el polvo amarillo en los barrotes de abajo y la niebla y Julia corre hacia la ventana y la alcanza por fin y la abre y todas corremos hacia la ventana tragando el aire a bocanadas y llorando despacito ahora como los niños cuando terminan de llorar solo se oye el llanto despacito despacito después nada.

Nos preguntábamos qué había desencadenado aquello. Tal vez lo que pasaba afuera y no sabíamos nada. O un gran experimento. O el odio nomás que se soltaba como un caballo desbocado.

No había cambiado nuestra conducta. Aún no habíamos aprendido lo suficiente para llegar a una posición que le diera otro contenido a nuestras penurias.

Pero la situación no cambió, más bien se acentuó. Del otro lado de la reja era notorio un nerviosismo exacerbado, una agresividad que desencadenaba pequeños conflictos a cada momento.

De pronto las requisas y los zafarranchos pararon, como por arte de magia. Ni siquiera se producían de vez en cuando. Pensamos erróneamente en un afloje. La respuesta llegó sin demora.

Una tarde la guardia se acercó a la reja y pidió jabón y toalla. Era señal que tenían un preso nuevo o varios presos nuevos, porque si se trataba del traslado de otra unidad como había sido el nuestro, vendrían con su equipo de higiene. Era para alguien al que no le permitían recibir paquete de su familia pero sí le permitían lavarse. Era posible que fuese el final de su interrogatorio o tal vez, un descanso para fortalecerlo y poder continuar la tortura.

Afinamos el oído inútilmente. Eran expertos en silencios y secretos. No hubo el más mínimo indicio que nos dijera, si era uno o varios, si era hombre o mujer.

Pasaron varios días y el pedido se reiteraba. A veces querían ropa interior, lo que hacía pensar que el permiso era de bañarse. Podía indicar la culminación de una etapa. El baño abre un período en el que se deja de ser detenido -anónimo- perdido, punto, número sin rostro, despojo, para adquirir la categoría siguiente, la de preso, en el umbral del procesamiento, casi con dotación humana, que puede comer y tomar agua, puede dormir, puede bañarse. Hay un cuerpo completo tras el número. Esta transformación mágica se produce cuando se pasa del territorio vedado e inescrutable de los S2 a otros ojos, otros oídos, otras voces. Tal vez a las fotos de los registros. Tal vez a un juez no menos avieso y amenazante. Tal vez a otros presos.

Otra noche, cuando hacía rato que dormíamos, nos despertó el sonido inconfundible de los gritos de un torturado. Se oían muy cerca, sin duda a unos pocos metros nuestros. La noche se prolongó, eterna, entre silencios profundos y los aullidos de aquel hombre. El grito de dolor, largo, agónico, a veces llanto y a veces lamento largo, largo, largo, pobló la noche de nuevo, nos llenó de sombras. Allí estábamos, impotentes ante el dolor cercano, sin poder hacer ni saber nada, ni siquiera movernos en nuestras camas calientes pero sabiendo que el dolor era nuestro. Un compañero nos devolvía al abismo que llevamos dentro, como un torrente, como una sacudida.

Durante el día regresaba de nuevo el silencio. Nuestra vida se había convertido en un atisbar permanente de lo que pasaba más allá de las rejas, sin la mínima posibilidad de saber nada, pero crispadas sobre el más pequeño signo de vida.

¿Cuántos compañeros había más allá de la reja? Nuestra celda era el trayecto terminal de todo, una calle sin salida. Imposible saber qué quedaba unos metros antes, cuántos platos de comida, cuántos colchones tirados sobre el piso, cuántos vendados silenciosos y quietos tendían en ellos su angustia, su espera o su desesperanza. Cómo ayudarlos. Cómo hacerles llegar un aliento, una palabra. Cantando, no había otra, cantando.

El canto duró el tiempo en que la milica demoró en llegar a la celda y allí nos ordenó callarnos. No se podía cantar, no se podía hablar ni reírse fuerte, ni decir nombres en voz alta. Un final sugerente.

-A veces les viene bien a ustedes recordar. En cualquier momento podemos refrescarles la memoria.

Querida Lucía:

¿Cómo estás? Ayer estuvimos de cumpleaños. Fui a la casa de tu hermana y estaba toda la familia. Por supuesto que al final el tema fuiste tú. Primero me preguntaron por todo, cómo estás, qué haces. Tus sobrinas te habían hecho dibujitos, que no sé si pasarán. Van con esta carta. La tía Gloria te tejió un buzo. Dice que eligió el color que te haga alegre la cara. Nos reímos mucho con sus comentarios cuando le expliqué lo que se te iba a ver del buzo. Los tíos Carlos y Susana me dieron plata para que te compre lo que necesitas. Los que más me preguntaban son los chiquitos y me vi en letrillas para explicarles porque no creas que se conforman con cualquier cosa. Después de cada respuesta viene otra pregunta y me miran fijo con sus grandes ojos, que me hacen acordar tanto a los tuyos y no encuentro las palabras adecuadas para decírselo sin deformar la verdad. Lo que más les interesa es por qué estás ahí. Enrique me lo pregunta cada tanto tiempo y me taladra con los ojos. A veces la contestación lo satisface pero las más se queda mirándome un rato largo y después arremete de nuevo. Me parece que la respuesta está creciendo con él. Cuando me despide me aprieta fuerte y me dice en el oído, bien bajito, dale muchos besos a la tía Lucía. ¿El policía te deja que le des mis besos? La tía Gloria se despide y cuando te manda su mensaje se pone a llorar. Mi amor, ya se acaba mi espacio. ¿Sabes que estoy leyendo? Te vas a reír. Geografía. Pero el mundo cambia tanto, que si no me pongo al día, quedo a veces sin saber dónde pasa lo que pasa. Total: tiempo libre sobra. Un abrazo grande. Te amo.

Manuel

Hemos inaugurado una nueva modalidad de visitas de niños. Ya estamos prontas para salir de la celda, rumbo a nuestros niños, con nuestras mejores ropas y toda la alegría reservada para ellos, para sus juegos y sus conversaciones. Solo falta la venda que nos ponemos rápidamente cuando la milica nos llama. Abre la reja y solas nos alineamos para bajar la rampa, recorrer el trayecto que nuestros pies conocen de memoria, en cada tramo aunque jamás lo hayamos visto.

Llegamos al galpón de la visita. Este sí lo conocemos bien con los pies, los ojos y el corazón. Hay solo enormes y grises muros. En un rincón, como suspendido, un guardia con ametralladora en su mangrullo y tras la máscara que le esconde el rostro a nuestros ojos identificadores, sus ojos vigilantes como los de una lechuza.

-Siéntense en el banco y no se saquen las vendas hasta que les dé la orden.

Un gran silencio. Los pies de Julia golpetean el piso suavemente. Al final se oye el ruido del portón de hierro que destraba sus cerrojos y la voz de Cristina.

-Guardia, ¿podemos sacarnos la venda?

Silencio. La puerta ya no tiene cerrojos y tras ella se oye el murmullo tumultuoso de los niños.

-Guardia, van a entrar los niños, ¿me puedo sacar la venda?

-Silencio 24, porque la subo y se queda sin visita.

-Pero, guardia, van a entrar los niños y estamos con venda.

La puerta de hierro cruje al correr sobre sus rieles y sentimos entonces los rápidos y pequeños pasos de los niños. Ahora se han callado aunque algunos corren y detrás vienen las botas de las milicas trayendo despacio a los más pequeños. El grupo se acerca hasta nosotras y ninguno habla. La puerta de hierro se cierra con el mismo estruendo. Diego se acerca y se me sube a la falda trepando. Lo abrazo y le hablo como si no pasara nada.

-Ahora sí se pueden sacar la venda.

Los niños nos miran, en silencio. Tienen algo de flor marchita en los ojos.

Quién pudiera pensar que pese a la calma que todas parecíamos tener, la situación in crescendo, sin explicación alguna que pudiera prever un desenlace, que la volvía eterna en perspectiva, inmutable, no iba a horadar el ánimo de cualquiera de las compañeras.

El problema no son las que pelean ni gritan ni lloran de vez en cuando, desembarazándose de parte de su carga. Los peligros son los ríos subterráneos, corriendo sin desembocadura visible por un cauce acrecido día a día, los rostros impasibles, las serenidades superficiales, que conviviendo con la inalterable marcha del plan del enemigo, son una bomba a punto de estallar.

Al final de una de esas noches donde parecíamos dormir como muriendo, como atravesando otro río por lo profundo, del que no se quiere salir porque afuera el aire asfixia, cuando el toque de diana terminó de oírse, la voz trémula de Silvia balbuceó.

-Miren a Valentina, ¡está muerta!

Se hizo un largo silencio y algunas corrieron hacia la reja, gritando.

-¡Guardia, guardia!, ¡está muerta!, por favor, ¡está muerta!

Cristina se puso a llorar y a mirar desde la cucheta de arriba donde un círculo cada vez más grande de compañeras rodeaba a Valentina, observándola entre dormidas y espantadas, mientras Silvia se trepaba a la cucheta más próxima y la miraba, sin atreverse a tocarla, rozando apenas el rostro palidísimo vuelto hacia un lado. Parecía más exhausta que muerta. Desde allí gritó:

-Lucía, vení a ver, tómale el pulso. A mí me parece que respira.

El círculo se abrió y me trepé también a la cucheta de al lado. Retiré las sábanas hasta descubrir el cuerpo de Valentina. Los brazos se juntaban hacia un costado del cuerpo en medio de una enorme mancha de sangre que empapaba las sábanas y el pijama.

El brazo derecho, cruzado por diez o doce finos cortes, desde el codo hasta la muñeca, revelaba un intento reiterado, prolongado. Allí la sangre se concentraba en líneas desencontradas. Sobre la sábana, cerca de la palma abierta había una hoja de afeitar, de las que usábamos para cortar cuero.

Aparté el brazo que cruzaba el cuerpo y tenía también sobre el pulgar un corte punteado de sangre seca. Le tomé el pulso. Luego palpé las carótidas y bajé de la cucheta de un salto.

-¡Basta! No griten más. No está muerta.

Corrí hasta la reja.

-¡Guardia! ¡Rápido, un médico, guardia!

Ya nadie gritaba, solo Cristina lloraba con accesos fuertes, incontenibles.

-Guardia, ¡un médico! Hay una compañera herida.

Las milicas llegaron todas juntas. Era la hora del cambio de guardia. Abrieron la reja y entraron bramando.

-¡Vamos! Pasen todas a la otra celda. ¡Todas, 24, dije! Pasen y formen allí.

De a una fuimos saliendo. Desde el otro lado oímos la voz del enfermero que venía arrastrando algo y entraba al celdario. Nadie hablaba. Tratábamos de adivinar lo que pasaba por los ruidos que llegaban apagados, a veces alguna palabra. Sonidos metálicos, ruedas arrastrándose por la celda y luego por el corredor. Una camilla, sin duda. Después murmullos ininteligibles. La reja que se cierra y la milica que se acerca y dice despacio. -Vístanse y arreglen la celda.

Pasamos en tropel. La cucheta de Valentina estaba vacía, ni siquiera dejaron el colchón. Sus ropas seguían intactas en el cajón.

Nos vestimos sin hablar, casi sin mirarnos. Aquello nos ha golpeado tan arteramente que tememos a las palabras. Una solemnidad triste nos gana los gestos y una ternura inusitada hacia las demás, que no se habla pero se siente, en un abrazo breve o en un gesto trivial.

Solo Cristina rompe el fuego, ya sin llanto en la voz.

-¿Qué hacemos?, ¿preguntamos o esperamos?

Nos juntamos en la mesa como todos los días y empezamos a darle vueltas a lo que haríamos. No habría pasado una hora cuando la milica se acerca a la reja.

-Vamos, rápido, formen en la línea blanca.

Cuando estuvimos ordenadas, sentimos el cerrojo y varias botas llegando hasta la reja, deteniéndose detrás nuestro. Mirando hacia la pared, no podíamos ver quienes eran. Un par de ellos atravesó nuestra línea y se paró delante con las manos en la espalda. Era el comandante Jausolo. Aparecía por primera vez y estaba sin máscara. Fue el segundo rostro que conocimos allí. A su lado y un paso atrás se ubicó Aureliano.

Nos miró en silencio, casi una por una a lo largo de la fila. No pude impedir mirar hacia los rostros de mis compañeras. Necesitaba hacerlo. ¿Tendría yo también la mirada espesa y directa que parecía salir no solo de los ojos sino desde las sombras de los párpados, del rictus de las comisuras, de la frente alzada?

-He venido aquí a decirles que su compañera está bien y no corre peligro. También invitarlas a reflexionar sobre lo que pasó. Ustedes saben bien lo que son y por qué están aquí, así que no es momento de lamentos. Les advierto que no vamos a retirar ningún objeto que permita que esto vuelva a repetirse. Ustedes tienen cuchillos, tijeras y otras herramientas cortantes, nada de eso les será retirado. Son grandes y saben lo que hacen. Por otra parte, sus vidas no nos interesan. Buenos días.

Volvió a atravesar la fila, ya sin mirarnos y salió, seguido de Aureliano y de todas las botas que, detrás nuestro, lo imitaron una a una. La reja se cerró casi simultánea con la voz de la milica.

-Continúen.

Por fin llegó Navidad. Por qué diablos uno espera que las Navidades traigan treguas no sé. Pero se espera. Es difícil o ingenuo tal vez atribuir esos sentimientos a quienes poblaron los días y las noches de sombras y parecen estar pensando siempre nuevas formas de convertir en locura lo que no pueden transformar en cadáveres.

Lo cierto es que, por aquello de tratar siempre de ganarles una y pensando en lo que sucediera en otros años más tranquilos solicitamos permiso para quedarnos hasta las doce a esperar el minuto final. Tenemos la expectativa de una noche de paz, de ventana abierta derrochando luz de estrellas y fresco nocturno estival.

Esperamos la guardia y acercándonos a la reja solicitamos la autorización. La guardia escuchó y antes de contestar advirtió.

-Bien saben que no pueden pedir nada así. Tienen que presentar una solicitud escrita.

Nos disponíamos a hacerla cuando volvió y agregó.

-Pero mañana. Por hoy ya pueden prepararse que pronto será la bandera y hora de acostarse.

Al otro día, al traer el desayuno, entregamos la petición escrita. Pasó la mañana y al promediar la tarde volvió la milica con el mismo papel que habíamos entregado.

-Esta solicitud no puede ir así. Están prohibidas las solicitudes colectivas. Que la presente una sola.

Otro día perdido. Y solo quedaba un día para la contestación. El mismo día de Navidad, el cuartel quedaría desierto, silencioso como una tumba, dando ilusoriamente la idea de que todos se habían ido y estábamos solas.

Escribimos rápidamente el pedido en los mismos términos, solo que haciéndolo en primera persona. Al final quedó mi firma, contenta casi de haber logrado cumplir todos los requisitos.

No hay mejor antídoto para todos los males que nos pasaban que la alegría. Habíamos preparado una pequeña representación que nos evocara la fuerza de la vida, los sentimientos comunes, la familia, los hijos, todo lo que pudiera sustituir las ausencias. También canciones, las del cancionero popular, que evocaban nuestra lucha sin nombrarla, porque las oímos con los compañeros, porque las cantamos en círculos de mate, política y esperanza.

Era una forma de recordar sin decir nombres, de retomar los hilos desflecados de un pasado personal desdibujado en esta realidad de bordes tan abruptos y cortantes. Además estaban los regalos que nuestras familias han enviado expresamente. Ropas nuevas y tortas hechas con la ternura de manos que no pueden expresarse de otra manera.

En la mañana, luego del desayuno, se acerca la milica a la reja y suavemente pronuncia mi número. Me acerco, esperando la respuesta al petitorio.

-45, salga. Con su colchón y su ropa de dormir.

Era una sanción. Sin duda era una sanción. Las compañeras me rodearon, hablando todas a la vez intentando explicar aquello. No había sanción menor de tres días. Significaba la Navidad encerrada y sola.

Cuando llegué a la celda de castigo pregunté sin demasiada esperanza de tener una explicación.

- ¿Me puede decir si estoy sancionada?
- ¿Y qué le parece? ¿Que la sacamos a dar un paseo?
- ¿Puede decirme la causa de la sanción?

Saca un papel del bolsillo, lo desdobra despacio y lee con su voz sibilina.

- Tres días de sanción por hacer solicitudes improcedentes.

Es un día gris, con la luz neblinosa de las mañanas de invierno. Nos dan la orden de empacar todas nuestras cosas. Eso tiene un solo significado: traslado. Qué harían con nosotras. Nos repartirían en otros cuarteles. Nos llevarían al penal. Qué sería eso, peor o mejor de lo que estábamos. Se sabe que hay movimientos de ese tipo, que están desalojando los cuarteles y concentrando los presos en los penales.

Es curioso lo que pasa entonces en el alma de una presa. Tal vez también en la de un preso. Quién no desearía abandonar aquello y> si nos dejamos guiar por las noticias, para estar en un lugar ventilado, a disfrutar del sol del cual no teníamos más que la visión de una ventana, tal vez el trabajo, otra forma de vida. Sin embargo, hay algo interior que se remueve inquieto, que se resiste al cambio, que le terne a lo que parece mejor, porque sabe que siempre hay cosas peores detrás de cada desplazamiento. Hay un arraigo peculiar e inexplicable por lo conocido, por terrible que sea, por rechazo que provoque el día a día. Nos debatimos entre la perspectiva de saber que abandonamos estas celdas de rigor, dudoso aposento humano, pero conocido, desarrolladas ya en nosotras los mecanismos de resistencia, los caminos hacia nuestro control interior y lo desconocido. ¿Mejor? Tal vez ahora mejor o tal vez las noticias contradictorias revelan desconocimiento profundo de lo que pasa allí. ¿Acaso nuestros familiares tenían una idea cabal de lo que vivíamos? Miramos estas celdas espaciosas, con la luz multicolor que arrojan los vidrios de las ventanas, todo aseado, todo prolijo, con las mesas, los almohadones, los libros recuperados después de tanto tiempo, las compañeras sentadas en rueda en el piso. Nadie diría, de verdad, que aquí pasamos un año de cárcel con la intensidad de diez. También se decía que allá había más noticias de lo que pasaba afuera, que el hecho de ser tantas hacía más difícil la vigilancia y entonces, la vida se filtraba. Eso sí era una perspectiva alentadora. Son insospechables las hendijas que puede dejar el más estrecho cerco carcelario para los ojos y los oídos que se estiran infinitamente, inventan su lenguaje, se hacen planta o vaso y recuperan el dato valioso, tal vez deformado de atravesar recodos, pero viva y palpitante y con el efecto de la savia, circulan y abren canales de innumerables travesías.

Se sabían muchas cosas pero inconexas y sobretodo contradictorias. Tendrían tal vez la marca del ánimo de nuestros familiares, que las transportaban impregnándoles su acento, su color, sus ganas o su desánimo, sin demasiado cálculo del efecto que producirían en nosotras.

Lo que no deja lugar a dudas es que la orden está y eso es un hecho. Nos vamos a otro lado. Sabemos que no habrá explicación alguna.

Hicimos paquetes, ordenamos, pusimos carteles con los nombres, listado de pertenencias hasta que aquello terminó por tener todo el aspecto de una mudanza cualquiera. Al terminar ya era casi la noche. Nos hicieron acostar porque no sería ese el día del traslado. Pero la diana siguiente llegó más temprano que de costumbre. Solo nos quedaba nuestra ropa en uso y los mil objetos que habíamos intercambiado y a los que nos aferrábamos previendo posibles distanciamientos y prolongando las huellas que nos llevábamos en algo material vaya a saber dónde y cómo.

La despedida fue acorde a lo que había sido nuestra vida allí. Fueron llamando de a una a la reja» papel y birome en mano. Cada compañera leía y el milico decía solamente:

-Firme abajo.

"Recibí buena comida. Recibí atención médica. Recibí buen trato. No tengo ninguna queja que hacer a los superiores de esta Unidad"

Corría el año setenta y ocho y quedaba atrás la unidad de los Fusileros Navales.

El Uruguay se sacudía en lo más profundo de su herida fascista. La llaga de la tortura expandía sus pestilencias más allá de fronteras. Solo una voz podía hablar y luego se reinventaba el terror cada día para ahogar las demás voces que se atrevieran a alzarse. Todo controlado, previsto, informado, sabido, corregido. Nada parecía escaparse a la refinada e hipertrofiada maquinaria de los servicios de seguridad del Estado.

Y sin embargo, esos números que éramos, pues ya ni nombre teníamos, que podíamos existir o dejar de existir sin dejar rastro y sin que nadie se animara a pedir explicaciones en voz alta bajo amenaza cierta y probada de correr la misma suerte, esos números teníamos de repente palabra. Debíamos afirmar que todo estaba bien. Debíamos dejar escrito que habíamos sido bien tratadas.

Caminando por última vez por aquella maldita rampa que demarcaba una frontera entre nuestro celdario y el resto de la unidad y a la que solo conocíamos de pisar un suelo que de pronto se hace descendente, como un abismo o un terreno hostil que por fin alcanza su tramo ascendente como un claro, pensaba.

Pensaba en lo que nos estaba pasando, tristes presas. Difícil no imaginar la falibilidad de los infalibles y el miedo que engendra el uso discrecional del miedo. Había olor a futuro en aquello.

El viaje ha sido un hacinamiento interminable, tal vez por la proximidad extrema de guardias y fusiles y las sacudidas del vehículo militar, seguramente un camión. Subimos vendadas en un lugar que no sé si era cubierto o al aire libre. Por lo demás, llegamos como un relámpago. Al bajar sentimos un viento fuerte y enseguida nos entran a un local cerrado.

Nos dan la orden de sacarnos las vendas. Nos encontramos en una gran barraca con piso de hormigón y techo de chapa. Las compañeras hacen una fila a lo largo. Del otro lado están nuestros bultos de ropa sobre las mesas. Alrededor un oficial y varias milicas. Una de ellas, un cabo por su insignia, recorre nuestras filas, mirándonos detenidamente. Sus tonos de voz suben y bajan y parecen acompasar el movimiento de las botas y la cabeza que se mueve observándonos de a una. Se frena de golpe y subraya lo que dice con un giro del tolete.

Nuestros guardias de tantos años han desaparecido por completo. Hay otros guardias, otros uniformes, otro estilo. Nos llaman de a una para que manipulemos nuestras cosas y ellos las revisen. La presencia de las PM, policía militar femenina, es la señal de que estamos en el penal de Punta de Rieles, la cárcel que la dictadura destinó para las mujeres. Nos corrigen cuando las llamamos guardias, ellas son soldados. Estamos por tanto en un barrio periférico de Montevideo, en una zona de transición de la ciudad hacia el campo que la circunda y casi en la frontera con el departamento de Canelones.

El frío es terrible y cada vez que la puerta de la barraca se abre una corriente helada la atraviesa. Llevamos muchas horas esperando de pie, en medio de un movimiento febril de ida y venida de paquetes, de botas, de ruidos desconocidos a los que es imposible encontrarles sentido.

-Ahora les van a traer uniformes y se sacarán el resto de ropa que les queda. Solo pueden conservar la ropa interior y buzos para usar bajo el uniforme. Todo lo demás sale.

Alrededor de los paquetes las milicas abren y cierran bolsas. Miran todo, hacen comentarios en voz baja mientras el oficial revisa los libros, los cuadernos, hoja a hoja. Parece no tener ningún apuro.

-Se les va a entregar dos uniformes. Uno para todos los días y otro para las visitas. Está prohibido usar el de visita para otro día que no sea éste. Deben estar siempre con el uniforme puesto, solo se lo sacan cuando se acuestan. Y sobre el uniforme no puede haber nada. Están prohibidos los sacos. Si los tienen deben devolverlos, nada que tenga botones. Aquí no se usa poncho ni bufanda ni guantes, nada que pueda tapar el uniforme y sobretodo el número.

Tulis aprieta contra sí el poncho hecho por su compañero como si quisiera retener algo sobre su cuerpo. Los guantes que lleva puesto también vinieron del penal de Libertad, la cárcel de hombres en San José, a muchos kilómetros de distancia. Se los había regalado Miriam después de usarlos un año. La ropa que viene de Libertad, hecha por los presos, es el compañero que llega con sus horas absortas, sus recuerdos entretejidos a la urdimbre de la charla, del amor y del dolor en otra celda. Es más que quitarnos el abrigo. Nuestra piel se desprende y queda allí, inanimada, hecha un montón de lana y color sin vida, sin el calor de

nuestro cuerpo. Antes de enviarlo él lo usó un día entero. Lo que dejó en ella tuvo fuerza para resistir el largo camino, las manos que sacan y revisan, las otras que doblan y guardan y eso una vez más y otra y otra hasta llegar a las que reconocen olor y tibieza. Está ahí, nadie puede usurparlo porque solo es perceptible a sus ojos y su piel.

-El uniforme tiene que mantenerse siempre impecable, no puede estar descosido ni sucio. Está prohibido ajustarlo, está prohibido usar la ropa apretada.

Miriam le regaló los guantes a Tulis antes de despedirse. Se da lo mejor que se tiene, lo más querido, y se da cuando no se sabe si se estará unos días o unos meses o nunca más sin verse, aunque vivan por años separadas solo por un muro. Acá la vida empieza todos los días. La continuidad del ser la dan esos gestos que unen todos los rostros como si tuviéramos los mismos ojos y la misma voz y las mismas manos, si nos vemos desde adentro.

-¿Alguna de ustedes sabe cortar el pelo?

Nadie responde. Ella se detiene un momento. Se pone de frente y nos mira desafiante. Entonces sonrío y gritando desde la puerta, nos prueba.

-A ver, soldado, ¿cuál de ustedes es la que sabe cortar el pelo?

Ellas se ríen y nos miran sin contestar. La milica mira hacia nosotras de nuevo y pregunta sin reírse.

-¿Alguna de ustedes sabe cortar el pelo? Aquí está prohibido usar el pelo largo.

Carmen toma las tijeras. Siempre nos cortaba el pelo; es decir, lo recortaba, lo cuidaba. Cuando Miriam se sienta frente a ella, le sonrío (No pasa nada, adelante). Carmen toma el largo cabello, perfumado todavía por el baño de la mañana y empieza a cortar las puntas.

-Vamos, más rápido. Corte de una vez. Tiene que quedar así.

Señala a Marta, con su cara menuda y su corte de pílete, apenas una pelusa suave sobre su cabeza. Marta se turba. Carmen sigue cortando despacito, esta vez intentando dejar la melena corta.

-Dígame, ¿usted es sorda? ¿o no ve? Mire a su compañera, tiene que quedar así de corto. ¿O prefiere que lo intente la soldado?

Las milicas de la puerta ríen de nuevo, sobretodo una muy grande que hay, gorda y con el pelo platinado, que está todo el tiempo diciendo ironías en voz alta y mirando de reojo al oficial que parece no verlas. Se agrupan en círculo alrededor de la secuencia del corte.

El pelo cae haciendo una alfombra de varios tonos alrededor de la silla, ocupada por una tras otra hasta completar la fila. No es solo Carmen la que corta, se le ha unido Graciela.

La puerta se entreabre y sin venda podemos ver donde estamos. La luz desfalleciente del crepúsculo marca un triángulo de campo verde tras un cerco y una vaca pastando. El resto es cielo lila purísimo y enorme, como esos cielos de verano de mi infancia en Fray Bentos, descolgados sobre el horizonte de río y casas bajas. Algunas estrellas apenas inician su ascenso celeste. El aire es frío pero huele tan bien que todos los temores pasados

quedan relegados por una esperanza firme, por las certezas de siempre que se renuevan en estas circunstancias.

Llaman a un primer grupo. Son diez o doce que apartan y llevan hacia la puerta. En la última mesa, una milica les va dando los uniformes grises, un rectángulo de tela blanca y otro de color rojo. Es un bolsillo identificador del sector al cual las destinan. Otras llevarán azul, otras amarillo.

-Esto es para el número -dice mostrando el rectángulo blanco. Mañana se lo tienen que pintar a primera hora. Les vamos a dar el molde. El número debe verse bien. Tiene que cubrir toda la espalda, así que lo hacen con el molde y una buena separación entre cada número. Mañana les entregamos la pintura. El bolsillo se lo cosen a primera hora también y el número del bolsillo debe ocupar todo el ancho. Un consejo, no se hagan las vivas ni se dejen llevar por lo que les digan las otras. Miren que aquí se aprende a obedecer o la pasarán muy mal. No busquen sanciones.

Las compañeras miran desde la puerta antes de partir, se vuelven para hacerlo. Nadie habla, solo se oye el ruido de las tijeras. El portón se abre y la milica grita.

-A ver, soldado, llévelas. Ustedes, ¡formen en silencio!

El primer desprendimiento. Luego viene otro y otro.

Traen una escoba y barremos los montones de pelo sobre el piso. Nos vemos extrañas, todas vestidas iguales, con los rostros cansados y ansiosos. Cuando queda el último grupo ya las milicas se han puesto a hablar entre ellas. Le hacen bromas al oficial, que apenas si les contesta.

Cuando salimos por fin, la noche fresca nos envuelvo.

Potentes luces de mercurio iluminan nuestra ruta.

Tomamos un camino de pedregullo y enfilamos hacia un edificio de ladrillos iluminado que a unos cien metros de distancia se levanta alto en medio de un infinito campo pelado. Un cerco lo rodea, bordeando por delante un jardín y geométricos espacios de césped entre caminos que van y vienen.

Avanzamos flanqueadas por una milica a cada lado que, de trecho en trecho, se detiene para controlarnos. Luego sigue. Al fin llegamos a la puerta del edificio que tiene tres pisos y entramos.

Lo primero que vemos es una pared totalmente cubierta por la foto de los cuatro soldados muertos en el jeep en abril del 72. Abajo una leyenda: "Siempre habrá un pelotón de soldados que salve la Patria. 14 de abril de 1972".

Subimos la escalera y antes de tomar el recodo, ya oímos los cerrojos de una reja que se destraba. Al llegar al último escalón nos encontramos con un descanso ligeramente triangular, ocupado por una mesa larga y tras ella varias milicas que nos miran con atención: es una mesa de guardia. Hay dos rejas cerrando sendos corredores desiertos y una que clausura una puerta de madera en dos hojas. Es esta última la que abrieron. Ahora lo hacen con la puerta. Observo que la escalera que usamos sigue hacia un piso superior y que una de las paredes tiene una suerte de baranda a la altura del

pecho y desde ahí hasta el techo es de vidrio. Las milicas sentadas cuchichean entre ellas y se ríen. Son la guardia interna permanente del penal.

La puerta se abre y nos indican que entremos.

Un barracón desmesurado con ventanales de vidrio a los lados, densamente ocupado por cuchetas dispuestas en semicírculo más una fila central. Hay una mesa larga de caballete ocupando el espacio libre, ligeramente ovalado, entre las cuchetas y la reja. Por todas partes, compañeras y compañeras. Sonríen, hablan a la vez, nos abrazan, preguntan. Hay como cincuenta mujeres allí recibiéndonos. Tengo la sensación de caer en un regazo.

Desde arriba de una cucheta distante oigo una voz conocida que grita mi nombre y se descuelga. No puedo creerlo. Es Miriam, estudiante de medicina y comunista como yo. Me abraza, me aprieta tan fuerte que casi no respiro. Nos abrazamos y nos reímos. Es la primera persona conocida que veo en tres años. Mi pasado vuelve como un torrente, me inunda desde el rostro alegre de Miriam.

Ya estamos al filo del día. Tras la reja que se cierra, se reorganiza la vida: una carga los bultos, otra ofrece un mate. Nos llevan a las cuquetas libres para elegir la nuestra. Una al lado de la otra, un conjunto abigarrado que los paneles de tela de las cabeceras, de manufactura casera, con sus grandes bolsillos cargados acentúa todavía más. Allí están las cosas propias ¿personales? Fotos, manojos de cartas, muñecos, objetos menudos y singulares.

Primitivamente el penal fue un monasterio y ese barracón, su capilla. Mi cuqueta viene a ocupar un espacio de lo que fuera el altar, tarima y piso de mármol.

Muestran la despensa, a un lado del altar.

-Aquí hay yerba, café, azúcar, fruta. Hacemos fondo común con lo que nos mandan porque no todas reciben lo mismo, incluso hay gente que no recibe paquete ni visita. Y a esto los milicos le llaman funcionamiento político. ¿Qué te parece? Quisieran que cada una se las arreglara con lo que tiene. La que no tiene, paciencia. Decime cómo es tu familia.

Nos conducen mostrándonos cada lugar de lo que ha de ser nuestra vida aquí mientras preguntan sobre nuestras vidas personales y nos cuentan las suyas.

En el fondo están los baños compuestos por filas de duchas, un espacio en medio para cambiarse y piletas de hormigón a lo largo de la pared. Todo está pulcramente limpio, parece recién lavado.

-¿Ves allá arriba, aquello que parece una puerta, con vidrio pintado? Curioso una puerta en la parte de arriba de una pared ¿no? ¡a cuatro metros del piso! No es para que pasen los ángeles. Aquí no los hay. El vidrio es un espejo. Desde allí vigilan al sector por dentro.

Algunas se han apartado y cuando volvemos a la mesa del frente, la encontramos tendida para la cena. Delante de cada plato, una manzana.

-¡Manzana! ¡qué maravilla! Hace tres años que no comemos una manzana. No nos dejaban entrar frutas.

Los comestibles eran galletitas.

-Bueno, acá puedes comer manzana pero no vas a comer galletitas.

-¿Solo fruta dejan entrar?

-Solo fruta. Y eso si no te sancionan y te sacan el paquete que te envía tu familia. Por eso les molesta que hagamos fondo común ya que de esa manera las sanciones no tienen efecto. No te va a faltar tu fruta diaria aunque no te la manden de tu casa. A veces hay muchas sanciones y la fruta escasea pero igual nos arreglamos.

Adaptamos la ración a lo que haya entrado en la semana. Hemos llegado a hacer ensalada de fruta, en buenas épocas.

-¿Hay paquete todas las semanas?

-Cada quince días, pero como unas tenemos una semana y otras la siguiente, terminamos recibiendo todas las semanas. También se puede comprar aquí si la familia te deja dinero: dulce, leche en polvo, café, poca cosa. El dinero que te pueden dejar también es limitado.

-A vos ¿quién te viene a ver?

De pronto un estruendo de tachos anuncia la comida. Se oyen abrir los cerrojos. La puerta se abre bruscamente y la soldado grita desde la puerta.

-Vamos, rápido, rancho. A ver, ¡las fajineras!

Dos compañeras se adelantan y salen. Alcanzo a ver por la puerta entreabierta los grandes recipientes de comida que se trasladan desde la cocina del penal hasta el celdario. Los llaman bebotes. Las dos compañeras entran doblándose sobre él y riéndose. La soldado les grita.

-Qué milagro la 302. Siempre haciéndose la viva. Se está buscando calabozo de nuevo. Ella siempre extraña, no puede pasar mucho que extraña.

La reja se cierra y la puerta detrás. -¿Qué pasó?

-Estaban las gurisas del B entrando la comida y la milica nos sacó antes de cerrarles la reja a ellas y nos vieron y se armó un alboroto bárbaro. Tiraban besos, gritaban desde dentro de las celdas, se amontonaban para mirarnos a todas a la vez.

-No entiendo.

-Claro, en este piso hay tres sectores pero ellos no quieren que haya comunicación entre nosotras. Entonces está prohibido mirar siquiera a una compañera de otro sector. Tenés que darte vuelta.

-Nosotras esperamos que nos den la orden. Pasar al lado o cerca de una compañera sin saludarla no puede ser ¿no te parece? dice con una sonrisa cómplice.

-¿Cómo la saludas? ¿le puedes decir algo?

-No, nos pasamos la mano por el pelo. Eso es saludar.

-¿Y se miran?

-No, si estás de espalda puedes toser también y es otro saludo.

-Y las milicas ¿no se dan cuenta?

-Claro, ellas saben pero qué pueden hacer. Nosotras somos rápidas para encontrar el momento del saludo o para ver una compañera a la distancia. Claro que te curten a gritos.

~¿Y no te sancionan?

-Ah, sí. Pero mira que te sancionan igual aunque no hagas nada, suponiendo que saludar a una compañera fuera delito. Y a veces haces algo que está prohibido como saludar y no te pasa nada. Otras veces te inventan que hiciste algo para

sancionarte. La sanción no se corresponde necesariamente con la supuesta infracción.

Vas a ver cómo funciona esto.

La puerta se abre y entra la coordinadora del sector con una milica de tolete.

-¡Zácate!, nos sacan a trabajo, oigo bajito a mi lado.

La coordinadora viene con un papel. Dicta quince números en voz alta. Todo el barracón detiene sus labores y escucha. Por supuesto, dos de las recién llegadas estamos en la lista. Solo dos, de las cuatro que quedaron aquí. ¿Casualidad? No. Práctica rigurosa de crear diferencias que permitan desarrollar situaciones de división. Demasiado reiterado para tomarnos de sorpresa. Esto es igual aquí y en cualquier parte. Principio de conducta enemiga.

-Las que nombré se preparan para salir a quinta.

Salen las dos soldados y las señaladas se dirigen cada cual a su armario. Se abrigan bajo el uniforme. Se ponen botas de lluvia y varios pares de medias debajo. A las nuevas nos alcanzan equipo de abrigo para salir. Unas revisan si estamos bien protegidas del frío mientras otras sirven mate hasta que terminemos de vestirnos. Ánimos, consejos, alientos. Enseguida entra nuevamente la soldado de tolete para conducirnos. Se forma una fila y marchamos.

Al bajar la escalera debemos atravesar el hall de entrada. Todo está tranquilo y desierto. A la intemperie, el aire frío del campo golpea la cara y las manos. Es la primera vez, en años, que permaneceremos en un espacio sin paredes de encierro por unas horas para las que acabamos de llegar al penal. Disfruto el aire puro del campo y la ondulada superficie de la distancia. No hay una nube. El sol suave de invierno hace más brillante el celeste del cielo. Solo se ve campo pelado. No hay un árbol visible. Allá lejos, haciendo el recorrido sinuoso de la tierra, las alambradas. Alcanzo a ver una torre en esa línea. Hacia el otro lado hay otra, muy pequeñita. Debe estar muy lejos. Es una segunda línea de alambres.

Del edificio central, donde está el celdario y las oficinas sale un camino largo y ancho de pedregullo. Primero atraviesa la senda que lleva a las barracas y la cocina y luego ondea un trecho larguísimo, flanqueando la quinta hacia la que vamos.

-Esa es la Vía Appia. La bautizaron así las compañeras porque está toda hecha por ellas. La fueron construyendo metro a metro. Llega hasta la entrada misma del penal.

La soldado que va adelante conduciendo la fila se da vuelta bruscamente.

-¡72! ¡Cállese la boca! ¿No sabe que tiene que ir en silencio?

Se dirige a mí, que quedé con los ojos prendados en el camino que se pierde en una curva abierta hacia el otro lado de nuestra ruta.

-Y usted ¿qué mira? Tiene que caminar mirando hacia adelante. Y en silencio.

A un lado del camino, separado por un alambrado común, hay una gran extensión de tierra inutilizada. Vamos hacia allá, hasta un portal donde un soldado viejo espera con una azada en la mano.

A un costado suyo se apilan las herramientas de campo, una carretilla, azadas, rastrillos y palas. Nos detenemos.

-Bueno, cada una agarra una herramienta.

La fila avanza y de a una nos apartamos, tomando cada una la suya. Los movimientos son lentos. Nadie pregunta nada ni habla. El soldado abre el portal, la fila entra en la quinta. No se ve más que tierra oscura. Hay algunos surcos y algunas plantas verdes en espacios bien delimitados, geométricos, pero la mayoría es tierra pelada.

El soldado mira una a una y cuando pasa la última, masculla.

-Van a dar vuelta tierra. ¡Vengan! Y ya saben ¡no me vigilen los movimientos del penal!

Silvia, a mi lado, sonrío. Cuando la miro, me guiña un ojo.

El soldado, encabezando nuestra marcha en fila india, va bordeando el alambrado y luego avanza por los surcos que cruzan la quinta a lo ancho. La tierra está dura y reseca. A mitad de un surco se detiene y vuelve hacia nosotras.

-A ver, soldado, tienen que dar vuelta esta tierra. Póngalas bien separadas aquí y en el surco de al lado.

De repente el silencio del campo es interrumpido por el ruido de una camioneta que marcha desde la entrada del penal hacia el edificio.

La milica se pone muy nerviosa y le dice bajito al soldado. -¿Quién es? Decime, que yo todavía no los conozco.

El soldado viejo se da vuelta y se incorpora rápidamente, gritándonos.

-Vamos, ustedes, ¡de cara al camino! ¡firmes!

Queda envarado delante nuestro, haciendo la venia hacia el que pasa. La soldado lo imita mientras nos mira a cada una y grita.

-¡Vamos!, ¡Dejen las herramientas y pónganse firmes! ¡Rápido, rápido!

La camioneta avanza por el camino y disminuye la velocidad cuando pasa frente a nosotras. Las compañeras están paradas con las manos a los lados del cuerpo, esparcidas entre los terrones oscuros. Somos un conjunto extraño, estaqueadas como espantapájaros, los cuerpos rígidos contrastando con la despejada superficie de la tierra. Puedo ver con claridad al soldado que maneja la camioneta y a su lado, al oficial viejo y delgado que nos observa cuando pasa.

-Es Carabino, el director del penal. Mira que le encanta sancionar directamente, descubrirnos en algo. Y no se le escapa nada. Tenés que mirar sin mover la cabeza porque a esa distancia no puede distinguir los ojos. Pero sí se nota cuando movemos la cabeza y sobretodo las manos y los brazos. Que no se te muevan.

La camioneta pasa y el nos sigue con la vista. Lleva la gorra puesta» va serio y callado. El coche recorre toda la curva del camino y cuando llega frente al edificio, se ubica a nuestra derecha. El soldado viejo ordena.

-¡Atención! ¡Giren hacia la derecha!

Gira en ángulo recto y queda de frente al edificio y a la camioneta nuevamente, mientras el oficial desciende y se aleja. La soldado nos corrige la posición. En forma desmañada cada compañera se va colocando de frente al vehículo. Cuando la última queda en regla, el oficial ha desaparecido en el interior del edificio. Desde allí ya no nos ha mirado más.

El soldado viejo le dice a ella.

-Tenés que pararte firme hasta que desaparezca. Ojo con éste que es muy bravo. Y cuidalas a éstas porque te dejan pegada. Mira que la quedan ellas y vos también. A ver, desparrámalas más sino se ponen a conversar.

Antes de que se ocupen de ella, mi compañera me dice despacito.

-Ese es el director. Dicen que en su escala están primero los caballos, después los chanchos, siguen los soldados y por último nosotras. Aquí se crían chanchos para ellos. A fin de año se los hacen asar a los soldados

-¡345! ¡cállese la boca! ¿o quiere ir desde acá al calabozo? -Ud., ¡venga acá! ¿Qué tiene? ¿Azada o rastrillo?

Me acerco con la azada que parece más vieja que yo, con el hierro bamboleante alrededor del palo. En mi vida había tenido una en las manos.

-Venga, empiece a dar vuelta esta tierra, de aquí para allá.

Miro a las demás para ver qué hacen. Las que ya empezaron, mueven con desgano su azada. Parecen estar muy cansadas o que la tierra fuera muy dura. El rostro, sereno, no denota esfuerzo pero al verlas moverse uno se imagina estar frente a una película en cámara lenta.

-¡345! ¿Qué le pasa? Empiece de una vez. Y rápido.

-Usted, ya le dije que no me vigile los movimientos del penal. Déjese de mirar al celdario porque de aquí marcha al calabozo.

Trato de imitar el movimiento. La tierra está árida y maciza. Es imposible hacer entrar esa azada desafilada. Al intentar levantarla, me doy cuenta que eso es lo más pesado, que debo medir el esfuerzo al hacerlo, de lo contrario no voy a aguantar. Las compañeras han dicho que pueden ser dos horas de trabajo pero en realidad nunca hay certeza que sea así.

-¡546! ¡trabaje más rápido! ¡y en silencio! No pueden hablar entre ustedes ni levantar la vista del suelo. ¡Más rápido! ¡401! ¿Qué hace? Muévase. Y no quiero verla bichando de nuevo. Los ojos en el piso.

Practico lo que me dijo Silvia. Trato de ver de frente, con bastante claridad. Dos grandes barracones con alambradas alrededor. Hasta puedo distinguir compañeras desde aquí. Si pudiera ver algo más.

-Usted, ¿qué hace? Acá no se puede mirar a otro lado que no sea su trabajo. ¿Vio? Que no la vaya a pescar bichando porque se va a arrepentir.

Al cabo de dos horas regresamos.

Cuando entramos en el sector las compañeras abandonan sus tareas para recibirnos con sonrisas y preguntas. Que cómo nos fue. Si pasó algo. Si vimos a alguien. Y las barracas tampoco. Que cómo las trataron, chiquilinas. ¿Las marcaron mucho? Todo en torrente, acompasado por las idas y venidas del mate que va de mano en mano. Mientras una nos lleva a la mesa, otra va hacia los calentadores y vuelve con una jarra humeante. En la mesa hay vasos, tazas, jarras. El olor del té recién preparado se esparce y perfuma el aire. Qué disfrutable el gusto intenso del mate amargo, deliciosamente tibio para las manos y la garganta.

-Vengan, vengan -dice Marta, una veterana del sector que nunca sale a los trabajos pero que al volver nos sirve un segundo desayuno. Es lo suyo.

-Vengan. Tengo limonada. ¿Les gusta? Necesitan mucha vitamina C y para calentarse no hay nada mejor que una buena merienda.

Es la hora del reposo. Nos sentamos alrededor de la mesa que ahora tiene el color del dulce de membrillo cortado sobre rebanadas de galleta cuartelera. Algunos diálogos surgen aislados pero casi todas desmenuzan el relato pormenorizado de nuestra primera salida al trabajo. Las preguntas y los comentarios tienen humor e ironía. Estamos en casa.

Mi amor:

Recién salgo de tu visita y quiero escribirte enseguida. Paré en el boliche a tomar café y a escribirte. Es como si necesitara esta forma de contacto para prolongar esos minutos en que te tuve para mi solo. Ahora sé que estás leyendo mi carta y estás sola conmigo. Qué me importa todo lo que pasa en el medio. Quiero decirte que te encontré linda, como no te encontraba hace años, que te tuno como nunca, que te espero con el corazón renovado de un amor tan antiguo que no lo recuerdo sin ti, sin tu nombre en el borde de mis labios. Mi amor. Cómo hemos perdido tanto tiempo sin decirnos lo que somos, por qué no nos hablamos más, por qué nos negamos esta dulce confirmación de ser definitivamente uno del otro. Te quiero. Te espero siempre. Siempre. Siempre. Cada vez más.

Manuel

-Contame lo de la Vía Appia que decías afuera. -Ya estaba terminada cuando llegué yo, pero me dijeron cómo la construyeron. La hicieron las compañeras en su totalidad. Tiene una longitud de más de cien metros. Primero cimentaron la tierra. Para rellenarla trasladaban el pedregullo en carretilla desde la entrada del penal donde lo descargaban hasta la altura del camino a la cual se estuviera trabajando. ¿Viste el pisón, ese cilindro de hormigón que tiene una especie de manija de hierro, el que estaba al costado del camino? Sirve para apretar la tierra y el pedregullo que se coloca arriba. Un grupo se encargaba de volcar el material sobre el área marcada y desparramarlo con las palas y otro grupo emparejaba con el pisón. ¿Tenés una idea de lo que pesa eso? Espero que no la vayas a tener.

-Es trabajo de hombres.

-Y más bien rudos. ¿No nos ves lo fuerte y rozagante que estamos? -dice riéndose-. Pero te lo puede decir mejor María Rosa que estuvo en eso.

María Rosa se acerca con su cara alegre y los ojos celestes. Tiene las mejillas rosadas de las muchachas crecidas en el campo. Es de Juan Lacaze, lleva seis años presa y le espera otro tanto. Nunca podría deducirse eso del buen humor de todos sus días.

-Mira cómo habrá sido la cosa que allí empezamos a trabajar como hacemos ahora. Cuando nos trajeron aquí nos decían que era para nuestro bien. Claro que siempre nos dicen lo mismo. Aún ahora se lo siguen diciendo a nuestros familiares. -¿Y siempre trabajaron?

-Sí. Pero al principio nos llevaban a la quinta y era casi un paseo. Participaba en esa actividad la que quería y nos dejaban llevar comida y algo para tomar. Plantábamos y regábamos pero como lo podes hacer en el fondo de tu casa. Eso duró muy poco.

-¿Sin guardia?

-No, estás loca. Aquí la guardia no te deja nunca. Solo cuando estás dentro de la celda bajo siete llaves. Fuera de ella tenés una sombra permanente que te va diciendo por donde caminar, donde no tenés que mirar y qué tenés que hacer a cada rato. En cuanto a lo que te decía Rosario de la Vía Appia.... Si vos entras aquí y no sabes nada, te llevas otra impresión. Decís: qué bueno trabajar, hacer ejercicio, tomar aire, esto se parece a la vida normal. ¿Verdad que pensás eso? Pero sucede que no es lo que parece. Aquí trabajamos todas: jóvenes, viejas, sanas, enfermas. Hace unos meses tuvimos lo que llamamos la guerra del 78, craneada por las actuales autoridades del penal. Por supuesto: la guerra era de ellos contra nosotras. Formaban grupos muy grandes que hacían ocho horas de trabajo sin parar. Una jornada, como afuera, como si todo pudiese ser igual que afuera ¿no? Pero sucede que es muy distinto trabajar ocho horas cuando se está aquí, algunas con muchos años de cárcel encima. Tampoco es lo mismo cuando trabajan con ese régimen gente que tiene más de cincuenta años o con problemas de hipertensión, enfermedades crónicas de riñón o diabéticas o asmáticas. Marchaban todas a hacer el camino. Las ocho horas rigurosas. Hubo muchas veces que se salía de mañana y de tarde, en los dos horarios que se habían establecido. Y se trabajaba

con frío y con calor. Si empezaba a llover había que esperar la orden de retirada sin importar cuanto lloviera.

-¿Vos qué trabajo hacías?

-De todo tipo. Una iba a la quinta como fueron ustedes hoy, para dar vuelta tierra, transplantar, regar, toda la tarea del quintero, que lo que hacía era indicar el trabajo. Pero otros grupos hacían camino, que era lo más duro. También había grupos encargados del pasto. Pero lo principal es cómo se trabajaba, porque hay formas y formas de hacerlo. Una cosa es que te den la tarea y tú hagas lo que puedas. Eso puede ser razonable ¿no? Pero se trabajaba al antojo de ellos, tarea a tarea. La carretilla se llenaba como te ordenaban y no hasta donde daban tus fuerzas. Y la tenías que llevar sola. Por lo general siempre la misma persona, la que ellos señalaban.

-¿Y no las dejaban turnarse?

-A veces sí, otras no. Dependía mucho de la milica que te tocara en suerte. En general distribuían el trabajo y después marcaban cómo se hacía. El pisón lo manejas con una barra de hierro. Tiras de la barra y el rodillo corre apretando la tierra. ¿Te imaginas lo que pesa con sus casi dos metros de largo? No te permitían manejarlo más que por dos personas aunque la barra tiene espacio para cuatro pares de manos con comodidad. Lo mismo la carretilla. Te decían: llene hasta que yo le diga. Hasta que no desbordaba de pedregullo no paraban. Y eso tenía que llevarse y traerse tantas veces como duraba el tiempo de trabajo, a veces una sola persona. -¿No había como distraerse nunca? - Había más de una vigilando. Pero ellas además eran vigiladas. Cualquier infracción la quedaban ellas también si las sorprendían de manera que no les convenía hacerlo. Y no lo hacían, al contrario, disfrutaban marcándote el ritmo. Tenías que trabajar sin parar. Si veían que descansabas o parabas, te gritaban todo el tiempo. Al ritmo de rápido, rápido, impedían las distracciones. Eso duró muchos meses. La gente empezó a enfermarse y las enfermas empeoraron. No solo era el trabajo. Lo peor era la tensión de saber que cualquier motivo era causa de sanción. La clásica era por absoluta falta de voluntad en el trabajo. Eso porque te habías desmayado o habías pedido para volver con treinta y nueve grados de fiebre o compañeras que pedían médico. Los calabozos estaban llenos siempre. Algo podíamos contarles a los familiares, no mucho. Algo les decíamos a los niños grandes. También veían nuestro deterioro, lo cierto es que la información salió. En el exterior se hizo una campaña por nosotras. Un día, al entrar al despacho del director, una compañera vio montones de cartas de todas partes del mundo. Pedían nuestra libertad. Fue bárbaro saberlo, pese a que no teníamos ninguna esperanza de cambios. En el interior del país la represión había recrudecido, habían hecho grandes bajas a la resistencia y además tenían problemas internos. La cosa nunca terminó del todo. A Rita Ibarburu le dio un infarto, trabajando. Después supimos que por ella venían muchas cartas, la llamaron las autoridades del penal y se las mostraron. Denunciaban los trabajos forzados y pedían especialmente por su vida. Ahí pararon con las enfermas y la gente de edad. Después disminuyeron las horas. Para entonces nosotras ya sabíamos trabajar de modo que el desgaste fuera el menor posible. Que también era una forma de resistencia, una actitud política, que quería darle sentido al esfuerzo y que creaba un estado de ánimo para sobrellevar aquello. Y resultó. Por eso trabajamos así. Lo más despacio posible y tratando de hacer lo menos que se pueda.

El día se termina. Por los altos ventanales, los últimos destellos dorados del sol hacen más intenso el color del cielo. Un azul de primavera, claro, profundo, brillante. Las luces finales de la jornada dejan claroscuros en el sector. Todo está tranquilo. Hay grupos de compañeras por todas partes. Toman mate, conversan en voz baja, otras leen.

Las gurisas se subieron a las cuchetas de arriba y afinan una guitarra. En el silencio del atardecer los acordes suenan suaves, en un solo que no llega a interrumpir el natural susurro de las voces. La luz se filtra desde lo alto en sesgos cambiantes, caprichosos, como si quisieran iluminar los rincones buscando los ojos que los miran sin verlos, con el silencio poblado de voces tenues. Las cuerdas acompañan apenas y se convierten en un llamado sin estridencias, dulce y melancólico.

Las más alejadas abandonan sus tareas y se acercan. No se unen al grupo de jóvenes que enmarcan la guitarra. Forman círculos más grandes, donde el centro es el instrumento, pero rodeándolo desde abajo, como un estandarte, sentadas alrededor de la mesa y en las cuchetas de abajo. Es un acompañamiento cada vez más silencioso. La voz se hace más alta y más precisa.

Tendrías que llegar como la noche

A ocupar todo el aire de mí casa.

Tendrías que caer como la sombra

Como la sombra cae sobre las plazas.

Una compañera alza su telar y lo carga hasta quedar justo bajo la guitarra. Ordena minuciosamente las lanas, haciendo escala de colores con las hebras, largas, cuidadosamente movidas sin que se enreden. Toma un ovillo y una aguja del telar y va pasando la lana de uno a la otra. Los movimientos son calmos, automáticos y los ojos buscan a la que canta.

Tendrías que llegar como los sueños.

Tendrías que llegar como el verano

Caer al fin del día como un premio

A cerrarme los ojos con tu mano.

El mate va de una a otra, en un trayecto sin palabras. Cada una lo toma y la siguiente lo pasa a la de al lado, dejando estrellas invisibles en la sombra de las cuchetas, que abajo se cierran casi a la luz. Solo la guitarra pasa siempre y la voz grave de Evana, dulce pero clara, muy clara.

Tendrías que llegar y darme vida

Como un licor amargo, seco y fuerte.

Nadie se mueve de su lugar. Algunas están semiacostadas en las cuchetas. Margarita escribe una carta sobre la mesa, al otro extremo del grupo. Le escribe a Pablo, su marido.

Cada vez su cuerpo se curva más, atrapando los últimos resplandores. Parece distante, solitaria, en su mudo diálogo con el papel, absorta.

¿Quién dice que escribir no se parece a un encuentro furtivo, ardoroso, anhelante, matizado de fugas y de abrazos? Las palabras van y vienen, llegan y se van, dicen y callan, besan y lloran y desfilan de a uno los nombres, los lugares, las cosas comunes. No hay casa ni mundo, solo espacio infinito que distancia y acorta los ojos y las manos. Desfigura a veces los rasgos familiares, los usurpa, -¿cómo eran?- los esconde, cuesta a veces recomponer el rostro, sentir una voz natural con sus palabras naturales en un diálogo cualquiera entre una persona y otra, que no son cualquier persona, que son ellos cuando estaban, ellos cuando eran, ellos aquí en esta plaza, ellos aquí en estas sillas, bajo este techo, ellos allá en esa calle. Palabras que se enredan y quedan como enhebradas a las palabras que realmente van en la carta, las que lee el enemigo con ojos de enemigo y odio de enemigo. Y luego la rompe tal vez, o la tira en el cesto, o la guarda en enormes cajones llenos de cartas como esas, con tachaduras, con círculos furiosos sobre palabras insolentes, subversiva paloma, subversiva compañera, subversiva libertad con minúscula.

Una vez, otra vez y cada día

Tendrías que llegar como la muerte.

Cuando sirven la leche, regresa Silvia al sector con cara compungida.

-Me parece que andan con listas de trabajo. Seguro que salimos de nuevo.

Por las dudas, todas nos preparamos. El día está lindo. Se puede sentir el buen sol y la temperatura empieza a subir. Aunque se salga a trabajar, un grupo podrá ir de recreo.

Hay un pequeño visor en la ventana que da al patio. Con un movimiento rápido, Silvia se trepa entre dos cuchetas y se estira hasta alcanzar el círculo de luz hacia afuera. El movimiento debe ser bien rápido por si abren la puerta de golpe, que es lo habitual. Desde allí tienen un panorama total del sector. Ver a Silvia y sancionarla por eso va a ser todo uno. También la pueden ver desde la puerta-visor de arriba, donde ellos nos ven sin que podamos verlas, y eso es más peligroso aún. No sabemos en qué momento avisan abajo, a la guardia y nos pescan in fraganti. Pero la ojeada rápida alcanza.

-¡Hay recreo! Han puesto la red de nuevo. Si abren la puerta de golpe, disimulá que buscás algo en la cucheta de arriba. Por mucho menos de esto ha habido calabozos.

-No me digas que no saben que miramos por aquí.

-Sí, o se lo imaginan. Pero la cosa es mirar sin que te descubran, para poder seguir mirando por el mismo lugar, que es lo bueno. Desde acá se ven las de los otros sectores y a las sancionadas. Si no las vemos, las oímos.

Si hay alguna noticia importante, siempre se encuentra la manera de transmitirla. Solo hay que estar atentos a los ruidos y a los gritos del recreo. Sobre todo cuando están los sectores de arriba, que son las compañeras que vemos menos. Tiene que estar sereno el tiempo y en lo posible con viento a favor.

-¿Y ustedes gritan desde acá?

-No, de aquí para allá no se oye. Antes, que nos dejaban abrir las ventanas y mirar sí. Pero hace mucho que eso terminó. Si llegan a oír que gritamos desde aquí, dejan la puerta abierta del sector y es como si se instalaran adentro.

-Pero las milicas que vigilan en el recreo, ¿no se dan cuenta?

-Sí y no. Pero afuera pasa más natural, porque en el patio se habla fuerte y el edificio hace como una ele alrededor de él.

La puerta se abre y entra la milica con tolete.

-¡Prepárense para el recreo! Y las que nombre para cortar el pasto, en el patio.

- ¿En el patio?, ¿en el patio de recreo?

-Sí, 512, ¿por qué?, ¿tiene algún problema?, contesta la milica torciendo la boca y la cadera hacia un lado y balanceándose. Es la Cowboy. Habrá baile para quien vaya con ella.

-No, soldado, ninguno, preguntaba nomás, responde Lydia.

Ahora todo el mundo se puso en movimiento. Las que no salen a trabajar por edad o por problemas de salud son las más activas. Se ponen abrigos, se cambian los zapatos, se frotan cremas en la cara y en las manos, toman de apuro el té de la media mañana.

Vuelve a abrirse la puerta y grita la Cowboy.

-¡Vamos! ¡A recreo! ¡salgan!

Se estaciona en la puerta y nos va mirando una a una a las que salimos.

-Usted, 520, deje el tejido. No se puede salir con nada.

-Pero, soldado, siempre lo llevamos.

-Ahora no, y no insista porque se queda el tejido y usted.

¡Vamos! ¡Rápido, afuera! Quedan solo las sancionadas. ¡Vamos, vamos!

Salimos al patio. Efectivamente, el sol resplandece. Con su fuerza se impone en el aire que ha dejado de ser frío. Qué alegría intuir el verano tras esa brisa. Al menos dejar atrás el frío.

El patio está hoy inundado de luz. En el medio, oí rectángulo para el voleibol. La red fue puesta y las chiquilinas corren a asegurarla, sin pérdida de tiempo. La pelota queda en un rincón, como en reposo. Todo parece vivo y vivificante. Se arman los equipos, en voz alta. Discuten como si fueran a competir en las Olimpiadas. No hay más que cinco de un lado y cuatro de otro, pero el juego se inicia igual, con entusiasmo y algarabía.

En un ángulo, el que da al calabozo, están las piletas de hormigón. Ya se oyen los potentes chorros de agua corriendo. Las muchachas sumergen las pilas de sábanas en el agua abundante y las friegan con vigor. El lavado exagerado de la ropa es una manía en este lugar. Todo se lava enseguida. Al final del invierno no solo se lava la totalidad de los buzos sino también las mantas y hasta los ponchos gruesos de uniforme de soldado, que fueron entregados para ser usados como mantas por el penal. La lana se carga de sol.

Las caminantes inician su circuito habitual alrededor de la cancha, en grupos de a dos o de a tres. Dan vueltas y vueltas. Es el ejercicio matinal, el único permitido para algunas. Caminan y charlan, se ríen, se gritan de una punta a la otra del patio.

Las compañeras que juegan al voley hacen en voz alta sus comentarios deportivos mezclando entre ellos bromas alusivas a lo que le pasa a cada una.

-¿Así que Jorge te mandó un bolso?, dice una a los gritos.

-Sí, ¡divino! ¡repujado! ¡y qué trenza! Nadie tiene un bolso como el mío -contesta la aludida, en el mismo tono aunque se encuentra a escasos dos metros de distancia. Y se ríe.

Miro el celdario. Silencio. Las ventanas herméticas, inmóviles. Sin embargo, tras todas ellas hay ojos, voces que comentan, rendijas que se abren en su mínima expresión. Hay quien vigila movimientos de la guardia y está alerta, lista para avisar si alguien viene, si también una reja se abre con sigilo, arteramente.

Sobre uno de los bancos se han sentado dos compañeras que conversan en voz baja y con gran solemnidad. Están tan absortas que parecen en un mundo aparte. De pronto, una de ellas mira hacia arriba y sonrío, sin tomar previamente la precaución de ver qué está pasando en el patio de recreo. La milica, que la observa, le sigue la vista y le grita desde la escalera del patio, su lugar de vigilancia.

-¡Ustedes dos, ahí! ¡Siéntense para el otro lado! Y usted, 204, si la vuelvo a pescar haciendo señas para arriba no baja más, ¿oyó?

-Sí, soldado -contesta dándose vuelta mientras se pasa la mano por la cabeza una y otra vez como si quisiera alisarse el pelo.

-Y deje quietas las manos, ¿se cree que soy idiota yo?, ¿eh?, ¿se cree?

El juego se apacigua. Hay como un alerta. Las chiquilinas siguen jugando pero más tranquilas hasta que todo se normaliza. La soldado vuelve a la escalera y ellas retoman la diversión, sus risas y sus gritos absurdos al aire.

Querida Lucía:

Me quedé sin trabajo de nuevo. No te preocupes, ya saldrá otra cosa. Cuando fui a cobrar me dijeron que era el último mes, que no podían bancar tanto

presupuesto, que preferían prescindir de mi, etc. La que te manda un abrazo es Nancy. Me la encontré de casualidad y me dio una sorpresa muy grata. Hablamos mucho de ti. Creo que comencé a descubrir los sentimientos de la gente. No pensé que te quisiera tanto. Mi amor, ¿Cómo va tu Ulises? Yo lo tengo apenas empezado. Me cuesta leerlo y prefiero salir a caminar. Camino y camino durante horas hasta que el cansancio me vence. Ese pañuelo te lo mandan los chiquilines de al lado y el buzo lo tejió la tía Gloria, que ahora cada vez que me ve, llora y me pregunta de nuevo cuántos años te dieron. Mi amor, aquí estoy a tu lado, con un mundo de cosas para decirte que siento que las recibís aunque no te las digo. Creo profundamente en ti y te amo.

Manuel

Ya llegan los aires de la primavera. Cuando la fila de compañeras se detiene en el lugar de trabajo, el sol baña todo con su luz brillante.

Alrededor de los mástiles de la bandera, un óvalo enjardinado recorta el camino de pedregullo. Tiene alto el pasto. Las flores de los canteros circulares esparcidas en él parecen, en cambio, esmeradamente cuidadas. Desde aquí se ve todo el frente del celdario, la entrada principal, el edificio rodeado de césped y alambrado, el camino al calabozo, el cuarto de guardia. Más lejos, desde la izquierda, las barracas, donde asoman distantes algunas compañeras que caminan en círculo. Al mirar hacia los ventanales el celdario parece deshabitado. Sin embargo cuántos ojos miran desde los pequeños orificios de luz. También desde las ventanas inferiores donde están las oficinas del penal. Allí tienen su puesto de vigilancia los oficiales. Para el otro lado, más allá de la alambrada que bordea el camino de pedregullo, está la quinta. Marginándola por la derecha, ondeando y perdiéndose arriba en la entrada del penal, la Vía Appia.

La milica nos distribuye por la zona de césped y nos hace tomar las azadas. El grupo inicia la faena en el mayor de los silencios. Cada compañera se dispone a usar su azada pero buscando un ángulo de su cuerpo que le permita *ver* hacia el celdario o hacia las barracas. Los trabajos también pueden ser aprovechados para conseguir información sobre las demás, lo meticulosamente oculto, como forma de acentuar el aislamiento y de evitar con cuidado todo lo que alimente el sentimiento de comunidad.

Entre nosotras hay una lora. Hace unos días que la llevaron al sector como parte de un tratamiento habitual, para el que ya hay defensas programadas, que surgen casi naturales, sin demasiado acuerdo previo.

Las loras son pocas en el penal, casi sobran los dedos de las manos para contarlas. Están todas juntas en la barraca maldita por su presencia. Han cambiado su dignidad por un lugar donde están más libres, que se parece menos a la cárcel. Sus uniformes grises rigurosos, iguales a los nuestros, tienen el beneficio de poder amoldarse al cuerpo, haciendo patéticas imitaciones de la ropa normal de una mujer. Consiguen algunas visitas personales y les está permitido el ingreso de otros alimentos además de la fruta. Precio bajo.

Tienen un trato familiar con los oficiales que puede llegar a ser afectuoso. Cuando trabajan, lo hacen con gran voluntad, casi con pasión. A un ritmo acelerado y olvidando todo el entorno, dan vuelta tierra, las azadas levantadas rítmicamente por encima del cuerpo, llevan y traen las carretillas repletas de tierra, de arena, o cortan leña con grandes hachas que se clavan y rebotan sobre la pulpa de la madera arrojando astillas a un lado y otro, o cortan el césped que queda parejo y lustroso como devorado por langostas. También planchan camisas de oficiales y cosen uniformes de oficiales y beben de los vasos oficiales.

A veces sacan a alguna de la barraca y la envían a un sector. La tienen un tiempo y luego la regresan.

A esta la llamamos la Oreja. Casualmente siempre está leyendo un libro cuando hay un grupo de compañeras conversando cerca. No le habla a nadie y nadie le habla.

Por supuesto que en el primer grupo de trabajo que sale está incluida. Le asignan un lugar en el extremo del óvalo. Cerca de ella quedan las más jóvenes del piquete, que levantan la

vista apenas y cruzan guiñadas con las demás. Esperamos expectantes la secuencia siguiente. El trabajo se inicia. Todas seguimos un ritmo, acompasándonos unas a las otras. También la milica empieza su labor.

-¡Vamos, rápido! ¡Rápido, usted, 547, déjese de dar vuelta y empiece de una vez! ¡y usted, 68, no quiero verla mirando para ningún lado! ¡Trabaje, y más rápido, más rápido!

La Oreja elige la azada más filosa que encuentra. Sin esperar la orden se pone a cortar el pasto, siguiendo una línea prolija que va de un borde al otro del óvalo. Su cuerpo joven y atlético se curva con cada golpe para dejar un claro homogéneo en el cantero, que contrasta más y más con el resto. Toma un rastrillo, apila el pasto ordenadamente a un lado, alisa el rectángulo reluciente y retoma la azada.

Las compañeras, en tanto, curvadas, casi inmóviles sobre la tierra, levantan las suyas que caen por su peso. Un pasto allí, otro allá. Los movimientos son lentos y el pasto queda como revuelto. Casi no se ve lo cortado que se desparrama sobre todo el cantero, como si en vez de cortarlo lo hubieran dispersado con el viento. No queda ninguna zona pareja aunque nadie deja de mover su azada, al ritmo de los gritos de las milicas que se exacerban a medida que el tiempo pasa. De pronto callan y gritan al unísono.

-¡Atención!

Presencia oficial. Hay que ponerse firme en el lugar.

-Continúe, soldado y dé la orden de continuar.

Son el teniente coronel Maurente y el capitán Parisi, los oficiales encargados de las reclusas, que llegan por el camino y se detienen frente a nosotras.

-Continúen, repite la milica.

Tomamos las azadas y buscarnos el ritmo. Ahora sí que cuidarnos que nadie llame la atención. Cada una se acompasa con la de al lado y ésta con la siguiente. Los cuerpos no se mueven, apenas los brazos levantan lento, lento, la azada. Y ésta cae y luego reposa un instante, y luego sube, lento y cae. Todo muy pausado.

La Oreja recoge el pasto cortado con una pala y llena con él una carretilla hasta dejarla desbordante. Recomienza de inmediato con la azada que sube y baja, sube y baja. El cuerpo hace eses en el aire.

Las milicas se callan. Nos miran atentas y nerviosas, ojeando de tanto en tanto a los oficiales que nos observan a dos metros de distancia, hablando entre sí, en voz muy baja. El aire puede cortarse con cuchillo.

-Soldado, cuando las retire, avise a la guardia que están todas sancionadas menos la 90. No pueden salir al recreo por quince días ni recibir paquetes ni visitas.
¡Usted, 90, venga! ¡Acérquese!

La Oreja suelta la azada, da unos pasos y se para en posición de firme frente a ellos.

Maurente, el oficial de mayor grado de los dos, alza ostensiblemente la voz.

-Y usted, 90, tiene autorizadas dos visitas especiales, personales, de una hora cada una. ¡Continúen!

La puerta se abre y entra una milica con tolete.

-900, ¡salga!

El sector se conmociona. Si no se ha pedido ver al médico, la milica con tolete indica una salida ordenada por ellos.

Las compañeras me rodean enseguida y acompañan todo el trayecto hasta la reja, tratando de saber dónde me llevan. ¿Pasó algo? ¿Pediste médico? No se trata de visita de abogado porque no es día de recibirlos. Estoy tan desorientada como ellas. Ojo, puede ser que te preparen algo. Quédate tranquila. Un beso. Chau, chau.

La milica cierra la reja y la puerta tras de mí. En el patio está la coordinadora del sector, mirándome con más seriedad que de costumbre. ¿O es solo una impresión? En la guardia hay varias milicas sentadas. Una de ellas le murmura algo a la de al lado y ríen las dos, mirándome.

La milica con tolete toma la escalera y desciende delante de mí. Cuando terminamos de bajarla no se dirige hacia la salida del edificio, que es el trayecto conocido sino que enfila por un pasillo interior de la planta baja. ¡Al diablo! Son las oficinas del S2, el servicio de inteligencia del ejército.

Me conduce hasta una puerta y me dice.

-Espere.

Abre la puerta. Introduce medio cuerpo por ella y dice algo que no alcanzo a oír, hacia adentro de la habitación.

Miro. Es una oficina, hay escritorios y soldados escribiendo a máquina. La puerta se abre del todo y sale el oficial encargado de reclusas, el capitán Parisi. Se detiene frente a mí y me mira con gesto adusto. Lleva una carta en la mano que reconozco. Es la última que escribí y que ya imaginaba en manos de mi familia.

-¿Esta carta es suya?

-Sí.

-Sí, señor, se dice.

-Sí, señor.

-¿Usted puso aquí que la semana pasada no tuvo recreo?

-Sí, la semana pasada no me dejaron salir.

-¿Usted no sabe que no puede escribir mentiras?

-Eso no es mentira, la semana pasada...

-No me conteste. Usted no puede escribir mentiras en su carta. Y yo le voy a enseñar cómo no hacerlo.

-Pero es que es cierto, no tuve recreo.

-Ahora se va a quedar sin carta. ¿Me oyó? Por decir mentiras.

-No son mentiras.

-Y retírese inmediatamente.

Lo dice estirando bruscamente su brazo derecho, con el índice apuntando hacia la salida. La milica me prende del brazo, me hace girar con fuerza y me empuja por el corredor hacia fuera. Me conduce hasta el sector.

Apenas abre la puerta, las muchachas se abalanzan. Me llevan hasta una cucheta de abajo, fuera del campo del visor. Me rodean todas.

-¿Qué pasó?

-Nada. Era Parisi que tenía una carta mía diciendo que yo decía mentiras porque había puesto que no tuve recreo. ¿Se acuerdan la semana pasada cuando no me dejaron salir porque todavía no había cosido el número al uniforme?

-¿Y vos lo pusiste en la carta?

-Puse solo que no tuve recreo. Rigurosamente cierto.

-Te van a mandar al calabozo.

-No puede ser tan necio. El sabe bien que es cierto.

Se ríen todas. Mirtha me dice lo que debo hacer si me llevan: tratar de dormir y comer todo lo que me lleven. Me traen buzos y medias, me visten entre todas como si fuera una niña, me abrigan tanto que el uniforme no me cabe casi. Todo a ritmo de vértigo. La puerta se abre de golpe y entra de nuevo la milica con el tolete.

-Ustedes, ¿qué hacen ahí? Vamos, cada una a su cucheta. ¡900, salga enseguida!

Las compañeras me abrazan a pesar de que la milica trata de separarnos. Caminan conmigo hasta la reja como si no oyeran los gritos de la milica que las aparta. Una me murmura ¡suerte! al oído. Miro la serenidad del rostro, viajero infatigable del calabozo, como para llevármelo conmigo y salgo. Gritan antes que la puerta se cierre. Chau, chau.

La milica baja la escalera, atraviesa el hall de entrada, luego sale del edificio. Toma el camino de la derecha como si fuera a la cocina o a las barracas. Pasamos frente al cuarto de guardia. Miro y ahí está el capitán sentado, mirándome pasar. La milica cambia el rumbo y toma el trayecto que conduce hacia atrás del celdario terminando en la casita, como ellos llaman al calabozo. Hasta linda parece desde afuera, toda blanca, con techo de ladrillos rojos, levantándose en medio de una lomita de lustroso césped. Mientras camino hacia ella mirándola recuerdo las sanciones que recibieron las que se negaron a colocar el pasto, cuando estaban terminando de construirla y se enteraron que su destino era ser calabozo. Lo inauguraron como tal antes de concluirlo. Las tuvieron desnudas de plantón durante días.

La milica sigue adelante. Veo los muros traseros del celdario, el tendedero de ropa y las ventanas, opacas como todas, de los sectores de arriba. Sé que hay ojos que me miran.

Paso la mano por el pelo y miro hacia allá. El día está tan hermoso. ¿Cuánto tiempo estaré sin ver luz Vuelvo a pasarme la mano por el pelo.

-Déjese de saludar, 900. Aprendió rápido ¿eh? Hace un mes que está y ya tiene las manías.

Qué importa. Igual ya estoy aquí. Ya me deben haber-visto desde arriba. Antes de entrar me llega, distante pero clara, la voz de una compañera que desde una ventana de arriba canta.

Nunca te entregues ni te apartes

Junto al camino nunca digas

No puedo más y aquí me quedo

Aquí me quedo

La voz se pierde en el viento. Pero ya la hice mía. Quien la cantaba debe saber que me gusta ¿Quién será? No pude reconocer la voz. O tal vez no la conozca y solo eligió esa canción para cantarme lo que dice. De cualquier manera eligió bien. De lo que no hay duda es que canta para mí. Vuelvo a pasar la mano por el pelo y entro en la casita.

Tras la puerta está la guardia. Dos milicas sentadas y una mesa. Cuando nos ven llegar, se levantan y vienen hacia mí.

-Y ésta, ¿adonde va?

-¿Cuál está libre? Creo que la cinco.

-¿Y cuánto?

-No sé. Después viene la coordinadora a comunicarle.

Sáquese los cordones de los championes y el cordón del pantalón.

-Pero, soldado, se me cae.

-Y bueno, paciencia. Igual no se va a mover mucho como para que se le caiga.

Me revisa cuidadosamente. Me palpa todo el cuerpo, especialmente las axilas, la entrepierna, cada bolsillo, los ruedos del pantalón y la chaqueta

-Venga.

Salgo del cuarto de guardia. Me paran frente a una reja. Tras ella un pasillo que atraviesa la casita a lo largo. A un lado y otro del pasillo hay nueve puertas de hierro, rigurosamente cerradas. Me golpea el silencio. Abren la reja y entro al pasillo. Es tan estrecho que voy yo primero y la milica atrás. Solo cabemos de a una en el ancho.

-Vamos, camine.

Cuando llego casi hasta el final, ella me detiene. Abre la puerta de hierro con gran estruendo de cerrojo. Se hace a un lado para que yo pueda pasar. Es mi calabozo.

Hay cinco como el mío de un lado y cuatro del lado izquierdo, donde el quinto es el baño. Lo vi abierto al pasar.

Los calabozos no tienen puertas enfrentadas. Es por seguridad. El hacerlas desencontradas las aleja una de oí ni y facilita aún más la incomunicación entre ellas. Entro en el mío. Se cierra la puerta de hierro.

Estoy en mi calabozo, propio y exclusivo. ¡Qué frío espantoso hace aquí! Camino a lo largo, cinco pasos.

A un lado un camastro cuelga de una pared, hecha de listones de madera, con huellas de muchas manos que han pasado por aquí y sostenido por gruesas cadenas de hierro. Es todo lo que contiene. En la pared opuesta a la puerta de hierro, la pared exterior, una ventanita de veinte centímetros por diez, más o menos. Está tapiada por una chapa de madera del mismo tamaño y cribada por veinte orificios del diámetro de un cigarrillo. Es la entrada de aire y de luz. El resto es absolutamente hermético. A pesar del sol que hay amera, su luz no alcanza a iluminar el camastro. Hay una lamparilla encendida en el techo, en el ángulo que forma con la pared interior, semidifusa, amarilla ¿o me parece amarilla? ¿hacia dónde dará esta ventanita? No me doy cuenta bien de la ubicación de mi calabozo. Si me subiera al camastro podría ver hacia donde da la ventanita.

-¡Usted! ¿qué hace?

-Nada, soldado, nada.

Al diablo. La puerta de hierro tenía una mirilla que se abrió de golpe y apareció la maldita milica. ¿Se habrá quedado ahí para espiarme? ¿O vino sin que la oyera desde la reja?

Tengo que acostumbrarme a los ruidos. Cierra la mirilla y me siento en el camastro. Silencio absoluto. Trato de oír los pasos de la milica, para escuchar si se aleja o quedó ahí. ¿Cuántos pasos habré dado entre la reja del pasillo y mi calabozo? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Por qué no los conté?

Ahora oigo conversar a las milicas. Están muy cerca. Siento todo lo que dicen. Caminan sin que se escuchen los pasos porque desde que cerró la mirilla hasta que llegó a la reja no oí nada. ¿Qué es eso? Esa voz. Desde el cuarto de guardia.

-Soldado -grita. Trajimos solo el colchón y dos frazadas pero yo le dije a la coordinadora que con esto iba a tener frío y no me dejó traer más.

-Cállese, ¿o quiere quedarse usted también acá?

-No, soldado -sigue gritando.

Es Teresa. Grita para que la oiga. Ese debe ser mi colchón.

-Solo quiero decirle que me parece que ese abrigo es poco.

-Cállese, le digo. ¿Quién le pidió opinión a usted? Vamos, llévatelas de una vez -le dice a la soldado.

Ahora silencio. Siento la reja del pasillo. Pasos. Se detienen frente a mi calabozo. Lo abren.

-Usted, ¡salga!

Miro hacia la entrada. Un cono de luz se abre desde la puerta de la casita hacia el pasillo, también iluminado con luz artificial. La puerta es la única abertura. Desde allí, la luz del día

es cegadora al lado de la puerta, entre ésta y mi reja, ocupando todo ese espacio está mi colchón.

-¡Vaya a buscarlo! ¿Qué espera? ¿Qué lo traiga yo?

Camino hacia el colchón. Lo levanto tratando de que no se me caigan los pantalones sin la tira de la cintura y arrastrando los championes sin cordones, que se abren a cada paso. Camino despacio. Puedo sentir, tras cada puerta metálica que rozo casi con mis brazos, la presencia de una compañera.

Allí estarán, expectantes, todas oídos, tratando de saber quién soy. Recién me doy cuenta que en ningún momento dijeron mi número. Tengo que intentar hablar, para ver si alguna reconoce mi voz.

-Soldado, ¿puedo ir al baño?

-¡No!

Tomo mi colchón y camino hacia la puerta abierta del calabozo. Una milica al lado de la reja, la otra al lado de la puerta. No vuela una mosca. Qué silencio hay aquí. Caminar con el colchón, las sábanas y las mantas hechas un rollo gruesísimo en este espacio tan estrecho me obliga a ir apoyándome en la pared a cada instante. Lo hago sobre una puerta. Casi puedo sentir la respiración al otro lado. Qué tentación de decir algo, de romper este silencio. Desde adentro, alguien tose bajito. Salud compañera.

Entro a la celda y largo mi carga sobre el camastro.

-Ojo, déjelo así hasta que venga su coordinadora.

Cierra la puerta de hierro. Luego la mirilla entreabierta.

Los cerrojos chillan rompiendo el silencio.

La milica camina por el corredor. Cierra la reja ¿tras ella? La oigo hablar con la otra en voz baja. Para que no la oigamos tienen que bajar mucho el volumen. Alguien llega. Me parece que es la voz de la coordinadora. Se abre la reja, pasos. Entra más de una persona. Mi puerta que se abre. Efectivamente es mi coordinadora, que trae una bolsa que reconozco. Me mira primero como midiéndome. Después habla, despacio.

-Tiene una sanción de treinta días.

La otra milica, al lado, me mira también, como si fuera un mueble. Yo, por supuesto. Qué natural es todo esto para ellas.

-¿Ya le explicaron cómo es el régimen aquí?, dice entrando en el calabozo a inspeccionarlo.

-No.

-Bueno. Ese colchón tiene que estar arrollado durante el día y puesto prolijamente a un lado. Cuando se despierta lo arrolla. Lo desenrolla para acostarse cuando le den la orden. No puede dormir más que de noche. No puede hacer gimnasia. Por supuesto que no puede mirar por la ventana. Le recomendaría que no se subiera ahí

para hacerlo. Va a ir al baño tres veces al día, salvo indicación médica. Esto es para usted.

Me alcanza la bolsa y cierra la puerta. Me siento en el camastro y reviso lo que me mandaron. Cada cosa que tomo me conmueve. Nada es mío. La toalla es de Miriam, la jabonera de Cristina, el bolso de Carmen, la ropa interior es toda nueva y ninguna mía. Miro las sábanas que tampoco son mías y están deliberadamente perfumadas. Imagino a las compañeras preparándose la bolsa, corriendo una y otra, alcanzando sus propias cosas, el lenguaje de los gestos. Se liga todo el tiempo lo que ellos desligan, enmarañan, bloquean. Todo queda silencioso de nuevo. Siento los pasos y las voces de los dos soldados. Creo que están cerca de la reja de entrada. Reja que se abre, pasos de nuevo, reja que se cierra. No sé si entran o salen. Ahora puedo percibir bien las voces. Tengo que ubicarlas en la distancia. Darme cuenta cuando están en el cuarto de guardia. Ahora la voz de la coordinadora ha cambiado de orientación. Debe estar en la puerta. La voz se va perdiendo cada vez más. Ahora solo silencio. Habrán quedado las dos milicas en el cuarto de guardia. Debo encauzar mi pensamiento. Tengo treinta días. Treinta días treinta treinta. Cómo será estar treinta días aquí, sin hacer nada nada nada, sin hablar con nadie nadie nadie. Treinta días. Treinta. Lo importante es no perder la calma ni el ánimo. Qué frío hace. Con razón las compañeras me abrigaban tanto. Debo ordenar mis pensamientos, ya que será lo único que haga. Pensar. Puedo hacer un repaso de los tangos que conozco de memoria. Malena. El último café. Madame Ivonne. Sur. No los puedo escribir pero los puedo recordar hasta lograr decirlos de corrido, en el orden que estipule previamente. También puedo recordar poemas y agruparlos por tema tal vez: para la alegría, para la melancolía, para la ternura, para la nostalgia. Pensar en Neruda.

Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco

Me has agregado la fuerza de todos los que viven.

Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento

Me has dado la libertad que no tiene el solitario

Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego.

Me diste la rectitud que necesita el árbol

Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres

Me mostraste como el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos

Me enseñaste a dormir en la cama dura de mis hermanos

Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca.

Qué dirán los míos cuando vengan y les digan. Qué dirán. Treinta días. Treinta. ¿Qué es eso? Hay un ruido sobre esta pared. Me pego a ella para oír mejor. Un golpe, dos golpes, un golpe. ¡Sí, sí! ¡Es del calabozo de al lado! Es mi compañera de celda que llama. Aprieto el puño y contesto, con los mismos golpes que recibí sobre la misma zona de la pared que los

siento. Contesto y espero. Me responde, esta vez los golpes son más largos. Algo me está diciendo. Trato de entender. Maravilla en el alero del silencio. Entre la alegría de oír los pequeños golpecitos, suaves pero firmes y claramente diferenciados uno de otro y el no entender lo que quieren decir, mi corazón es un galope. Debo calmarme, prestar más atención y oír los signos, descifrar las palabras. Paciencia. Mucha atención y paciencia. Estoy aprendiendo un nuevo idioma. Tengo treinta días para conocerlo. Y aquí está mi compañera de calabozo. No la veo. No la oigo. No sé quién es ni la conozco. Cuánto tiempo hace que está aquí ni cuánto le falta para irse. Pero ahí está, ¡ahí está! Compañera. No te impacientes. Aquí estoy, toda oídos para tus diálogos de pared, para tu voz de nudillo prisionero.

Qué lento pasa el tiempo. Cómo puede hacerse para ordenar las ideas de manera que fluyan con coherencia. Me da pánico el caos del pensamiento, pensar que este torrente se puede llenar de remolinos, de aguas que se hacen hondas y arrastran restos sepultados, peces muertos, fósiles perdidos, piedras que ocultan miríadas de pequeños pecesitos, la piedra se levanta por la fuerza del agua y los pecesitos huyen despavoridos en todas direcciones. Cómo hacer para controlar todo esto, la imaginación me juega malas pasadas, puedo también planificar el mes siguiente, los treinta días siguientes a estos treinta días vacíos, cuántas palabras intercambiadas en treinta días, el silencio es un abismo para dentro, no veo el fondo, cuántas cosas pasarán en estos treinta días, me imagino la escena cuando vengan a mi visita y le digan no señora no tiene visita, tiene una sanción por treinta días y la señora mi mamá pondrá cara de estupor y tal vez le dé miedo, y vaya a saber qué cosas terribles piense, por su cabeza de madre, qué angustia espinosa se enterrará en su costado, como un hielo, abriendo y abriendo, y veamos, cómo estoy, pues, estoy bien, estoy muy bien, ¿puedo resistir esto? y claro que puedo, solo es difícil empezar, encontrar el hilo por donde empezar esto, la cosa es por ejemplo el vacío que media entre el desayuno y la hora del almuerzo, eso puede ser un espacio en blanco, inerte, si no viene nadie, si no pasa nada, puede ser un silencio de horas, como debe ser atravesar un desierto, más o menos, debo pensar algo, qué frío hace aquí, me siento y me parece que el frío avanza desde el piso y me va traspasando y va penetrando una a una mis ropas y luego mi cuerpo, no hay manera de vencerlo, a veces camino un poco pero es tan incómodo hacerlo aquí, casi no se puede dar pasos y me mareo, otras veces me descalzo y salto un poco hasta que la sangre circule de nuevo, pero no, pueden pescarme, entonces es tan breve que solo me distrae del frío, después de levantarme hay mucha actividad para hacer, primero que nada arrollar el colchón, doblar una a una las sábanas, cada manta, ordenar a un lado y preparar la bolsa para el baño y después sentarme toda oídos a escuchar cada calabozo que se abre y cada compañera que sale, ya puedo distinguir perfectamente, empiezan por el uno y siguen ordenadamente hasta llegar al ocho, los ruidos primero se acercan, luego se alejan, o sea estoy en el medio, con lo cual esta larga espera es una rara especie de privilegio, que me ocupa buena parte del inicio de la mañana, oigo desde aquí perfectamente cada calabozo que se abre, la compañera que sale, son tan pequeños los espacios, que puedo oír su respiración cuando está frente a mí, sus pasos hasta el baño, la puerta del baño que se cierra, luego el ruido de la ducha, y la milica que empieza a apurarla, dice todo el tiempo, cinco minutos, a cada una le dice tiene cinco minutos para estar allí, mire que si no la saco, esté como esté y en cinco minutos uno debe hacer todo lo que tiene que hacer en el baño después de no estar allí desde las ocho de la noche y además ducharse, quien diría que esa ducha helada y fuerte podría ser, por romper el silencio y la monotonía del no hacer nada nada nada, algo esperable, y además lavarse la ropa interior y además vestirse de nuevo, y todo eso en cinco minutos y ayer miré con detenimiento el baño, debo buscar huellas de mis compañeras, saber quiénes son y había un jabón que no es mío, nuevito, riquísimo, puesto sobre la pileta pero en un ángulo que no se ve desde la puerta, donde la milica revisa de una ojeada, entre compañera y compañera, a ver si dejamos algo, ¿qué vamos a dejar si no tenemos nada?, y sin embargo, así estaba el pequeño jaboncito. Y era para mí sin duda. Me lo dejó mi compañera del tres seguramente, que es la que me habla desde la pared. Me cuesta mucho entenderla pero lo estoy logrando. Y después vuelvo al calabozo tan contenta apretando el jaboncito y ahí estoy un tiempo arreglándome la ropa, que apenas si me la

puedo poner toda en los cinco minutos, ahora me arreglo bien para sentarme aquí en este camastro duro, cuyo contorno ya conozco de memoria, como todo el universo de sus paredes, centímetro a centímetro, de lanío mirarlas, de tanto buscar cosas, palabras, mensajes, qué ganas de escribir una gran consigna en este color horrible. ¡Ya sé! ¡Qué idea se me acaba de ocurrir! Voy a recordar los muros de Montevideo como un ejercicio de memoria, recordar sus muros como si recorriera esas calles que amo tanto, las consignas vistas en estos años, apuradas, torcidas, algunas incompletas, y algunas soberbias, de esas grandes que uno va en el ómnibus y las ve de golpe y el corazón estalla de alegría y uno disimula estamos en dictadura tantos presos tantos miedos y uno mira al lado para ver si se nota que estoy tan contenta de ver aquello, y sobretodo para ver si se nota que es por ese muro que dice en letras inmensas abajo la dictadura ujc con letras enormes, y que el que lo escribió lo hizo con riesgo de vida y luego vienen ellos y los tapan con pintura y ellas salen de nuevo y es bárbaro ir muy sería en el ómnibus disfrutando de aquello de las letras de la ujc que salen por debajo de cualquier pintura, siempre salen y salen.

Hay una milica adentro que se complace en espiarnos. Está todo el tiempo caminando por el corredor. A veces sus pasos se pierden y se produce un silencio largo. De pronto, se abre abruptamente la mirilla, tratando de pescarme en algo. Y aquí estoy, medio adormilada entre la luz mortecina del techo y el silencio profundo.

Ella sigue su marcha. Sus pasos van y vienen por el pasillo. Los ruidos de las botas se alejan y se acercan. Intento no oírlas, sentada en el camastro, procurando no dormirme para que no me sorprenda su grito tras la apertura violenta de la mirilla si cree que estoy dormida y puedo sobresaltarme. Así hora tras hora. Es un cazador tras la huella de la presa, atisbando cada tanto la hondura de la trampa. Qué silencio hay aquí adentro y qué frío insostenible, por qué no pasará más rápido el tiempo y se irá esta maldita milica y pueda retomar mi conversación con la compañera de enfrente» bueno conversación es una manera de decir quién pudiera decir que desde esta mínima rendija entre el piso de hormigón, helado, rugoso, áspero y el borde de la puerta de hierro -hendidura mínima del enclaustramiento, del cierre total de la oscuridad de estos prolijos agujeros fríos-sale la voz del silencio porque el silencio sigue pesado solemne roto por los ruidos metálicos vacíos de voz humana de risas de música y sin embargo la voz sale código del prisionero código secreto inventado por nadie hecho de todas de la necesidad de decir cosas de salir al aire la voz la palabra el hecho preciso que se necesita conocer y sale y me da ganas de reírme fuerte de esta estúpida milica que se pasea y se pasea y cree que tiene gran control y a lo mejor ahora sí somos santas pero apenas se vaya ya falta poco para el cambio de guardia y entonces retomamos nuestro diálogo que me importa que se pasee ya sé quien es la compañera de enfrente de qué sector cómo se llama me ha contado muchas cosas código del silencio inventado por la imaginación macerada de silencio de silenciamiento hecho de palabras sin letras pero certeras y precisas como estas que fluyen en mi pensamiento pero más lindas porque esas me dicen tantas cosas de las compañeras de sus vidas de nuestras pequeñas vidas y todas sus vicisitudes y quién está enferma y quién fue al hospital y quién al juzgado y lo que le pasó a ésta y cómo está aquella y también cosas de mi vida y de su vida y a quién amamos y los hijos y luego opiniones todo corto escueto con pocas palabras porque éste no es un código florido es un código para momentos furtivos robados a la necesidad y al odio usurpados a todas las vigilancias vencedor del miedo y del pensar en uno mismo y tal vez compadecerse no eso nunca sino buscarse y encontrarse en la otra en la de enfrente que es otra versión de mi misma el mismo color gris el mismo número detrás o una variación del mismo todas iguales iguales iguales y aquí sordas ciegas mudas y además obedientes y sin embargo aquí fluye de celda a celda de oscuridad a oscuridad nuestras vidas nuestras vidas depreciadas que dejan de serlo a partir de esto que se encuentra siempre que es el código de la solidaridad el mismo idioma que dice lo que tenemos de diferente y también lo de todas lo de todas todas lo mismo un puño golpeando al enemigo contrabandeando palabras y traduciéndolas al código del calabozo y encontrando los hilos invisibles de la palabra haciéndoles surcos al silencio a la oscuridad en las ganas de ser humano y por tanto sujeto de palabra de pensamiento transmitido enviado con fuerza desde mi alma a la otra alma y dejando allí su huella que me importa maldita milica marcando su paso inútil por un inútil pasadizo divisor de lo indivisible separador de lo inseparable y te vas y volvemos a hablarnos y a contarnos cosas ya sé que voy a preguntarle hoy seguramente ella sabe,

¡Maldita!, me descubrió, se me ocurrió hacer rosas de pan para regalarle a las compañeras - y justo que tenía esa pasta de diente que es rosada - y guardaba un pequeño pedazo de miga - y amasándola rato rato largo - total lo que sobra aquí es tiempo - hasta que quedara una masa suave moldeable - y allí le agregaba un poquito de la pasta rosada - un poquito apenas para que quedaran apenas rosadas solo para darle color - lo ideal hubiera sido rojo - me gustaría poder hacerles rosas rojas a ellas - porque es la lucha - por eso las prohíben - porque ellos saben lo que quieren decir las rosas rojas - y yo amasa que lo amasa el pan y va tomando de a poco el tono rosado hasta quedar bien parejo y lisito - estuve como toda la mañana - además tenía que parar cuando oía las voces en el pasillo y cada vez que se abría la mirilla y aparecía el ojo de la milica mirándome - un ángel sentadito sobre el camastro - y por dentro la alegría - por dentro pensar cómo haría la rosa y cómo se la daría a mi compañera - que es la que está en el calabozo siguiente a mi, solo a ella puedo darle - a la que va al baño después de mi - no sé ni cómo se llama pero es mi compañera - y la mirilla abierta y yo pensando cómo quedaría la rosita en ese minúsculo rincón de la pileta no visible a sus ojeadas - y pensando en la compañera que la encontraría y tendría ese momento de alegría secreta y se la llevaría al calabozo - rosa escondida - encendida de alegría - con ganas de vivir - de respirar aire puro como nosotras - y allí en esos agujeros fríos y oscuros floreció esa rosa - de manos prisioneras - pero de alma de presa - libre, libre de seguir queriendo siempre al hombre hacedor de panes sin dueño y hermano de todos los hombres - y fui formando los pétalos de a uno - primero el del centro y luego un círculo y otro de pétalos rosados - caramba si tuviera un pastito de esos que abundan ahí afuera y pudiera darle su jugo a este pan amasado en sigilo para hacerle una hoja pequeñita al lado - igual quedó tan linda la rosa - no más grande que el tamaño de una uña - y rosada y con muchos pétalos - la compañera sonreiría en su celda mirándola y pensando cómo la habría hecho yo con ese color - y cuando terminé de hacerla la puse en el borde de un listón del camastro - justo debajo de la cadena de hierro y calculé el ojo de la milica desde la mirilla - y no, hasta ahí no llegaba - y entonces la deposité allí para que se secara bien - y en la noche la pondría en el suelo - para que se secara más y mañana en la mañana se la dejaría en el baño, en el rincón que no ven - minúsculo como la flor - secaría bien la pileta porque el agua podría disolverla y allí quedaría - como una palabra grata - como un abrazo como vernos un poco sin ojos - como rompiendo los cerrojos que nos encierran - y como destruyendo todos los obstáculos que median entre una compañera y yo - la misma materia - el mismo gris sobre rojo - y grandes números sobre la espalda - pero ella con su alma y yo con la mía - ella con su lucha y yo con la mía - que es la misma pero está hecha de su parte y de la mía - y esa flor que le diría de todo eso - y voy al baño - y no sé por qué cuando vuelvo miro enseguida para el rincón donde la había dejado y no la vi y enseguida a la milica que estaba saliendo de mi calabozo - y en la mano tenía mi rosa - y hasta con cuidado la llevaba - y todavía me preguntó cómo la había hecho y de dónde el color rosado - y yo solo le dije démela es mía - y ella me miró - me miró - y se la llevó sin decir palabra - eso sí, cerrando el calabozo.

Llegó la hora. Llevo veintinueve días y once horas. Según mis cálculos. No hay reloj. Pero el devenir del día es tan monótono que termina siendo un reloj.

Estuve degustando este momento desde el despertar, persiguiendo cada movimiento que me anunciara el viaje de retorno al sector, a mis compañeras, al mate, a la palabra plena. Todo lo que me espera me parece fascinante. Lo gozo de antemano. Hoy de mañana encontré un pañuelo en el baño. En un ángulo del pañuelo, una flor bordada en punto cruz, minúscula. El punto cruz sigue el entramado del hilo del pañuelo. Me pregunto cómo lo habría hecho. Cuando llego al sector y pregunto, me dicen que con buenos reflejos y un poco de olfato, al advertir que a una están por enviarla al calabozo sin darle tiempo a que se prepare para nada, puede esconderse una aguja muy pequeña. Su valor es inestimable. Los hilos salen de la toalla. Lo demás lo hace el arte de la reclusa... y el aburrimiento. Lo que encontré es un regalo de despedida. Cuando salgo toso frente a cada calabozo. Hasta siempre, compañeras. Responden y es hasta gracioso el calabozo atacado por un súbito y colectivo acceso de tos violenta.

Salgo a la luz del día que me ciega un poco. Veo los colores como esas películas que bruscamente cambian los tonos y cuesta ubicarse de nuevo en la realidad que por los matices no parece la misma, hasta que los ojos se aclimatan. Camino aspirando hondo el olor del campo. Todo vuelve a ser gratamente nuevo, como si viniera de otro planeta y descubriera lo maravillosa que es la tierra.

Cuando llego al sector, gran griterío. Piden que cuente todo con lujo de detalles. No es solo mi anécdota, también son las noticias que vienen conmigo. Preguntan y preguntan. De vuelta me quieren dar todo a la vez: fruta, mate, un plato de postre que quedó del mediodía.

Además las novedades. Hay un proyecto secreto, que unas preparan y otras no deben enterarse. No pueden esperar para contarlo.

Se acerca el 21 de setiembre y hay que festejar el aniversario del partido. Hubo polémica sobre cómo hacerlo y eso ocupó muchos días. El tiempo apremia y hay temor que no dé para realizar los proyectos. Cada comunista deberá hacer una flor y regalársela a una compañera no comunista ese día. La mitad del sector homenajeará a la otra mitad, casi exactamente. Más aún, en cada cucheta hay una y una, eso significa regalar a la compañera de cucheta. Cada una trabaja como puede, piensa, crea y elabora lo que está a su alcance.

Al llegar la fecha, cuando la puerta del sector se abre y la soldado anuncia la diana, todas saltamos de las cuchetas. Nos vestimos rápidamente. Abrazarnos a nuestra compañera de cucheta, entregándole nuestra flor. Hoy es primavera, compañeras, feliz primavera. Flores de todos los colores, flores de papel, flores de hilo o de lana, flores con hojas o pequeños ramilletes apretados. El sector se llena de flores. Feliz primavera. Las compañeras nos comprenden y nos devuelven el abrazo. Feliz primavera. El barracón se sacude de voces alegres, que le gritan vivas a la primavera. Tan inusual es el despertar que la soldado entra al sector y lo recorre mirándonos perpleja. Qué bicho les picó a éstas que se abrazan y festejan la llegada de la primavera. Nadie le hace caso y el día comienza con alegría. Tras el gris de los uniformes que ya se alinean para la bandera, y desde los

bolsillos de los uniformes asoman, uno sí y otro no, como haciendo guiñadas, los colores de la primavera.

Querida Luda:

No recibo carta tuya desde hace más de dos meses. Y en la visita me olvidé preguntarte si es que no me escribís o que se demoran nomás en llegarme. Te veo y se me nubla todo. Pienso en decirte tantas cosas, tengo tantas cosas abarrotadas en la garganta, esperando oír tu voz, tener la firmeza de tus ojos delante de mí y ahí, ¿sabes que me pasa?, me parece que tus ojos son mis ojos, y me encuentro mirándome en vez de mirarte, y me veo mal, muy mal, es como si tus ojos me devolvieran mi imagen y entonces me olvido de todo. Será que te siento tan mía que tus ojos y mis ojos son lo mismo. Pero me da una especie de vértigo, después tu conversación me distrae,, es solo un momento. Mi amor, te extraño tanto. Te abrazo dormido y despierto, no hay noche que no sueñe contigo. Pero no sos la de ahora, sino la chiquilina que conocí hace tantos años, y caminamos de la mano por calles que desconozco, pero son tan lindas y es tan cálida tu mano en la mía. Me despierto con la sensación de tu calor en mi cuerpo, casi te diría que siento tu olor. Sabes que estoy ordenando la biblioteca, ya aparté una cantidad de cosas para leer, de esas que siempre postergamos, por falta de tiempo. Empecé con Proust ya que lo estás leyendo, vamos a compartirlo a distancia, ¿qué te parece? Por suerte la encontré de nuevo a Nancy, estuvimos tomando un café y me animó mucho. Amor, no te olvides de mandarme el color de la lana que querés, de lo contrario no podré llevártela en la próxima. Te amo. Besos, millones de besos.

Manuel

Hace días que hay mucho revuelo. Visitas, conversaciones en voz baja, idas y venidas. Algo va a suceder.

Una mañana bien temprano, cuando todavía están las cosas del desayuno sobre la mesa, la puerta se abre y entran varias coordinadoras al sector. Listas en mano, se dispersan por todas partes del barracón. La sargento grita.

-¡Colóquense todas frente a sus cuquetas! ¡Y en silencio!

Nos consultamos con la mirada. Ya nadie duda que se trata de un traslado. Nos miramos pensando quiénes se irán y quiénes quedarán. Por ahora el problema es ése. En realidad ya hacía bastante tiempo que no se producía un traslado. ¿Qué características tendría éste? Se nos agolpan todas las vivencias de ese lugar, empezamos a sentirlo ajeno, como queriendo asirnos, aprehender lo que se irá irremediamente si así lo han dispuesto ellos. Cambiará para las que se van a otro lado y cambiará para las que se quedan. Esto es parte de esta cárcel, tan parte de ella como las sanciones. Nos pasa que, al cabo de un tiempo, nuestra cuqueta se convierte en nuestra cama y las compañeras son, con todo lo que cada una trae consigo, parte de nuestra vida. Por eso las llevan así. Nos mutilan.

Cortan la amistad profunda que solo se produce en estas formas extremas de la vida, de acorralamiento, de sentido del precario valor de la humanidad, de la inerme condición del prisionero, que debe hacer de la hermandad con sus iguales la savia de su vitalidad, el sostén de su ánimo, y la preservación de sus valores. El enemigo lo sabe. Por eso intenta siempre destruirlo o envilecerlo. Periódicamente cambia una parte de cada sector. Procura siempre que todo lo que pueda contribuir a la naturalidad de las relaciones y hasta los más pequeños hábitos, sea sujeto de una ruptura permanente. Cambia las caras, las voces, los temperamentos, como un juego perverso. Estudia las combinaciones, conoce los efectos y prueba el bloqueo, apuesta a la división y al desgarró. El traslado es un despojo porque la condición humana incorpora simultáneamente al ser vivo y los objetos de su entorno, y a su vez los invade con su propia naturaleza. Con todos ellos construye su identidad.

Este mate, ese rostro, esta mesa, ese carácter, esta cama, aquellas conversaciones, toda esa mezcla precisa estructura la naturalidad sin la cual la vida no puede desenvolverse y le da base a los sentimientos, a la seguridad, al ánimo. No solo se pierde este equilibrio bruscamente y quedan los sentimientos malheridos. Debe además abordarse el penoso proceso de empezar una vez más -¿cada dos meses, cada tres?- hasta ponerse nuevamente de pie y recomponer el paso.

A medida que las compañeras van saliendo del sector, cuando casi queda la mitad afuera, nos queda clara la jugada. Lo que pasa es peor que otras veces. Se han llevado a todas las compañeras no comunistas. No salió del sector ninguna comunista. Corte de cirujano. Es un golpe más duro que el habitual.

Claro que es fácil concluir que también significa reconocer el fracaso de la mayor apuesta de la división, del trabajo más refinado de la diaria cizaña. Puede pensarse que creyeron que la mezcla de los diversos movimientos políticos generaría indefectiblemente la mutua destrucción. Es evidente que comprobaron lo contrario. Quién podría diferenciar -en

actitudes, en formas de vida- a unas de otras. Bajo la presión metálica de las esposas de los primeros tiempos, cambiadas ahora por duros reglamentos y el cincelado perfil de la cotidianeidad intervenida, la mano se apretaba en un puño fuerte y certero.

Cuando salió la última, un terrible silencio nos aplastaba. Algunas se sentaron en las cuchetas, como cansadas. Empezamos a hablar, analizando cómo haríamos para recomponer aquello. Algo había cambiado definitivamente, lo sentíamos con claridad. Había que encontrar las puntas sueltas, pensar los nuevos puentes, buscar los caminos que siempre pueden encontrarse para unir a las que son lo mismo.

Todas teníamos un nudo en la garganta.

Ana está mal, muy mal. Camina con el cuerpo envarado, la mirada fija y vacía hacia delante. Contesta apenas con monosílabos. Discurre en largas disquisiciones donde mezcla todo, su pasado y la vida en el penal. Nombra por igual a las compañeras que a familiares muertos, como si todos habitaran en su cotidiano. Pasa largas horas sentada en su cucheta, totalmente inmóvil, la mirada perdida en espacios insondables. No solo parece ajena a su entorno, parece ajena al mundo. A veces tiene períodos de lucidez. Entonces habla mucho de su familia, de su padre muerto, de su soledad. Hay un dolor punzante que mezcla su presente con un drama familiar revivido por vaya a saber qué mecanismo trágico. Entonces habla y llora mucho. Nos turnamos para acompañarla, estar a su lado todo el tiempo, vigilar hasta su sueño. Esto es una pendiente, demasiado bien se sabe cómo terminará. Además se trata de lo que pueden hacer los milicos con ella.

Otros cambios se fueron dando desde que está mal Ana. Aunque no tengan que estar junto a ella, los ojos se vuelven a cada instante hacia su rincón. Es horrible intuir la profundidad de su dolor y de su angustia tras esa imagen estatuaria, de cuerpo rígido y ojos ausentes. ¿Quién puede cantar, hacer cuentos alegres, amenizar la tarde? Todo se ha vuelto tenso, como si estuviera a punto de estallar, i lay una vigilancia silenciosa y dura. Se teme lo de adentro y se teme lo de afuera. Se espera, no se sabe bien que. Se presume no estar suficientemente alerta. ¿Cuánto tiempo tardarán en descubrir que Ana está mal y aplicar su infalible sistema de convertir una crisis individual en una neurosis colectiva?

Hoy en el recreo, la milica la observaba, sobretodo porque la compañera que estaba con Ana le hablaba, tratando de disimular la situación y ella no respondía. Caminaba simplemente adelantando una pierna y otra, como sonámbula. Los brazos a lo largo del cuerpo se trasladan en bloque. Y los ojos, siempre esos ojos fijos, los labios se cierran en un gesto que no tiene inflexiones, que le da al rostro una imagen de careta. Da la impresión de que si uno va a tocarla, la cara tendrá el frío de los muertos.

De noche también se vigila. Puede levantarse y hacer algo en el baño, donde hay vidrios y superficies cortantes. A veces duerme toda la noche y se despierta gritando y llorando. La milica entra enseguida pero sale apenas encuentra a la compañera de al lado que la despierta, se sienta en su cucheta, le habla, la consuela como a una niña. No tenemos más antídoto que la ternura. A veces resulta, pero solo a veces. Hablar mucho, intentar doblegarle la angustia. Otras veces las palabras no llegan siquiera a los oídos. Resbalan por una cáscara dura que parece tener espinas en su interior, donde la piel se debate entre heridas. La milica sale enseguida. Nada más normal en esta cárcel que una pesadilla.

Pero al día siguiente, en el cambio de guardia, entró la Pepe, a la que no se le escapa nada. La Pepe es una milica inteligente. La llamamos así porque parece un muchacho. Ella no nos grita, no nos maltrata, casi no nos habla. Pero siempre sabe lo que pasa. Vio a Ana semisentada en la cucheta, con los ojos apuntando al vacío. La Pepe se detuvo y la miró. Luego la llamó. Ana no movió pestaña. Luego se paró frente a ella y le dijo fuerte que se pusiera de pie. Ana estaba como muerta con sus grandes ojos abiertos. Ni siquiera se movió cuando la milica volvió a repetir su número y ordenarle que se pusiera de pie, casi gritándoselo a su lado. La Pepe siguió observándola y salió sin decir palabra. Ahí empezaron a vigilarla. A cada rato entraba una milica y recorría el sector, mirando de soslayo hacia el rincón donde estaba Ana. Demasiado bien sabíamos qué harían. Estarían

así días y días, la llamarían a trabajos, la celarían adentro y afuera. De paso lo harían con nosotras, pulsando la tensión creciente, los silencios infinitos, el sueño sobresaltado de todas, la vigilia, las promovedoras de la vigilia, hasta advertir los signos de la extenuación. Y luego la llamará el médico, le dará unas pastillas que la harán dormir todo el día, o estar sin sueño noche y día y nosotras alerta. O le darán otras pastillas que la harán llorar todo el día, noche y día, noche y día, y nosotras alerta. Gula tanto el Dr. Marabotto la llamaba a su consultorio y ella allí con sus fugas y sus oscuridades, en largas sesiones.

¿Qué le diría? Nosotras alerta, sin saber, esperando su vuelta, leyendo sus gestos. Es inútil hablarle o preguntarle. Solo alerta, solo nuestra ternura. A su lado noche y día, tironeándola desde el borde del precipicio. Hasta que al cabo de un mes o varios meses, cuando ya podría sentirse el rumor que precede al estallido, la vendrían a buscar y la llevarían al hospital. Allí la vería un siquiatra de verdad. Pero un siquiatra de la verdad de la cárcel, que obedece órdenes de un capitán o un coronel, que tal vez le diga al siquiatra esta pichi es más o menos maldita, más o menos peligrosa, hizo esto y aquello y vaya a saber qué otras cosas le diga. Porque el capitán no sabe nada de medicina ni el coronel tampoco, aunque en todos los casos poseen la última palabra. Son los que determinan la graduación del diagnóstico y confirman o descartan o recortan el tratamiento. O tal vez instituyan uno para que lo aplique el siquiatra. Al cabo de dos meses de agonía Ana se va. Temprano una milica le dice que se prepare para ir al hospital y la lleva. Ana y su bolsa. Le damos un beso. Ella va en silencio, con su soledad y la milica.

Vuelve al cabo de un mes. Entra al sector, nos mira a todas, busca su cucheta, se sienta en ella como fatigada. Ante las preguntas, solo responde.

-Bien. Me fue bien. Gracias.

Se apoya en la pared y se queda semisentada, los ojos grandes, proyectando siempre su ausencia hacia delante, vacíos.

-Rosario, ¡despertate!, ¡estás sonando!

-...mierda...

-Sentate. Así te despertás del todo.

-... ¿es que nunca me voy a olvidar? Siempre lo mismo, siempre lo mismo. Como una película, siempre lo mismo.

-¿Por qué no hablas?, capaz que te ayuda.

-Pero las demás duermen. Podemos despertarlas.

-No. Hablamos despacito. Contame que te va a hacer bien.

(se han olvidado que hace rato que estoy aquí parada malditos tengo la boca tan seca que casi no puedo abrirla es inútil pedir agua inútil inútil malditos y no me puedo sacar de la cabeza un vaso de agua fresca transparente y la idea que en cualquier momento me puedo zambullir en uno de esos colchones o en una manta o en el suelo helado pero horizontal desparramar mi peso sobre el piso que deseo doloroso si pudiera me bebería ese charco de agua sucia que dejó el compañero que se llevaron anoche no se sabe dónde el agua no está demasiado sucia brilla desde aquí cómo sabrá malditos uno se acerca y me susurra casi al oído con voz cómplice estás cansada y yo como una imbécil le digo que sí y no he terminado de decirlo y d dice toma y me pateo una y otra pierna hasta abrirlas mas que casi me caigo pero al menos desde aquí puedo inclinar la cabeza y ver lo que pasa mi propio buzo anudado a la cabeza ha dejado un resquicio que con la cabeza hacia un lado me deja ver a los compañeros todos desnudos hombres y mujeres bajo la luz cegadora inmóviles y con sus piernas abiertas y las capuchas de todos los colores y todas las telas que olor insoportable hay aquí adentro a vómito a sangre a sudor no puedo distinguir a los compañeros tiesos frente a sus muros esperando su turno cumpliendo su rito de plantón cerca de mí está leonor que gime todo el día del dolor atroz de su cabeza tendida en su colchón de trapos ahora llora todo el tiempo la colgaron de su propio pelo yo la oí gritar cuando le asían su pelo negro y espeso y se lo ataban a la cuerda oscilante del techo y allí la dejaron y a cada rato venían a mirarla y a acosarla divertidos con el invento y le agregaban sus ponchos de campaña uno y otro pleno enero y ella colgada allí bajo varias capas de poncho de paño para que pesara más y las horas fueron pasando yo la veía y la oía gritar tan cerca y tan infinitamente lejos y a veces se desmayaba no sé cuánto tiempo estuvo cuando la bajaron quedó una mata de sus rulos enredados en la cuerda y la arrastraron y en el camino quedaba un rastro de pelo negro ahí vienen oigo sus botas que suben es el cambio de guardia o sea es la hora de los oficiales en cualquier momento llegan y oigo la voz de ese que agarra la manguera y recorre la fila de nuestros cuerpos en cruz sobre el muro y después que estamos empapados algunos se caen no soportan la fuerza del agua y se desploman y es peor porque lo levantan a culatazos o la levantan hombres o mujeres da lo mismo y allá en la punta sobre el colchón está luz desde aquí la veo temblar de fiebre la tuvieron tantos días tantos que el filo del caballete le abrió la piel como si fuera una tela vieja su entrepierna de veinte años abierta como un canal lleno ahora de pus y sangre y mugre y luego la dejaron allí sin darle nada ella pide y pide se debe lavar apenas con el agua de la canilla pero apenas si camina la llevan casi a rastras y el agua solo debe aliviarle un

rato habría que decir que suerte tener veinte años y ser capaz de vencer la infección y sobrevivir a todo y ella habrá pensado que desgracia tener veinte años y ser capaz de vencer la infección y sobrevivir a todo ahí llegan a quien le tocará hoy quien estará destinado al traspase del oficial de guardia ahora estarán un rato largo cambiando la guardia y susurrándose entre sí dejándose las órdenes a éste parado todo el tiempo a la vieja aquella sentada cinco minutos cada dos horas a ésta me la vigilas bien que está de viva cuando pasan frente a tota la mamá de silvia estoy segura que es ella oí su voz perfecto es lidia diaz el oficial dijo ojo con esta mujer que aguanta cualquier cosa no le saqués el ojo de encima tiene que estar así día y noche ahora oigo a ese compañero que debe ser mayor por la voz quien será que se sienta en el colchón y se pone a doblarlo con total desparpajo y dice en voz alta que se va que le dijeron que apronte las valijas y los milicos lo rodean y le preguntan y se ríen a veces y él les dice compañeros y otros no se ríen porque dicen que se hace el loco y con la manguera lo empapan y él se retuerce cuando le pasan el chorro de agua por la cara y entre las piernas y después traen el cable y ahí sí se ríen agarrándole los brazos y las piernas y pasando el cable por su cuerpo dibujando arcos en el aire y ya los oigo acercarse vienen hacia nuestro rincón a quién vienen a buscar quién será el primero se acercan quién malditos quién se acercan se acercan no puedo mirar ya solo oír sus pasos y seguir su trayectoria y aprieto bien los ojos hasta que siento dos pares de manos que me atentan los brazos vos vení la voz gruesa grave inconfundible de alen castro tengo tanto miedo que las piernas no me sostienen le dicen la momia tengo tanto miedo que una lámina blanca me llena el pensamiento el tiempo se hace espeso y es como si mi cuerpo ya no fuera el mío y ellos me llevan casi arrastrándome escaleras arriba y los ruidos van atronando el aire y los últimos escalones casi los sobrevuelo y llego al piso húmedo y a la luz cegadora y oigo también el ruido del agua y algo que chapotea en ella entre estertores y los mismos brazos me colocan sobre un muro y me sostienen como si fuera un cuadro y cuando estoy así crucificada llega el primer puñetazo)

La semana entrante empezamos en la cocina. La coordinadora trajo la lista el domingo. Antes de acostarnos dejamos prontos los uniformes, las botas, los guantes, el ánimo. Recrudece el humor negro ante la perspectiva. Se vienen quince días de trabajo en la cocina hacia donde vamos de mañana y de tarde. Para las elegidas se suspenden los estudios, el curso de lógica matemática que nos da Gladys y tanto nos apasiona, las clases de historia natural para Silvia que quiere terminar el liceo cuando salga, las mañanas de historia con Marta, absortas, gozosas, con tanta magia que nos hacen sentir libres. No hay recreos. El descanso es a mediodía cuando se viene a almorzar y en la noche cuando se llega para cenar y caer pesadamente en la cucheta hasta el otro día, en un sueño profundo y poblado de reminiscencias hogareñas.

Cuando el grupo parte hacia la cocina lo hace con una despedida inevitable. Sale del edificio, bordea la barraca, donde hacen entrar a las caminantes tempraneras para que no nos vean y enfila hacia la cocina. Desde lejos se divisa al cocinero en la puerta, gordo y tranquilo, charlando con el carnicero. Cuando desfilamos frente suyo, nos mira apenas y sigue hablando. Nuestra guardia queda en la puerta y las milicas nos conducen hacia adentro.

En las enormes hornallas están las ollas de agua hirviendo para la sopa. La leche del desayuno ya hizo nata. La olla pequeña donde humea el café de malta del desayuno es del tamaño de una olla grande de cocina de una casa. Las demás pueden tener hasta medio metro de diámetro y hasta un metro de alto. En invierno el calor de la cocina sirve para

contrastar agradablemente con el frío del campo. Pero en verano el calor es asfixiante, sobretodo cuando la mañana avanza y se requieren todos los fuegos prendidos.

Atravesamos el cuarto de cocina y pasamos al de los largos fogones, todo blanco por las baldosas que lo tapizan. En el medio, las mesadas donde se volcaron bolsas enteras de papas, zanahoria, cebollas. Con gran parsimonia el cocinero da las instrucciones. Esto se pela, esto se corta, aquí lavan, aquí barren. El dirige toda la operación, nosotras trabajamos. Solo llena las ollas y las moviliza sobre la inmensa cocina. Esta comida alimenta a casi todo el penal, a las presas, los soldados de la guardia externa y la guardia interna femenina y masculina. Solo los oficiales no comen de allí. Tienen su cocina exclusiva, a la que destinan los productos de nuestro trabajo en la quinta, los tomates que nos hacen cuidar con tanto esmero, las zanahorias, las frutillas, la verdura verde. Todo lo que jamás llega a nuestra boca, aunque puedan terminar pudriéndose en la tierra. Los oficiales son pocos y la tierra de la quinta es buena.

La milica divide en grupos y asigna tareas. Unas limpian los tachos del desayuno. Otras pelan la verdura. Otras hacen el régimen de los enfermos, que en general es arroz y huevo o arroz y costilla, rigurosamente controlados en su cantidad. La dieta general nunca tiene huevos y la carne es la de los huesos de la sopa o la del guiso, desproporcionadamente pequeña para el volumen de lo que alimenta. El cocinero da órdenes breves. El carnicero reparte la carne conservada en enormes heladeras. Tiene sus mesadas y su sierra. Uno de los trabajos es limpiarla cada tanto. Las milicas recorren la cocina buscando qué córner y tal vez alguna se entretiene con los guardias mientras la jornada empieza para nosotras en su parte más liviana.

Sobre el mediodía el tiempo apremia. Se trabaja a reglamento y el cocinero va y viene controlando nuestros ritmos. Nos hace llevar las bandejas con la verdura preparada. De vez en cuando mira al grupo que en un rincón prepara los regímenes especiales. Cuenta los huevos por si falta alguno. De paso le murmura algo a la milica, que la hace reír o seguirlo. Los regímenes especiales son los de la gente enferma y los platos para las compañeras que están en calabozo. Entonces nuestra operación secreta es aumentar la dieta dentro de lo que está disponible. Podemos esconder una zanahoria cruda donde solo va arroz. O agregarle una porción de carne a los fideos. Si hay mucha leche se prepara crema. Ponen a una de nosotras para que revuelva continuamente la inmensa olla. Cuando llegamos ya está quemada. La cuchara solo remueve la leche hecha cáscara en el fondo y el gusto impregna todo. Entre el agua con que estiran la leche y el gusto a quemado no queda ni el recuerdo de la crema.

Cuando es mediodía nos agrupan rápidamente para volver al sector. La guardia afuera está preparando los bebotes que llevarán la comida a los soldados, después a las soldados y en último lugar, a las presas. Los bebotes son pocos y cuando se acaban, los tallarines se transportan en las mismas bandejas de aluminio que usamos para pelar la verdura. Mientras llegan a las bocas de las compañeras, están helados.

Almorzamos en el sector, descansamos un poco y regresamos a la cocina. El sol entibia la espalda. A esa hora da tanta pereza volver a retomar el trabajo. De mañana el ánimo es mejor pero a primera hora de la tarde cuesta cada paso que damos.

En la cocina los grandes tachos se apilan desde la puerta. Restos de comida por todas partes. La sopa se ha derramado en el piso y hay que esquivarla para no resbalar.

La milica nos distribuye para la limpieza. El trabajo de la tarde es limpieza fundamentalmente. La cena es simple. Todos los días se hace un ensopado con poca carne y algunas verduras. Nos distribuyen. Unas lavarán las piezas grandes, ollas, bebetes, fuentes, fuera de la cocina, a la intemperie. Otro grupo fregará la cocina y los fogones de alrededor. Otras lo harán con las mesadas donde se limpia la verdura. Los recipientes que llevaron los regímenes especiales son lo único limpio porque los sectores los devuelven lavados.

En una pileta se arrojan los que proceden del calabozo, están sucios y tienen restos de comida. A veces exageramos en las cantidades que servimos y las compañeras no pueden terminarla. A veces no tienen apetito.

La limpieza de los tachos es el trabajo más pesado. Con suerte logramos que el cocinero los traslade hasta la pileta donde se lavan. Luego vendrá la inmisericorde tarea de quitarle los restos de comida pegados y quemados en el fondo. Este trabajo sí que se hace a conciencia, por grande que sea el esfuerzo que demande. ¿A quién se le ocurriría dejar sucios los tachos donde se hace la comida de las compañeras? A media tarde, cuando la última bandeja y la más pequeña olla brilla sobre la cocina, la espalda duele mucho de tensarla una y otra vez. El cuerpo se siente como apaleado.

Este trabajo tiene sentido y eso nos ha unido. Lo hacemos lento, a veces cerrando oídos a la gritería de la milica. Pero lo hacemos bien.

Si es verano, el calor de la siesta y los vapores del agua hirviendo hacen más cuesta arriba la tarea. Cada tacho limpio que se coloca sobre la cocina es un obstáculo que se sortea en una carrera difícil de correr. Aliviamos la tarea haciéndolo entre dos hasta que no queda ninguno.

Los trabajos que restan del día nos parecen juegos de niños por contraste. Nos distribuyen alrededor de una mesa y> sentadas, pelamos las verduras para el guiso. Tranquilas ya, podemos conversar entre nosotras. Tal vez comer alguna zanahoria fresca que ni por equivocación se encuentra en la dieta. Nuestras historias discurren entonces vagabundas y graves, en murmullos prolongados. Solo se apagan cuando la voz de la milica anuncia el fin de la jornada, llegando ya las últimas luces del día. Cuando volvemos es de noche. Antes que aclare un nuevo día estaremos de vuelta.

El trabajo de cocina dura quince días. Los sectores se van turnando para hacerlo. Nos toca cada dos meses, o más. Mañana y tarde, el mismo grupo va y viene. Se trabaja en la cocina y se duerme. Es todo. Sustituyen solo los domingos si coincide con la visita. De lo contrario, las caras son siempre las mismas. El sueño nocturno no llega a reparar el cansancio, que se concentra en los brazos, en las piernas, en la espalda. Al cabo de algunos días parecemos autómatas subiendo el repecho del camino.

El uniforme siempre es el mismo. El tiempo no da para lavarlo. Lo peor es el olor que tiene, el fuerte olor a cocina que impregna el uniforme y la ropa debajo. Hay que reservar ropa vieja exclusivamente para trabajar allí. Lavarnos solo los delantales de cocina, que son de tela y de uso exclusivo para ese lugar. Al final del día quedan colgados sobre los hornos tibios, como grandes marionetas fantasmales.

Se nos permite tomar leche y a discreción. Comemos poco porque el cansancio quita el hambre pero tomamos mucha leche. Al final de los quince días hemos perdido irremediablemente algunos kilos. Las manos están rugosas y ásperas, las uñas debilitadas del hipoclorito y el agua caliente.

Estamos más afuera del mundo que el resto. No compartimos nada de lo que viven las que quedaron en el sector. Intercambiamos cuentos y algún mate nocturno mientras aguardamos los ritos finales del día para meternos en la cama y dormir.

El último día llevamos uniforme y botas a la ducha. Algunas compañeras se bañan con el uniforme puesto para ubicar las manchas y eliminarlas de a una. Otras lo cepillan sobre el piso. También las botas. Hay que lavar todo primero y al final nosotras, frotándonos mucho el pelo para sacar los olores. Estamos exhaustas pero sentirnos limpias y olorosas nos parece milagroso.

Lydia termina de vestirse sobre la cucheta. El pelo está húmedo y desordenado. La ropa puesta sin acomodar. Se abrocha los championes con sus gestos nerviosos. Es tan lamentable su aspecto y tan invariable su buen humor que todas le hacen bromas.

-Estás para un concurso de belleza. Pareces la Carolina de Mónaco.

-Ja! Quisiera ver a la Carolina después de quince días de tachos.

La puerta del sector se abre con furia. Entra un oficial de la guardia externa. Lo sigue el oficial encargado de reclusas que nos mira desde allí con aire astuto.

-¡Todas de pie frente a sus cuchetas!

Camina hacia el centro del sector. Murmura algo al oído de la coordinadora que sale. Regresa enseguida con varios soldados. El oficial alza su voz engolada.

-Debo comunicarles que se ha extraviado un cuchillo de la cocina. Siendo que ustedes fueron las últimas en estar ahí, estamos investigando dónde está el cuchillo y por qué desapareció. ¿Alguien tiene algo que declarar?

La mirada se vuelve arrogante. Es obvio que se siente un rey.

-Si nadie tiene nada que decir, les advierto que haremos todo lo necesario para ubicar el cuchillo.

Empieza a caminar, recorriendo la fila de cuchetas y mirando agudamente a cada compañera. Cuando termina la fila, se vuelve en gesto teatral.

-Soldados, ¡busquen!

Comienza la requisa. Sacan la ropa de las camas, vacían los casilleros, separando cada una de las ropas, revisan y devuelven las cosas a su lugar. Pero hay quien las tira en el piso o las revuelve apenas, quedándose con los cuadernos o libros que encuentra. Cada una en su estilo.

El oficial se dirige a lo que es nuestra cocina. En un rincón hay un armario precario hecho con tablones. En él se encuentra nuestra vajilla y nuestros comestibles, la fruta en grandes palanganas, los tarros de azúcar, de yerba, de café. Cuando saca de allí la cubiertera» visible a simple vista y la coloca sobre la mesa, la compañera más próxima no se contiene y le dice.

-Oficial, esos cubiertos son nuestros.

El la mira.

-¿Y usted cómo sabe que el que se perdió no está acá?

-Esos cubiertos son los nuestros.

-Sí, pero aquí puede estar el otro también, ¿no le parece?

-No, eso es imposible. Aquí están solo los nuestros.

-¿Y usted cómo lo sabe?

-Porque sé que nosotras no trajimos ningún cuchillo de ningún lado. Tenemos los nuestros.

El oficial se dirige hacia el grupo de soldados con el aire de quien va a ordenar ¡fuego!

-Soldado, venga usted aquí y revise todo esto. Pero, ¡todo!, ¿me oyó?, ¡dije todo!

La requisita continúa en silencio. El oficial recorre de nuevo el sector y controla cada procedimiento. Cuando todo está dado vuelta, sale. La coordinadora que va tras él regresa y ordena a los soldados que se retiren. La 'puerta del sector se cierra.

Es de noche. Las luces se prenden. Estamos tan dormidas que no entendemos que pasa. No puede ser la hora de levantarnos. Está todo oscuro afuera.

Las puertas se abren y entra el oficial de nuevo con su comitiva.

-Como ustedes no aportan ningún dato sobre el cuchillo perdido y no ha sido encontrado aún, tenemos la certeza de que está aquí escondido. De manera que vístanse y formen aquí adelante, ¡todas!

Sale y las milicas de la guardia entran, vigilando a desgano cómo nos ponemos los uniformes sobre los pijamas. El oficial vuelve a entrar. Inicia la inspección dando órdenes a las milicas para que nos revisen la ropa.

Algunas compañeras se quedan paradas frente a las cuchetas. Entre el sueño y el desconcierto nos preguntamos qué diablo está pasando. Nunca habían hecho esto aquí. ¿Se vendrá una dura? ¿Será un capricho ocioso del oficial?

Ayer requisaron muchas cosas, casi todos los cuadernos. No quedó ni uno de matemáticas ni de historia, hasta uno de recetas de tejidos llevaron. También desaparecieron algunas manualidades, sobre todo collares, anillos y pulseras, de las que se hacen con hueso y cuero. Prendas femeninas requisadas por las femeninas. ¿Contra qué seguridad estarán atentando?

La revisión es silenciosa y más violenta que en la mañana. Algunas compañeras se sienten mal y piden para acostarse. Se lo niegan. Solo les permiten sentarse en las cuchetas.

Entran y salen muchas veces. Se murmuran entre ellos. Al cabo de una hora salen todos, dando la orden de acostarse.

Al día siguiente entra la coordinadora después de la formación de bandera.

-Las que voy a nombrar se preparan para ir a la cocina. Van a ir a buscar el cuchillo. 200,900, 533, ¡prepárense para salir!

Comienzan las especulaciones. Se oye todo tipo de interpretaciones. Lo único seguro es que se trata de una modalidad nueva. Pero no está claro qué buscan, qué quieren lograr. Hasta dónde llevarán esto. Entra la soldado con tolete y nos lleva hacia la cocina, la bordea y se detiene cuando llega a las piletas traseras. Es apenas el alba. El cocinero nos mira pasar sin que se le mueva un pelo. No está sorprendido. Claro que esto no significa nada. Todo parece resbalarle. Junto a las piletas, sobre una tarima de cemento, están los basureros.

-Revisen, busquen, yo que sé.

Silvia se tiente de risa. Por suerte tuvimos la previsión de traer guantes. Con la pala empezamos a sacar la basura de los tachos. Esto sí que va lento, casi sin movimiento. Es buscar lo que no existe. Es buscar con la certeza de que no se encontrará nada. No tardamos mucho en interrumpir aquello. Una soldado llega y se dirige a la que nos vigila.

-Llévalas de nuevo al sector.

Nos miramos. Emprendemos la vuelta. Cuando llegamos nos enteramos que nada ha pasado en la celda. Nadie vuelve a mencionar el hecho y la normalidad retorna tan bruscamente como se rompiera. Sin una palabra.

Querida Lucía:

Vengo recién del velorio de tu padre. No sé si te dijeron o no. Cuando esta carta te llegue ya habremos tenido visita y lo sabrás por mi personalmente.. Fue inútil todo el intento de hacer que vinieras. Te aseguro que probamos en todas las medidas de nuestras posibilidades. Quiero decirte que a pesar de que no estabas, estuviste presente. Todos tus amigos, incluso los que dejamos de ver hace años, vinieron a saludarnos. No te puedo decir cuánta gente había en ese velorio, cuántas flores. Todavía hay un ramo de rosas rojas que no supimos quién lo mandó, con una tarjeta muy cálida, que te mencionaba con gran cariño. Todos estos momentos fueron pasados como un sueño. Lo difícil fue el regreso, volver a la casa, ordenar las cosas de tu padre y sentir su vacío por todos los rincones. Tu madre llora a cada rato pero tus hermanas la llevan a un lado y a otro y se distrae. Pobre viejo. Pasó dos o tres días inconsciente y en su delirio te llamaba, te rezongaba a veces, y también mezclaba tu nombre al de su madre. No tuvo casi dolor. Y no se dio cuenta que se moría. Todo fue tan de repente, además que nadie podía pensar en ese desenlace. Tu madre guardó todos los papeles, los exámenes que le hicieron, los telegramas, las tarjetas de las flores, todo para cuando salgas. Pobre vieja. Mire si vas aponerte a ver esas cosas cuando salgas. Pero ella dice que va a devolverte lo que perdiste. Después se arrepiente de decir semejante cosa y aclara: bueno, ella va a estar bien con sus compañeras, que son tan buenas. Pero será muy duro para ella verte de nuevo y no poder abrazarte después de todo esto. No va a ir enseguida, eso ya lo acordamos. Por vos y por ella. Sé que cuando te vea va a revivir todo de nuevo. Espero que tú, que sos fuerte, la tranquilices y le des ánimo, como haces siempre. Un abrazo infinito y todo el amor.

Manuel

Hoy es domingo. Son días distintos en el sector y en el ánimo de las compañeras. No hay trabajos, salvo que estemos en cocina. Hoy es día de visitas. Qué importa que no sea el de mi visita. Igual, el aire de la calle entra. No hay resquicio donde no pueda identificarse su signo.

Las que la tienen a primera hora ya están prontas. Serán los contrastes pero nos gusta verlas con su uniforme lustroso, prolijamente planchado. Debajo emerge la camisa más linda, la más alegre disponible, que no tiene por qué ser propia, con su cuello desbordando el solitario y menudo triángulo que fuga del gris dominante. El pelo está impecablemente limpio y peinado. La cara maquillada parece otra.

La actividad del sector se centra en la puerta, que se abre y cierra tras las compañeras todo el tiempo. Unas salen, otras entran. La visita se realiza en el descanso donde está la guardia, muy próxima a la puerta del sector. Allí están las que reciben a sus familiares, paradas en fila y acodadas en la baranda, con las soldados de la guardia interna custodiándoles la espalda y los soldados de la guardia externa, con armas largas, apuntándoles desde atrás de la visita. En el sector no se escucha más que el coro que llega del descanso, hablan fuerte, lanzan exclamaciones, a veces se ríen. Desde dentro, alguna pega la oreja a la puerta del sector para ver si escucha algo, lista para salir de allí si la puerta se abre.

Frente a la fila, un vidrio grueso completa una muralla transparente hasta el techo, infranqueable a los ruidos, que preserva celosamente el más mínimo contacto físico con los familiares. Ellos también se acodan sobre la baranda que existe del otro lado del vidrio. Los familiares de cada compañera deben hablar de a uno, los demás se arraciman alrededor del monitor. Los que no hablan ni escuchan esperan su turno y siguen la visita con los ojos. Lo bueno desde esta margen del locutorio es mirarlos a todos aunque no se escuchen ni nos escuchen. Pero, quién puede filtrar el idioma de los gestos. Hay palabras cuidadosamente dichas con ojos, con cejas, con labios que agregan más de lo que las voces emiten. Hay cuatro o cinco visitas simultáneas. Cada una se concentra y vive sus treinta minutos quincenales de familia. Es como un relámpago. Intenso y breve. Después se mastica cada detalle, cada palabra, cada noticia. También para ellos es fugaz. Deben irse siempre con una sonrisa. Esa es nuestra meta, nos digan lo que nos digan. Esa imagen efímera que damos es la que permanece. Así nos recuerdan siempre, aunque esos minutos sean una minúscula parte de la vida. Lo demás no pueden verlo, no hay tiempo ni palabras ni posibilidades de trasmitírselo.

Será después o nunca. La mayoría de lo que saben no se lo dijimos nosotras aquí. Para el enemigo son una forma de retaguardia nuestra y les dan ese trato. Los odian. No tienen reparo en entorpecer en todo lo posible nuestra relación, trátese de madre, hijo, viejo, niño, enfermo, moribundo, nada. Están a nuestro lado y es suficiente.

Las visitas de la mañana se terminan y queda en el sector un aire de fiesta. Entre cuentos y comentarios se viene la hora del mediodía. Los ruidos del parlante que se ponen en funcionamiento la anuncian. Los mediodías del domingo tienen el privilegio de la música que seleccionan para los parlantes del celdario. Su repertorio no tiene demasiadas variaciones ni posibilidades de modificarlo. Pero es música, miel para nosotras.

Hoy no hubo ninguna mala noticia, por suerte, de esas que opacan el brillo del domingo. La música suena entonces tan reconfortante que son minutos para disfrutarlos a pleno, para sentirse fuera y lejos.

Se prepara la mesa para recibir el rancho. Se distribuye lo que queda de fruta. Por la tarde llegarán los paquetes y tendremos fruta fresca nuevamente.

La música se lanza al aire y el sector enmudece. Nos miramos sin poder salir del asombro. Algunas corren con sigilo a subirse a las cuchetas de arriba, próximas al parlante, como para comprobar que efectivamente es cierto que oímos lo que estamos oyendo.

No hay nada más bello

Que lo que nunca he tenido

Nada más amado

Que lo que perdí.

Qué clamor de la vida. Esa voz. Esas palabras. Es oírla y sentir de nuevo la caricia del viento de otoño en la rambla de Montevideo, las caminatas vagabundas por las calles nuestras, de baldosas rotas y vecinos asomando su hastío a los zaguanes o la errante soledad de dos atravesando los vahos de la siesta de verano. Cantaba entonces para nosotras y hoy nos canta. La memoria desenrosca sus espirales, las horas perdidas, las sensaciones vibrando, el vuelo sutil del sentimiento. Es el amor de cada una que tuvo en esta voz, su eco y su poesía.

Si alguna vez fui ave de paso

Lo olvidé para anidar en tus brazos.

Se vienen los tiempos de otros reposos, viejos ya, del reposo que llega con el amor colmado, con los brazos entrelazados todavía, apresando el desvanecido sueño del amante que vuelve y vuelve. Esa voz tiene todo el amor del mundo, porque estuvo allí, estuvo antes y después, estuvo siempre o alguna vez, amor estallando, amor aleteando, amor renaciendo, el amor se inventa cada vez, amor perdiéndose y atrapándose de nuevo, como una mariposa.

Si alguna vez fui bello y fui bueno

Fue enredado en tu cuello y tu seno.

Dulce y ardiente. Temblorosa y sedienta. Quién se resiste a conjurar los recuerdos que a galope de esa voz, loca montura, se vienen todos juntos. Magia del conjuro. Voz convocada porque también es la que se ama y la que responde. El silencio es un templo donde todas respiramos. Solo ella en el aire. Los sentidos, como un instrumento milenario, conocen todos los tonos y todas las notas. Música e instrumento se reconocen en las huellas comunes. Esa voz es también adolescencia, amistad, plenitud, descubrimiento, nuestros pasos, las ausencias. Es mesa, cuchara, pollera, libro querido, olor de casa, duraznos en enero.

Si alguna vez amé

Si algún día, después de amar, amé.

Recuerdo su foto recortada de una traspapelada revista vieja y colocada sobre el sucio muro de mi primera celda. Recuerdo las miradas torvas de los oficiales de ronda, con ganas de arrancarla, de prohibirla más de lo prohibido. Tal vez pensarían que al menos ahí no canta. Pero cantil. Dulzura de canto tras la sonrisa que canta. Canta para presas. Cantaba, también él preso sin prisión por ser hombre sin su tierra entonces, sin poder remover el aire de su patria con los poetas de su sangre, rescatados en su voz, erigidos en el pedestal de su ternura, vencedores del olvido para siempre. Qué será de él ahora.

Tus recuerdos son

Cada día más dulces.

La canción se termina. No nos atrevemos a las palabras. Es como si las nuestras rompieran el sortilegio de las tuyas, aún sonando y resonando en nuestros oídos, escuchadas tantas veces, una vez más, como un sueño, con todo junto, lo suyo y lo nuestro, todo junto, una vez más. Maravilla de su voz y de su vida, Joan Manuel, una vez más. No volvió a repetirse. Sepultureros de la luz.

Es una pequeña mujer que camina entre nuestras ternuras y sus recelos. Tiene más de sesenta años: solo por eso podría corresponderle raciones especiales de comida y atenciones. Las rechaza a todas con gravedad y gesto enérgico.

Nunca deben repetirle la orden de terminar el descanso y no hay día que olvide sus furtivos, por prohibidos, ejercicios de gimnasia diarios.

Tiene horarios de estudio y lo cumple rigurosamente, afirmando por ejemplo que debe estudiar historia nacional a fondo, como nunca pudo hacerlo. En las ruedas de mate se comparte la tarea colectiva de desanudar las telarañas de la mañana. La suya tiene, mezcladas al humor negro de las presas, al humor vivaz de algunas compañeras, sus historias de casi cinco décadas de combatiente. Rita revive su propia historia -como lo hacemos todas- pero reconstruye cada día, con su relato, la historia del partido, que es la de los hombres y mujeres que lo fueron haciendo tramo a tramo.

Cuando llegó al penal, siendo parte de las primeras comunistas que lo poblarían por años, conversó mucho, polemizó en ese tono ardiente y firme en que lo hace con nuestras zonas de duda o de desarraigo. Organizó la memoria colectiva, la inteligencia colectiva, el colectivo de todas las experiencias y todos los matices ideológicos. Unió, armonizó, colocó en su fragua de fuego el amor al ser humano y a la revolución para abrir boquetes de lucidez en las celdas.

Hay altos y espesos muros que separan la vida de las presas de su pueblo. Pero no hay acero del mundo que bloquee el pensamiento cuando se hace crítico, creador y libre, cuando se fortalece y madura, la convicción que desanda los caminos y se bate a muerte con sus asaltantes aparentes y reales, visibles y ocultos, viejos y nuevos. Acopio de paciencia y disciplina. Amor al camino trillado entre tantos. Certeza absoluta del futuro. Después el enemigo rompe. El enemigo siempre rompe nuestra vivienda. Siempre apuesta a que no seremos capaces de construir la próxima y sucumbiremos.

Desde los calabozos, desde el hospital, desde el incontrolable predio del secadero de ropa, aparecen prendas en apariencia traspapeladas de una cuerda a la otra (cada sector tiene su cuerda, peligrosamente paralelas, complicidad de las grandes sábanas para atar nudos desanudados). Son para Rita. Ella recibe pruebas de afecto y reconocimiento. Pueden pasar varios meses o algunos años pero sigue oyendo los ecos de su voz y su coraje.

Dicen que en la tortura le golpearon tanto los dedos de sus manos pequeñas y tibias, culpables de escribir por años ideologías delincuentes, que meses después no podía vestirse ni sostener el peso de un pañuelo. Pero no les concedió el alivio de un dato de su boca. Dicen que les costó asimilar su silencio.

Dicen que en la guerra del trabajo ella debía cumplir rigurosamente la larga jornada de faena dura en el campo hasta que su corazón cansado, victorioso de las batallas de los años y la lucha sin tregua, se estremeció de repente y lanzó un alarido. Ante la posibilidad de la muerte, el enemigo tembló. Tembló de odio y de miedo.

Rita Ibarburu nos enseña canciones y las canta con voz persuasiva.

Quién puede olvidar en la cárcel a quien disuelve sombras con la luz transparente de una canción. No una canción cualquiera.

Las que se cantaron para olvidar el frío o el miedo o el hambre. Hoy las cantamos para invocar sus resplandores. Sueñan soñando. Tienen la alegría del sol y la espesura del bosque.

Rita y sus canciones son una misma cosa.

Lucía:

Tenía que escribirte. Después de la visita me quedé con la sensación de que muchas cosas habían sido entreveradas. Al menos que todo quede diáfano y claro. Cuando estés leyendo esta carta, ya no estaré en el país. Tú tenés que comprender que esto era casi inevitable. No tenía trabajo ni perspectiva de conseguirlo. No se puede vivir infinitamente así. Claro que la familia ayudó y mucho. Pero soy un hombre. No puedo vivir años dependiendo de su ayuda. Menos puedo asentar la vida sobre la base de que una parte me la resuelven otros, a los que no les sobra por cierto. También sabes que no me iría si no tuviera la certeza absoluta de que vas a tener todo lo que necesitas, que no te faltará tu paquete ni tu visita. En segundo lugar está lo de Nancy. Te lo repito, Lucía. Este es el orden. No podía irme con ella, retomar una vida a su lado, sin decírtelo, sin ser absolutamente franco contigo. En primer término, porque no anula nada de los largos y hermosos años que compartimos tú y yo. Todo eso fue y tiene un lugar indeleble en mi corazón. ¿Qué nos pasó? No sé. No hay una explicación racional de estas cosas. Es tu ausencia, es la contrariedad de una adversidad tras otra. Yo siento soledad aunque sé que no estoy solo. Es la vida sin darle demasiada vuelta. Hoy siento que a Nancy la quiero, que la quiero como mujer, no como la quise siempre. Por eso me voy con ella. Es muy duro todo esto. Muy duro. Sé que para ti más. Pero ya que lo nuestro se termina no quiero dejar en tus manos una mentira. Ninguno de los dos nos merecemos eso. Prefiero, sin dudarlo, este dolor que te dejo y lo difícil que me resulta hacerlo así. Pero te lo debo. Gracias por toda la felicidad que me has dado. Gracias por no pedir que me quedara. No sé que hubiera hecho si me lo pidieras. Adiós.

Manuel

El sector está impecablemente limpio. Las cuchetas en orden. Ninguna manualidad por ningún lado. En el medio, una mesa larga puesta de fiesta, con flores de papel, bandejas de frutas, paneras con sus prolijos manteles listas para recibir las rodajas de pan. Hay un postre, de lo que las gurisas hacen más con fantasía que con arte.

Hoy termina el año. Ha sido un año de encuentros, hasta con un lenguaje común que había quedado traspapelado en los últimos días de libertad, entre fugas y miedos y el borrón pardo de la caída. Después, lo que vino después.

Leímos, estudiamos, recordamos. Algunas compañeras han encontrado el sentido de la vida aquí. Comprendieron, después de años, las verdaderas razones de su dolor.

En un penal donde varias veces se lloró la muerte. Vida de presas. Muerte de presas. Claro que aquí se vive en un mundo propio, pero ligado por infinitos lazos a las raíces que hoy nos sostienen sobre este presente. La realidad desborda por todas partes. Pero la razón y los sentimientos estructuran la voluntad de proyectarse más allá. Tiene la legitimidad de la sobrevivencia. Su fuerza es centrífuga por imperio de la naturaleza y tantea, aún a ciegas, la tierra firme que la circunda. Llega allí porque tiene la fuerza del acero. Pero lo hace atravesando muros y muros y más muros. Muros de cemento y muros de miedo. Muros inaccesibles y muros humanos de uniformes todopoderosos tras sus fuegos. De manera que bien puede ser esto una burbuja azul de nuestro pueblo, alimentada de su propio oxígeno. Oscilante como vasos comunicantes que desplazan un mismo fluido, de adentro hacia fuera, desde afuera hacia adentro.

Cuando llega la tarde sacamos a relucir nuestras galas. No habrá visitas ni nada especial que, desde fuera de la reja, nos indique el día o le haga deferencias. Pero nosotras tenemos nuestros propios motivos de celebración. Y celebraremos.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Compartimos el sabor de la naranja exprimida. Cuando llega la cena y se sirve, apenas si interrumpe el enjambre de voces anudándose. Al caer la tarde empieza la guitarra. Pero la guitarra también toma su vaso de naranja dulce y se embriaga. La canción levanta su vuelo y nos lleva. El canto se hace desparejo y desmañado pero su voz se engruesa. Canción que nombra. Canción que besa. Canción que lucha. Canción que baila.

Solo una ventana ha podido permanecer abierta. Hemos elegido la precisa. Cuando la noche es completa y más contrasta el destello minúsculo de las estrellas en nuestro mirador, algunas compañeras suben a las cuchetas para estar alertas. Faltan pocas horas para que llegue un momento que hemos esperado todos estos días con gran ansiedad. El tiempo va pasando, navegando entre canciones viejísimas y nuevísimas. Inventadas todos los días pero saliendo de recodos antiguos de la memoria, del primer estremecimiento, de los miedos que traen las revelaciones deslumbrantes.

La guardia está tranquila por ahora. No entró ni una vez así que la vigilancia sobre nuestro mirador de estrellas no se interrumpió. El cielo va cambiando. La brisa descorre sus velos nocturnos. Aunque algunas compañeras están adormiladas, nadie tiene intención de dormirse. Esperamos. Ahora casi todas cantan. Cuántas, cuántas, cuántas canciones.

De pronto, desde la ventana, alguien da la voz de alerta.

-¡Ahí está! ¡Ahí está!

Procurando hacerlo en el mayor silencio para no llamar la atención de la guardia, nos subimos con rapidez a las cuchetas de arriba. Es tan pequeño el espacio de cielo que nos amontonamos para poder verlo. ¡Ya está! ¡Ya lo vemos todas!

Son las doce en punto del último día del año. Lo sabemos porque oímos, distante y apagado, el estallido de los cohetes y vemos las explosiones de luces en el cielo, uno y otro sobre el horizonte. ¿De dónde viene? ¿De qué barrio? ¿De qué calle son los signos de la gente que vemos desde aquí? Tal vez Camino Maldonado, tal vez más allá. ¿Cómo asegurarlo?

Al final aparece. Un trayecto vertiginoso y rojo cruza el cielo y estalla bien arriba, increíblemente alto. Queda una estrella roja suspendida en el cielo, en el medio de nuestra ventana abierta, tan estratégicamente ubicada que todas podemos verla, aún las que no pudieron treparse a las cuchetas.

Queda allí, quieta, rutilante, rojo encendido en la negrura del cielo. Sigue quedando por varios minutos, no sé cuántos, pero es tan larga, tan intensa su presencia que nos ha enmudecido. Mensaje estelar lanzado por mano humana y hermana. Recibido en nuestro mirador de asombro. Y lo vemos y lo seguimos viendo mientras dura, largo, largo, largo, escala prolongada de la esperanza, hasta que desciende sin morirse, sin querer irse, con un hilo de luz para bajar todavía y seguir viéndonos.

Las compañeras aplauden, gritan, ¿vieron? ¿vieron? Todos los años aparece. ¡Es para nosotras! ¡Es para nosotras! Nos saludamos. Mirtha me abraza varias veces y se le quiebra la voz con cada palabra. Me dice:

-¡Por Jorge! ¡Por León! ¡por todos!

Es tal el escándalo que la guardia acude y abre la puerta. ¿Qué pasa aquí? Si no se tranquilizan les apagamos la luz y se acabó todo ¿Quieren eso?

Vuelve la guitarra. Primero quedo. Pero la canción se desata.

Galopa, caballo cuatralbo,

Jinete del pueblo,

Que la tierra es tuya

A galopar

A galopar

Hasta enterrarlos en el mar.

Cantamos todas de nuevo, con voces cada vez más altas. Se ríe y se llora, al mismo tiempo. Y luego son las palmas que acompañan. Todas las manos palmean.

Galopa, jinete del pueblo,

Caballo cuatralbo

Caballo de espuma

A galopar

A galopar

Hasta enterrarlos en el mar.

Cantamos más alto cada vez. En un claro del canto, alguien alcanza a oír, desde el sector vecino, las voces de las compañeras que también cantan. Un minuto de silencio. Oigamos. ¡Sí, son ellas! Están cantando lo mismo que nosotras. No solo nos oyen. Están tras los muros y nos responden. Por los vasos comunicantes fluye y refluye sangre temblorosa de alarma y de canto. Desde la roja estrella lanzada en un barrio como el tuyo y el mío, donde viven y nos piensan los nuestros que pensamos, nos horada su luz, nos traspasa su fuego, nos toca la carne sombría una vibración hecha canto. Entonces la canción sube y destella.

Atraviesa como flecha viva las rejas y los muros y llega a todos los oídos de todas las celdas y vuelve con su voz compañera. Ahueca el aire su palabra, su aliento estremecido y jubiloso, de ser, de estar. Nudo cerrado de nervio y memoria. Vuelo azul de la esperanza, del sueño, de las certezas, del amor, de la vida.

Nadie, nadie, nadie, nadie que enfrente no hay nadie

Que es nadie la muerte si va en tu montura.

Galopa, caballo cuatralbo,

Jinete del pueblo

Que la tierra es tuya.

A galopar

A galopar

Hasta enterrarlos en el mar.

Las compañeras saltan de sus asientos y se abalanzan sobre las rejas- terreno enemigo. Desde aquí se escuchan con claridad las voces que llegan desde las celdas cerradas. Es llegar hasta la reja y prenderse. Es cantar bien alto allí mismo, bien alto, bien alto. Luego callar hasta oír sus voces que contestan. La misma canción. El mismo verso. Resonancia tenaz en el silencio.

Sara está tan prendida a las rejas que las milicas gritan, insultan, amenazan pero no se acercan. Las manos se aferran a las rejas. La cara se mete entre los barrotes para que la voz salga más fuerte y cante a las compañeras. Y luego otra vez el silencio para recoger, solemne y clara, la voz del penal que canta.

Manuel:

Te escribo bajo un impulso que tiene mucho de desvarío. Quiero hacerlo sin pesar las palabras ni medir el alcance de otros ojos que nada les importa lo que nos pase. Te escribo porque creo que es justo demarcar esta orilla en nuestro camino y no dejarla librada al desfleque que pudo ocasionar la distancia o el enemigo o el tiempo. Digamos que limpio telarañas. Te escribo desde una casa que no es la nuestra pero que tiene por todas partes huellas de nuestra vida en común aunque le falte lo más importante. Hay días en que una taza o una silla o un libro me muestran un jirón sangrante. Pero me sirve también para hacer visibles mis heridas y lamerlas de a una intentando que curen. Ya sabrás que estoy libre. Y ahora que recuperé el goce de tantos dones primarios perdidos, la nostalgia se encrespa como una marea desde la piel, desde las calles que recorrimos juntos, desde las esquinas que nos esperamos, desde los boliches que conservan las mismas mesas, las mismas sillas y hasta el mismo mozo de tantos sábados sonámbulos. Son nuestros lugares que a mi paso van escondiendo y develando momentos secretos, palabras secretas, tuyos y míos, solo de los dos. Entonces me parece que la distancia más larga del mundo es la que media entre tu aliento y mí boca. Quiero escribirte porque sí, porque tengo ganas de hacerlo, sin saber siquiera si te mandaré esta carta algún día. Pero quiero contarte lo que me pasa. Salgo a diario a caminar porque siempre llega una hora en que me falta el aire. Y me doy cuenta que voy a buscarte, que voy a encontrarte. Ando siguiendo nuestros itinerarios, repasando los perfiles de una ciudad que descubrimos juntos y hoy tiene otros pretiles, otras memorias y otras gentes. Y el corazón me juega malas pasadas. En todos los hombres solitarios que me miran me parece encontrar los ojos tuyos. Después de esta larga travesía están ahí, esperándome. Tus ojos. Refugio. Estación segura de todas las treguas. Y luego el vértigo de estar en los ojos tuyos y allí más allá de todo. El mundo moviéndose en torno pero si están tus ojos he llegado al borde inquietante de una humanidad en que solo tú y yo existimos. Esa sensación basta para disipar todas las sombras y todos los miedos. Hasta que la realidad contradice mi corazón. No son tus ojos. Entonces te odio. Te odio porque no estás. Te odio porque te busco. Y duele tanto esta soledad que arrastro sin remedio por estas calles que recorro contigo, sin poder librame de ti, sin poder sacudir estas ganas terribles de abrazarte una vez más. Te he dicho mucho más de lo que quería decirte. No pretendía hacerlo. Pero ahí está. Emergió como un aluvión sin poder ahogarlo. Tal vez esta carta no te llegue nunca y el tiempo pase y sane y te sepulte bajo toneladas de olvido. Tal vez. Pero mi corazón te espera resistiendo a muerte a lo sabido, lo razonable, lo real, lo previsible y hasta lo justo. Pero te espera. Día y noche te espera. Te espera siempre.

Lucía